

Tarzán de los Monos

Parte II

Por

Edgar Rice Burroughs

Freeditorial 

Capítulo XV: El dios del bosque

Al oír la detonación del arma de fuego, un marasmo de temores y aprensiones agónicos sacudió el espíritu de Clayton. Se daba perfecta cuenta de que el autor del disparo podía ser uno de los marineros, pero el hecho de haber dejado el revólver a Jane, junto con la circunstancia de tener los nervios de punta, le sugirió la morbosa certeza de que la muchacha se encontraba en grave peligro. Era posible, incluso, que estuviera defendiéndose frente a algún individuo o bestia salvaje.

A Clayton le era imposible adivinar lo que opinaba aquel hombre extraño que le había capturado, pero saltaba a la vista que oyó el disparo y que de una u otra manera le afectó, ya que había apresurado el paso de un modo notable, hasta el punto de que Clayton, que avanzaba a ciegas tras él, tropezó una docena de veces mientras se esforzaba inútilmente en mantener su ritmo de marcha. El joven inglés no tardó en quedar desesperadamente rezagado.

Temió volver a extraviarse irremediablemente en la selva y, para evitar semejante contingencia, avisó a voces al salvaje que le precedía. Instantes después tuvo la satisfacción de verlo aterrizar a su lado, procedente de las ramas de un árbol.

Tarzán contempló al muchacho durante unos segundos, como si no supiera muy bien qué era lo que debía hacerse; al final, se agachó delante de Clayton, le indicó que le pasara los brazos alrededor del cuello y, con el joven inglés cargado a la espalda, Tarzán dio un salto hacia la enramada.

Clayton no olvidaría nunca los minutos siguientes. Por las alturas, entre ramas que se agitaban y curvaban, se vio trasladado a una velocidad que a él le parecía increíble, mientras Tarzán se irritaba por la lentitud de su desplazamiento aéreo.

Desde una elevadísima rama, aquel ágil atleta de la selva se lanzó en vertiginoso arco, con Clayton aferrado a su cuerpo, hacia un árbol contiguo, para recorrer a continuación un centenar de metros a pie, sobre un dédalo de ramas entrelazadas, como un equilibrista que anduviera por la cuerda floja sobre las tenebrosas profundidades de un verdor que quedaba a muchos metros por debajo.

De la inicial sensación de pavor escalofriante Clayton pasó a un sentimiento de acendrada admiración y envidia hacia los colosales músculos y el conocimiento absoluto del terreno o el instinto maravilloso que guiaba a aquel dios del bosque a través de las negruras nocturnas, permitiéndole desplazarse con la misma soltura y facilidad con que Clayton hubiera

deambulando por las calles de Londres a las doce del mediodía.

De vez en cuando, entraban en un trecho donde se aclaraba la densidad del follaje y los brillantes rayos de la luna iluminaban, ante los sorprendidos ojos de Clayton, el extraño camino que recorrían.

En ocasiones, el joven inglés contenía la respiración a la vista de los abismos espeluznantemente profundos que se abrían bajo sus pies, porque Tarzán había optado por seguir el trayecto más corto, lo que a menudo les llevaba por atajos situados a más de treinta metros por encima del suelo.

Y, sin embargo, con toda aquella aparente rapidez, Tarzán tenía realmente la impresión de que avanzaba con relativa lentitud, al verse obligado a seleccionar ramas lo bastante consistentes como para soportar el peso de los dos cuerpos.

Llegaron al calvero que se extendía frente a la playa. El finísimo oído de Tarzán captó al instante los extraños sonidos que producían los esfuerzos de Sabor en su afán de atravesar la reja. A Clayton le pareció que se habían caído desde una altura de treinta metros, tan raudo fue el descenso de Tarzán. A pesar de todo, apenas notó sacudida alguna al tomar tierra. En cuanto se soltó de la espalda del hombre—mono, le vio correr como una ardilla hacia el lado opuesto de la cabaña.

El joven inglés dio un salto y se precipitó de inmediato tras él, justo a tiempo de vislumbrar los cuartos traseros de una enorme bestia a punto de desaparecer por la ventana de la cabaña.

Cuando Jane abrió los ojos para darse cuenta del inminente peligro que la amenazaba, su aguerrido corazón juvenil abandonó todo vestigio de esperanza. Pero entonces, ante su sorpresa, observó que el enorme animal retrocedía lentamente a través de la ventana como si alguien tirase de él y lo arrastrara. Luego, Jane Porter vio a la luz de la luna la cabeza y los hombros de dos hombres.

Inmediatamente después de doblar la esquina de la cabaña y observar que el animal estaba a punto de desaparecer en su interior, Clayton vio también que el hombre—mono agarraba con ambas manos el largo rabo de la leona, apoyaba los pies en el muro de la construcción y aplicaba toda la fuerza de su poderosa musculatura para tirar de la bestia y sacarla del interior de la cabaña.

Clayton se apresuró a echarle una mano, pero el hombre mono le farfulló en tono autoritario y perentorio algo que Clayton comprendió era una orden, aunque no entendía una sola palabra.

Por último, merced al esfuerzo conjunto de los dos hombres, la mole del felino tuvo que retroceder y retirarse de la ventana. Y entonces Clayton

empezó a percatarse de lo temeraria que resultaba la iniciativa de su compañero.

Para Clayton representaba verdaderamente el colmo del heroísmo el que un hombre desnudo agarrase por la cola a una fiera rugiente, hambrienta y de afiladas zarpas, y tirase de ella hasta arrancarla de una ventana para salvar así a una desconocida muchacha blanca.

En lo que a él, a Clayton, concernía, la cuestión era muy distinta, porque Jane Porter no sólo pertenecía a su misma clase y especie, sino que además era la mujer que amaba.

Aunque sabía que la leona hubiera acabado con ellos en un dos por tres, el joven británico puso todo su empeño y voluntad en tirar de la bestia para apartarla de Jane Porter. Recordó entonces el combate que había mantenido aquel hombre con el león de melena negra y que él, Clayton, había presenciado poco antes y empezó a sentir más confianza.

El hombre—mono seguía dando órdenes que él no lograba comprender.

Tarzán decía a aquel estúpido hombre blanco que clavase las flechas envenenadas en los lomos e ijares de Sabor y que procurase alcanzar el salvaje corazón de la fiera con el cuchillo de caza que Tarzán llevaba en la vaina de la cintura; pero el hombre blanco no le comprendía y Tarzán no deseaba arriesgarse a soltar a Sabor para hacer lo que indicaba a Clayton. Sabía que aquel alfeñique blanco era incapaz de mantener a raya, aunque sólo fuera un instante, a la poderosa Sabor.

Poco a poco, la leona fue saliendo de la ventana. Por último, las paletillas quedaron fuera. Y Clayton vio entonces algo increíble. Cuando Tarzán se devanaba el cerebro en busca de algún recurso que le permitiera combatir cuerpo a cuerpo con el enfurecido animal, recordó de pronto su combate con Terkoz; y una vez los brazuelos de Sabor estuvieron fuera de la ventana y la leona quedó con las patas delanteras apoyadas en el alféizar, el hombre—mono soltó repentinamente la cola del felino.

Con la celeridad propia de un crótalo, se lanzó sobre el lomo de Sabor y los fuertes brazos se las arreglaron para pasar por debajo de las patas de la leona y aplicarle una doble Nelson, tal como aprendió a hacer durante la sangrienta y victoriosa lucha con Terkoz.

Sabor lanzó un rugido y se echó de espaldas contra el suelo, cayendo encima de su enemigo, pero no consiguió más que el gigante de pelo negro apretara más la presa.

Sabor agitó las patas y se revolvió en el aire, para luego revolcarse rodando por tierra, en un arrebatado intento para quitarse de encima aquel extraño

antagonista; pero las férreas cintas de músculos obligaban con creciente fuerza a la cabeza de Sabor a descender y oprimirse contra el leonado pecho.

Los antebrazos de acero del hombre mono oprimieron implacablemente el cuello de la fiera. Los esfuerzos de la leona se fueron debilitando de modo paulatino.

Por último, Clayton vio a la plateada claridad de la luna convertirse en nudos trenzados los enormes músculos de los brazos y hombros de Tarzán. El hombre mono efectuó un sostenido esfuerzo supremo... y las vértebras del cuello de Sabor produjeron un agudo chasquido al quebrarse.

Tarzán se puso en pie instantáneamente y, por segunda vez aquel día, Clayton oyó el salvaje alarido que los simios lanzaban al viento para manifestar su victoria. Luego, el grito angustiado de Jane:

—¡Cecil... Señor Clayton! ¡Oh!, ¿qué ocurre? ¿Qué sucede?

Al tiempo que se acercaba corriendo a la cabaña, Clayton respondió que todo iba bien. Al llegar a la puerta, pidió a la muchacha que le abriera. Jane Porter levantó el gran travesaño que atrancaba la hoja de madera, abrió la puerta y casi arrastró a Clayton al interior.

—¿Qué fue ese ruido tan espantoso? —murmuró, mientras se acurrucaba contra él.

—El grito con que anuncia una muerte la garganta de un hombre que acaba de salvarle la vida, señorita Porter. Aguarde, le traeré aquí para que pueda darle las gracias.

Por nada del mundo la muchacha se hubiera quedado sola, así que acompañó a Clayton a la fachada de la cabaña ante la que yacía el cadáver de la leona.

Tarzán de los Monos había desaparecido.

Clayton le llamó unas cuantas veces, pero sin obtener respuesta. Al cabo de un momento, la pareja regresó a la seguridad que brindaba el interior de la cabaña.

—¡Qué sonido más horrible! —articuló Jane—. Me dan escalofríos sólo de recordarlo. No me diga que una garganta humana puede modular un alarido tan espeluznante.

—Pues, así es, señorita Porter —repuso Clayton—. Y si no se trataba de la garganta de un hombre, era la de un dios de la floresta.

Acto seguido le contó su experiencia con aquella extraña criatura: las dos veces que el salvaje le salvó la vida, la espléndida fuerza física, agilidad y valor de aquel ser, su piel bronceada y su bien parecido rostro.

—No consigo entenderlo —concluyó—. Al principio pensé que podía tratarse de Tarzán de los Monos; pero no habla ni entiende el inglés, de modo que tal conjetura resulta insostenible.

—Bueno, sea lo que fuere —declaró la muchacha—, le debemos la vida, así que, ¡que Dios le bendiga y le proteja en esta jungla salvaje!

—Amén subrayó Clayton fervorosamente.

—¡Por el amor del buen Señor! ¿Verdad que no estoy muerta?

Volviéron la cabeza para ver a Esmeralda sentada en el suelo, con sus enormes y saltones ojos yendo de un lado a otro de la estancia, como si no pudiese creer el testimonio de la pareja en cuanto al lugar en que se hallaba.

La reacción le llegó entonces a Jane Porter: se dejó caer en el banco y prorrumpió en un encadenamiento de sollozantes risas histéricas.

Capítulo XVI: «De lo más extraordinario»

A varios kilómetros al sur de la cabaña, en la franja arenosa de una playa, dos hombres de edad discutían.

Ante ellos se dilataba la inmensidad del Atlántico. A su espalda, el continente negro. Y, casi envolviéndoles, el sombrío perfil ominoso de la selva impenetrable.

Rugían y ululaban las fieras salvajes; sobre los oídos de ambos hombres parecían precipitarse los más espantosos y extraños ruidos. Desorientados, habían recorrido kilómetros y kilómetros, tratando de localizar su campamento, pero sin lograrlo porque siempre avanzaron en dirección equivocada. Se encontraban irremisiblemente perdidos, como si de pronto los hubieran trasladado a otro mundo.

La verdad es que, en aquel momento crucial, hasta la última partícula de sus intelectos, de común acuerdo y combinadamente, debían concentrarse, en la cuestión decisiva, una cuestión de vida o muerte para ellos: encontrar la ruta que les permitiera volver al campamento.

Tenía la palabra Samuel T. Philander:

—Pues, sí, mi querido profesor —argumentaba—, insisto en que, a no ser por el triunfo en España de Isabel y Fernando sobre los árabes, en el siglo XV, el mundo se encontraría hoy mil años más adelantado de lo que está. Los árabes eran un pueblo fundamentalmente tolerante y amplio de miras, un pueblo de agricultores, artesanos y comerciantes, la clase de personas que

hacen posible civilizaciones como las que encontramos actualmente en Europa y América, mientras que los españoles...

—¡Bueno, bueno, mi querido señor Philander —le interrumpió el profesor Porter—, precisamente la religión de los árabes eliminaba de raíz las posibilidades que usted sugiere. Los musulmanes eran, son y serán una plaga nefasta para el progreso científico, lo que ha marcado...

—¡Dispense, profesor! —le cortó el señor Philander, que había vuelto la cabeza para mirar hacia la selva—. Parece que alguien se acerca.

El profesor Archimedes Q. Porter miró en la dirección que indicaba su miope interlocutor. —Venga, venga, señor Philander —reconvino—. ¿Cuántas veces he de aconsejarle que se esfuerce en conseguir la concentración absoluta de sus facultades mentales, único medio que le permitirá alcanzar las más altas cotas de potencia intelectual para aplicarla a los trascendentales problemas con los que, por ley natural, han de enfrentarse las masas encefálicas superiores? Y ahora va usted y perpetra una de las más flagrantes descortesías al interrumpir mi ilustrada alocución para comunicarme la presencia de un simple cuadrúpedo del género Felis. Como iba diciendo, señor...

—¡Por todos los santos, profesor! ¿Un león? —exclamó el señor Philander, al tiempo que forzaba su mirada de corto de vista con ánimo de distinguir mejor la borrosa silueta que se recortaba contra la oscura maleza tropical.

—Sí, sí, señor Philander, ya que se empeña en utilizar términos vulgares en sus parlamentos. Un «león». Pero, como iba diciendo...

—Perdone, profesor —volvió a interrumpirle el señor Philander—, permítame sugerirle que, indudablemente, los árabes vencidos en el siglo xv continuarán en esa lamentable situación, al menos de momento, incluso aunque aplacemos nuestro debate acerca de ese desastre para el mundo hasta haber puesto entre la encantadora visión del Felis carnívora y nosotros esa perspectiva saludable que proverbialmente proporciona la distancia.

Mientras tanto, el león se les había ido acercando con majestuosa dignidad. Llegó a unos diez pasos de los dos hombres, hizo allí un alto y se los quedó mirando con curiosidad. El resplandor de la luna inundaba la playa y hacía resaltar sobre la arena amarilla el pronunciado relieve del grupo.

—Esto es de lo más censurable, de lo más censurable —calificó el profesor Porter con cierto matiz irritado en la voz—. Nunca, señor Philander, en toda mi vida he visto un solo caso en el que se permitiera a estos animales andar por ahí sueltos, fuera de la jaula. Desde luego, voy a informar de este ultrajante quebrantamiento de las normas éticas a los directores del jardín zoológico más próximo. ¡Me van a oír! —Faltaría más, profesor —convino el señor Philander—, estoy de acuerdo, y cuanto antes lo haga, mejor. Vayamos

ahora mismo.

El señor Philander cogió del brazo al profesor y echó a andar en dirección contraria a donde estaba el león, a fin de poner la mayor distancia entre ellos y el animal.

No habían recorrido más que un corto trecho cuando, al volver la cabeza, el señor Philander comprobó horrorizado que el león les seguía. Apretó con más fuerza el brazo del profesor, sin hacer caso de sus continuas protestas, y aceleró el paso.

—Como iba diciendo, señor Philander... —repitió el profesor Porter.

El señor Philander lanzó otro precipitado vistazo a su espalda. El león también había aumentado su ritmo de marcha y se mantenía obstinadamente cerca.

—¡Nos sigue! —jadeó el señor Philander, un segundo antes de echar a correr.

—Bueno, bueno, señor Philander —recriminó el profesor—, este apresuramiento extemporáneo es impropio de un par de hombres cultos. ¿Qué pensarían de nosotros nuestras amistades si anduvieran por la calle y fuesen testigos de nuestro frívolo comportamiento? Caminenos con más decoro. El señor Philander lanzó otra furtiva mirada por la popa.

Con su flexibilidad felina, el león avanzaba a saltos y se encontraba ya apenas a cinco pasos de ellos.

El señor Philander soltó el brazo del profesor y salió disparado en una orgía de velocidad que hubiera provocado la envidia de cualquier equipo universitario de atletismo.

—Como iba diciendo, señor Philander... —gritó el profesor Porter que, metafóricamente hablando, había decidido de pronto «mantener alto su pabellón deportivo». También echó una fugaz mirada hacia atrás y había visto las crueles pupilas amarillas y las entreabiertas fauces del león, que estaba a una distancia atterradoramente próxima a su persona.

Ondulantes los faldones de su levita y reluciente la seda de su sombrero de copa, el profesor Archimedes Q. Porter galopó bajo la claridad lunar, pisando los talones al señor Samuel T. Philander.

Frente a ellos, una avanzada de selva se alargaba hacia un promontorio estrecho y rumbo a tal refugio de arbolado dirigió el señor Samuel T. Philander sus prodigiosos saltos, brincos y zancadas. Y precisamente entre las sombras de aquel mismo paraje, dos ojos agudos observaban la carrera con calculado interés.

Tarzán de los Monos contemplaba la escena, decorado su semblante por una sonrisa, producto de aquella extraña carrera de persecución.

Sabía que los dos ancianos estaban a salvo en lo que se refería a un posible ataque por parte del león. El hecho de que Numa no se preocupase lo más mínimo de caer sobre aquella presa tan fácil indicaba a Tarzán, conocedor de todo lo relacionado con la vida en la selva, que Numa tenía el estómago lleno.

El león podía seguir acechándolos hasta que el hambre le acosara; pero lo más probable era que, si no provocaban sus iras, el animal se cansara pronto del juego y se retirase a su cubil de la jungla.

En realidad, el único peligro serio estribaba en que uno de los hombres tropezase y fuera a dar con sus huesos en el suelo. Entonces, aquel demonio amarillo se precipitarla automáticamente sobre el caído y la instintiva alegría de matar resultaría demasiado tentadora para que el felino la resistiese.

Ello indujo a Tarzán a descender hasta la rama más baja y situarse directamente en la línea por la que llegarían los fugitivos. Y cuando el señor Samuel T. Philander alcanzó aquel punto, entre jadeos y resoplidos, excesivamente agotado para subirse a la salvación de la rama, Tarzán alargó el brazo, cogió al hombre por el cuello de la chaqueta, lo levantó en peso y lo depositó a su lado. Unos segundos después llegaba el profesor al alcance de la amistosa mano de Tarzán, que repitió la operación e izó al anciano hasta la seguridad de la rama, en el instante en que el burlado Numa, con un rugido, saltaba en vano para atrapar una presa que ya se había desvanecido en el aire. Durante unos minutos, ambos ancianos permanecieron aferrados a la rama, mientras trataban de recobrar el aliento, respirando entrecortadamente. Apoyada la espalda en el tronco del árbol, Tarzán los observaba, entre divertido y curioso.

El profesor fue quien rompió el silencio.

—Me atribula profundamente, señor Philander, que haya dado muestras de tal escasez de aplomo y viril valentía en presencia de un ser de orden inferior y que, a causa de su inmensa pusilanimidad, me haya obligado a esforzarme de un modo tan excepcional y desacostumbrado, al objeto de poder reanudar mi exposición verbal. Como iba diciendo, señor Philander, cuando me interrumpió, los árabes...

—Profesor Archimedes Q. Porter —le cortó el señor Philander en tono gélido—, llega un momento en que la paciencia se convierte en crimen y la mutilación se engalana con el manto de la virtud. Me ha acusado de cobardía. Ha insinuado que usted sólo corrió desaladamente para alcanzarme y no para escapar a las garras del león. ¡Ándese con ojo, profesor Archimedes Q. Porter! Soy un hombre desesperado. Si se le atormenta y se le hace sufrir durante

demasiado tiempo, hasta al gusano se le agota la paciencia y se revuelve.

—¡Está bien, está bien, señor Philander, tengamos la fiesta en paz! —puso vaselina el profesor Porter—. Repórtese.

—De acuerdo, profesor Archimedes Q. Porter. Pero, créame, señor, estoy a punto de olvidar el extraordinario prestigio que ha alcanzado usted en el mundo de la ciencia e incluso las canas que peina.

El profesor continuó sentado, en silencio, durante unos minutos. Luego, la oscuridad ocultó la torva sonrisa que contrajo su rostro sembrado de arrugas. Al final, dijo:

—Mire, Flaco Philander —articuló en tono pendenciero—, si está buscando singular combate, despréndase de la chaqueta y descienda al duro suelo, donde tendré la satisfacción de arrearle unos cuantos mamporros en la cabeza, como le sacudí hace sesenta años en el callejón de detrás del establo de Porky Evans.

—¡Archy! —jadeó atónito el señor Philander—. ¡Señor, qué bien suena eso! Cuando se comporta como un ser humano, me encanta, Archy; pero me parece que han transcurrido algo así como veinte años que se olvidó de conducirse como un ser humano.

El profesor alargó su delgada y temblorosa mano a través de la oscuridad hasta que encontró el hombro de su viejo amigo.

—Perdóneme, Flaco —susurró—. No han llegado a ser veinte años, y Dios sabe lo que me he esforzado en ser «humano», por Jane y también por usted, desde que Él, se me llevó a mi otra Jane. Otra mano envejecida partió del costado del señor Philander, fue a tomar la que descansaba en su hombro, y ningún otro mensaje hubiese podido transmitir mejor la corriente de afecto que se trasladó de un corazón a otro.

Transcurrieron varios minutos sin que intercambiaran palabra. Al pie del árbol, el león paseaba nerviosamente de un lado a otro. El tercer ocupante del árbol quedaba oculto entre las densas sombras próximas al tronco. También permanecía en silencio, inmóvil como una estatua allí esculpida.

—Desde luego, me izó usted justo a tiempo —manifestó por último el profesor—. Quiero darle las gracias. Me salvó la vida.

—No he sido yo quien le subió aquí, profesor —contradijo el señor Philander—. ¡Santo Dios! La excitación ha hecho que me olvide de que a mí también me elevó desde el suelo una fuerza ajena... Debe de haber algo o alguien aquí, en el árbol, con nosotros.

¿Cómo? —se extrañó el profesor Porter—. ¿Está completamente seguro de eso, señor Philander?

—Absolutamente seguro, profesor —repuso el señor Philander. Añadió—: Y creo que deberíamos dar las gracias a esa parte. Puede que esté sentado junto a usted, profesor.

—¿Eh? ¿Cómo dice? Vaya, vaya, señor Philander, vaya, vaya —articuló el profesor Porter, al tiempo que se desplazaba con disimulo para situarse más cerca del señor Philander. En aquel preciso instante Tarzán de los Monos pensó que Numa llevaba ya demasiado tiempo paseándose ociosamente bajo el árbol, así que alzó la joven cabeza hacia las alturas celestes y a los aterrados oídos de los ancianos llegó el espeluznante ululato con que los antropoides anunciaban su desafío.

Acurrucados en la rama sobre la que se aguantaban precariamente, los dos temblorosos amigos vieron que el león interrumpía de golpe su inquieto paseo al oír aquel alarido que ponía los pelos de punta y helaba la sangre. El felino erizó las orejas, salió disparado hacia la selva y se perdió de vista instantáneamente tragado por la espesura.

—Hasta el león tiembla de miedo —susurró el señor Philander.

—De lo más extraordinario, de lo más extraordinario —murmuró a su vez el profesor Porter, y se agarró frenéticamente al señor Philander para recobrar el equilibrio, que un repentino estremecimiento había puesto en grave riesgo. Por desgracia para ellos, el centro de equilibrio del señor Philander se hallaba en aquel momento sobre el mismísimo filo del vacío, así que sólo faltaba el leve impulso que proporcionó el peso adicional del cuerpo del profesor Porter para que su fiel secretario se viniera abajo.

Durante unos segundos ambos hombres se tambalearon inseguros y luego, al tiempo que se mezclaban los gritos nada académicos de cada uno de ellos, cayeron de cabeza, frenéticamente abrazados. Permanecieron inmóviles en el suelo, porque ambos tenían la certeza de que cualquier movimiento les iba a informar de que tenía tantas magulladuras y se habían roto tantos huesos que les iba a ser imposible alejarse de allí por su propio pie.

Al final, el profesor Porter probó a desplazar una pierna. Con gran sorpresa, comprobó que respondía como en épocas tan remotas que ya se le habían olvidado. Dobló entonces la compañera y volvió a estirla.

—De lo más extraordinario, de lo más extraordinario —musitó.

—Gracias a Dios, profesor —susurró el señor Philander, fervorosamente —, ¿no se ha muerto, pues?

—Vamos, hombre, vamos, señor Philander, venga ya —amonestó el profesor Porter—. De todas formas, no estoy muy seguro aún.

Con infinito cuidado, el profesor Porter agitó el brazo derecho... ¡Aleluya!

Estaba intacto. Con el aliento contenido, levantó el brazo izquierdo por encima del postrado cuerpo... ¡lo movía! —De lo más extraordinario, de lo más extraordinario —articuló.

—¿Está haciendo señas a alguien, profesor? —inquirió el señor Philander con voz que rezumaba excitación. El profesor Porter no se dignó responder a una pregunta tan pueril. En vez de contestar levantó despacio la cabeza del suelo y la movió arriba y abajo, a un lado y a otro media docena de veces.

—De lo más extraordinario —musitó su frase favorita—. Sigue intacta.

El señor Philander no se había movido del punto donde cayó; ni siquiera se atrevía a intentarlo. ¿Cómo iba uno a moverse si tenía rotos los brazos, las piernas y la columna vertebral?

Tenía un ojo hundido en el lodo, mientras con el otro miraba de soslayo las extrañas maniobras del profesor Porter.

—¡Qué pena! —exclamó el señor Philander a media voz—. La conmoción cerebral conduce a la absoluta aberración del intelecto. Verdaderamente, ¡qué pena! ¡Y una persona tan joven todavía! El profesor Porter se dio media vuelta y quedó boca abajo. Arqueó la espalda hasta adoptar una postura semejante a la que adoptaría un gato ante la proximidad de un perro que le ladra. Después se sentó y procedió a tentarse diversas zonas de su anatomía.

—¡Todo está donde debe! —se maravilló—. ¡De lo más extraordinario!

Se levantó, lanzó una mirada crítica a la aún postrada figura de don Samuel T. Philander y le afeó: —¡Vamos, vamos, señor Philander! No es el momento de entregarse alegremente a la incuria y a la pereza. Debemos ponernos en pie y en marcha.

El señor Philander levantó el ojo que tenía hundido en el fango y dedicó al profesor Porter una mirada llena de silenciosa cólera. Después intentó incorporarse; no pudo recibir mayor sorpresa que la de comprobar que sus esfuerzos se veían automáticamente coronados por el éxito más prodigioso.

Sin embargo, continuaba hirviendo de rabia ante la cruel injusticia de la insinuación del profesor Porter, y estaba a punto de soltarle un exabrupto digno del ultraje cuando sus ojos repararon en la curiosa figura erguida a unos pasos de distancia que los escudriñaba con absorta atención.

El profesor Porter había recuperado su reluciente chistera de seda que, tras frotarla esmeradamente con la manga de la chaqueta, dejándola tan reluciente como antes, se volvió a encasquetar. Al observar que el señor Philander le indicaba algo situado a su espalda, el profesor Porter se volvió para ver a un gigante casi desnudo por completo —sólo llevaba un taparrabos y unos cuantos adornos de metal— que permanecía inmóvil ante él.

—¡Buenas noches, señor! —el profesor se quitó el sombrero al saludar.

Por toda contestación, el gigante les indicó mediante una seña que le siguieran y echó a andar playa adelante, en la misma dirección por la que ambos ancianos habían llegado.

—Creo que lo más discreto es seguirle —opinó el señor Philander.

—Vaya, vaya, señor Philander —replicó el profesor—. Hace un momento adelantaba usted sus más lógicos argumentos en apoyo de la hipótesis de que el campamento se encontraba en dirección sur. Le manifesté mi escepticismo al respecto, pero acabó por convencerme; de modo y manera que ahora tengo el convencimiento absoluto de que hemos de marchar hacia el sur si queremos encontrar a nuestros amigos. En consecuencia, yo continuaré hacia el sur.

—Pero, señor Porter, es muy posible que ese hombre conozca el terreno mejor que nosotros. Parece ser natural de esta parte del mundo. Acompañémosle aunque sólo sea un corto trecho.

—Venga, venga, señor Philander —repitió el profesor—. Soy hombre difícil de persuadir, pero cuando me he convencido de algo, mi decisión es irrevocable. Seguiré en la dirección oportuna, aunque tenga que dar una vuelta completa al continente africano para llegar a mi destino.

Tarzán interrumpió la discusión. Al ver que aquellos extraños individuos no le seguían, el hombre—mono había vuelto junto a ellos. De nuevo les hizo una seña, pero los dos ancianos hicieron caso omiso.

Así que Tarzán de los Monos perdió la paciencia ante la estúpida ignorancia de la pareja. Agarró por el hombro al asustado señor Philander y antes de que el digno caballero llegase a alguna conclusión acerca de si iba a matarle o a dejarlo lisiado de por vida, Tarzán había pasado un extremo de su cuerda alrededor del cuello del anciano.

—¡Muy bien, muy bien! —recriminó el profesor Porter—. ¿No le da vergüenza someterse a semejante humillación?

Pero apenas habían salido de su boca tales palabras cuando también se vio apresado y con la cuerda alrededor del cuello. Acto seguido, Tarzán se encaminó hacia el norte, mientras tiraba de los entonces asustadísimos profesor Porter y su secretario.

Sumidos en un silencio mortal anduvieron durante lo que a los desesperanzados y exhaustos ancianos les parecieron varias horas. Pero, por fin, al coronar un cerro, experimentaron la inmensa alegría de divisar la cabaña a menos de cien metros de distancia. Allí, Tarzán les quitó el lazo del cuello, señaló la pequeña construcción y se desvaneció en la jungla.

—¡Extraordinario, de lo más extraordinario! —el profesor se quedó

boquiabierto—. Reconozca, señor Philander, que yo tenía razón, como de costumbre. A no ser por su obstinación, nos habríamos librado de una serie de contratiempos ultrajantes en grado sumo, por no llamarlos peligrosos incidentes. En lo sucesivo, procure seguir los consejos de una mente más madura y experta cuando necesite que le guíen sabiamente.

El señor don Samuel T. Philander se sentía demasiado aliviado ante el feliz desenlace de la aventura para que los crueles sarcasmos del profesor pudieran herirle. En vez de darse por ofendido, cogió a su acompañante por un brazo y apretó el paso rumbo a la cabaña.

Enorme fue el regocijo de todos los miembros de la partida, al verse reunidos de nuevo. La aurora los sorprendió refiriéndose unos a otros las diversas aventuras vividas y especulando acerca de la identidad de aquel extraño custodio y protector que habían encontrado en aquella costa salvaje. Esmeralda estaba segura de que no podía ser nadie más que el ángel de la guarda, enviado especial del Cielo para cuidarlos.

—Si le hubieras visto engullirse la carne del león, cruda y todo, Esmeralda —rió Clayton—, pensarías que es un ángel demasiado materialista.

—Su voz no tenía nada de celestial, desde luego —confirmó Jane Porter, que se estremeció levemente al recordar el espantoso alarido que lanzó al aire Tarzán después de acabar con la leona.

—Su comportamiento tampoco coincide con mis preconcebidas ideas acerca de la dignidad propia de los mensajeros divinos —subrayó el profesor Porter—, cuando el... ejem... caballero ató por el cuello a dos personas ilustradas, doctas y altamente respetables para tirar de ellas y conducir las a través de la selva como si fueran un par de vacas.

Capítulo XVII: Entierros

Como quiera que ya había amanecido del todo, el grupo, ninguno de cuyos integrantes había probado bocado ni dormido en absoluto desde la mañana anterior, se dispuso a preparar algo que comer.

Los amotinados del Arrow habían desembarcado en la playa una reducida cantidad de provisiones: cecina, salazones, latas de sopa y legumbres, galletas, harina, té y café. Todo ello destinado a los cinco pasajeros que dejaron abandonados allí, los cuales se aprestaban en aquellos instantes a satisfacer sin perder más tiempo el voraz apetito que tanto tiempo llevaban reprimiendo.

La tarea siguiente consistió en hacer habitable la cabaña, lo que

comportaba, como primera providencia, el desalojo inmediato de las macabras reliquias que había dejado allí una tragedia ocurrida mucho tiempo atrás.

El profesor Porter y el señor Philander manifestaron un profundo interés en examinar los esqueletos. Determinaron que las dos osamentas de mayor tamaño pertenecieron a sendas personas, varón y hembra, de una de las sociedades más civilizadas de la raza blanca.

Al esqueleto más pequeño apenas le dedicaron una atención fugaz, dando por supuesto que, al encontrarse en la cuna, se trataba indudablemente del vástago de aquella desdichada pareja.

Mientras disponían el esqueleto del varón para proceder a darle sepultura, Clayton descubrió un grueso anillo que, por supuesto, debía de adornar el dedo del hombre en el instante de su muerte, dado que uno de los frágiles huesos de la mano aún estaba rodeado por la sortija de oro.

Clayton tomó el anillo y, al examinarlo, emitió un grito de asombro, porque el aro llevaba el timbre de la casa de Greystoke.

Simultáneamente, Jane descubrió los libros del armario y, al hojear uno de ellos vio el nombre: «John Clayton. Londres». En el segundo volumen que se apresuró a coger y revisar encontró un solo nombre: Greystoke.

—¡Mire, señor Clayton! —exclamó—. ¿Qué significa esto? En estos libros figuran nombres de personas pertenecientes a su familia.

—Y aquí —repuso Clayton en tono grave— está el anillo de la casa de Greystoke, perdido desde que mi tío, John Clayton, el anterior lord Greystoke, desapareció, presumiblemente en el mar.

—¿Pero cómo se explica que estos objetos aparezcan aquí, en esta jungla salvaje de África? —preguntó la joven.

—Sólo tiene una explicación, señorita Porter —respondió Clayton—. El difunto lord Greystoke no se ahogó en ningún naufragio. Murió aquí, en esta cabaña, lo que hay ahí en el suelo son sus pobres restos mortales.

—En tal caso, ese debe de ser el esqueleto de lady Greystoke —dedujo Jane, reverente, al tiempo que indicaba el rimero de huesos que ocupaba el camastro.

—La hermosa lady Alice —comentó Clayton—, de cuyas abundantes virtudes y notables encantos personales tanto oí hacerse lenguas a mis padres. Pobre mujer —murmuró, impregnada de tristeza la voz.

Con gran respeto y solemnidad se enterraron junto a su pequeña cabaña de la costa africana los cadáveres de los difuntos lord y lady Greystoke, y, entre uno y otro, se dispusieron a ubicar el diminuto esqueleto del hijo de Kala, la

mona.

Cuando el señor Philander colocaba los frágiles huesos de la criatura en un trozo de vela, examinó el cráneo con cierta minuciosidad. Después llamó al profesor Porter y ambos se pasaron varios minutos conferenciando.

—De lo más extraordinario, de lo más extraordinario —manifestó el profesor Porter.

—¡Santo Dios! —dijo el señor Philander—. Debemos comunicar inmediatamente al señor Clayton nuestro descubrimiento.

—¡Vamos, vamos, señor Philander, vamos, vamos! —protestó el profesor Archimedes Q. Porter—. Dejemos que el difunto pasado entierre a sus muertos.

Y el anciano de pelo canoso repitió el servicio funerario ante aquella extraña tumba, mientras sus cuatro acompañantes asistían al acto destocados, inclinada la cabeza.

Desde la arboleda, Tarzán de los Monos presenciaba la solemne ceremonia; pero en realidad apenas tenía ojos más que para el dulce semblante y la esbelta figura de Jane Porter.

En su pecho salvaje y nada instruido se agitaban emociones hasta entonces desconocidas para él. Se preguntó por qué le interesarían tanto aquellas personas... y por qué se había tomado tantas molestias y tantos esfuerzos para salvar la vida a aquellos tres hombres. Pero no se preguntó por qué había retirado a Sabor de las tiernas carnes de aquella singular joven.

No cabía la menor duda de que los hombres eran necios, ridículos y cobardes. Hasta Manu, el mico, era más inteligente que ellos. Si aquellas criaturas eran seres típicos de su especie, Tarzán se dijo que posiblemente no tuviera motivos para enorgullecerse de la sangre humana de su pasado. Pero la muchacha, ¡ah!... eso era otra cosa. Ahí no cabían razonamientos. Sabía que la habían creado para que la protegiesen, y que a él le habían creado para protegerla.

Le extrañó que hubiesen excavado una fosa tan grande simplemente para sepultar allí unos huesos resacos. Era absurdo, nadie iba a tener interés alguno en robar huesos resacos.

Lo hubiera entendido si tuvieran carne, porque sólo así se explicaría que pudieran ocultarla y protegerla de Dango, la hiena, y otros ladrones carroñeros de la jungla.

Cuando la tierra volvió a cubrir la sepultura, el grupo emprendió el regreso a la cabaña.

Esmeralda, que seguía llorando a raudales por dos personas cuya existencia había ignorado hasta aquel mismo día y que llevaban veinte años muertas, tuvo la ocurrencia de lanzar una ojeada en dirección a la bahía. Sus lágrimas cesaron automáticamente.

—¡Miren esa basura blanca de allá abajo! —chilló, estridente, al tiempo que señalaba hacia el Arrow—. Se ríen de nosotros, en esa infame isla blanca.

Y, desde luego, la tripulación del Arrow conducía la nave hacia mar abierto, lentamente, a través de la boca de la bahía.

—Prometieron dejarnos armas y municiones —dijo Clayton—. ¡Bestias despiadadas!

—Estoy segura de que es cosa de ese sujeto al que llaman Snipes —aventuró Jane—. King era un canalla, pero al menos tenía cierto sentido humanitario. Sé que si no le hubiesen suprimido se habría encargado de que nos aprovisionaran debidamente antes de dejarnos abandonados a nuestra suerte.

—Lamento que no nos visitaran antes de zarpar —intervino el profesor Porter—. Tenía intención de pedirles que dejaran el tesoro con nosotros, porque, si se pierde, seré un hombre arruinado. Jane miró a su padre tristemente.

—No importa, cariño —dijo—. Tampoco nos habría servido de gran cosa; ten en cuenta que por culpa de ese tesoro mataron a sus oficiales y nos han desembarcado y abandonado en esta horrible costa.

—Bueno, bueno, nena, está bien —repuso el profesor Porter—. Eres una buena chica, pero inexperta en cuestiones prácticas.

El profesor Porter dio media vuelta y se alejó despacio en dirección a la selva, con las manos entrelazadas a la espalda, bajo los faldones de la levita, y los ojos fijos en el suelo. Su hija le observó, con una sonrisa patética en los labios. Luego miró al señor Philander y le susurró:

—Por favor, no le deje que se adentre en la selva como hizo ayer. Confiamos en usted, ya sabe, para vigilarle. No le pierda de vista.

—Cada día cuesta más trabajo manejarle —explicó el señor Philander; dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza—. Me da en la nariz que ahora pretende ir a informar a los directores del jardín zoológico de que anoche se les escapó un león y que la fiera anda suelta por ahí. ¡Ah, señorita Jane, no sabe con quién he de entendérmelas!

—Sí, lo sé muy bien, señor Philander; pero aunque todos le queremos, usted es el único que sabe cómo hay que tratarle, porque respeta sus vastos conocimientos y, consecuentemente, tiene una enorme confianza en su buen

juicio. El pobre no sabe diferenciar entre erudición y sensatez.

Con expresión ligeramente perpleja en el rostro, el señor Philander dio media vuelta y se dispuso a seguir al profesor Porter, mientras le daba vueltas en la cabeza a la duda de si debía sentirse halagado u ofendido por el equívoco cumplido de la señorita Porter.

Tarzán había observado la consternación que reflejaron los rostros de los miembros del pequeño grupo al ver la partida del Arrow; y como quiera que el buque constituía para él una maravillosa novedad, decidió salir corriendo hacia la punta de tierra de la parte norte de la cala, a fin de echar un vistazo más de cerca a la nave, así como para enterarse, si ello le era posible, del rumbo, de la dirección en que se alejaba.

Saltando de un árbol a otro con toda la rapidez de que fue capaz, alcanzó el extremo de la línea de tierra segundos después de que el barco hubiera abandonado la bahía, lo que disfrutó de una excelente vista de las maravillas de aquella extraña casa flotante.

Una veintena de hombres corrían de aquí para allá por la cubierta o tiraban y recogían maromas. Soplaban una brisa ligera y el buque había pasado por la boca del puerto natural con poco trapo, pero una vez dejó atrás la punta, se desplegaron todas las velas con el fin de llegar a alta mar cuanto antes.

Tarzán observó la gracia de los movimientos de la nave y, en un arrebato de admiración, anheló encontrarse a bordo. Su aguda mirada percibió en aquel momento un tenue asomo de humo en la remota línea del horizonte, por el norte, y se preguntó cuál sería la causa de aquel extraño conato de nube en medio de la inmensidad del agua.

Casi de modo simultáneo, el vigía del Arrow debió de avistar el mismo fenómeno, porque al cabo de unos minutos Tarzán observó que disminuían el paño y cambiaban el rumbo. El barco viró en redondo y el hombre mono comprobó que regresaba hacia tierra.

En la proa, un marinero hundía e izaba una cuerda que llevaba un pequeño artilugio ligado en el extremo. Tarzán se preguntó qué objetivo tendría aquella operación. Por último, el buque tomó el viento directamente; luego se echó el ancla y se arriaron las velas. Un gran movimiento se desencadenó en cubierta.

Bajaron un bote y cargaron en él un enorme cofre. Acto seguido, una docena de marineros se aplicaron a los remos y la barca se deslizó rápidamente hacia la punta donde Tarzán permanecía agazapado entre las ramas de un árbol.

Al acercarse la barca, Tarzán distinguió en su popa al individuo de cara de rata.

Escasos minutos después, el bote llegaba a la playa. Los marineros saltaron a tierra y descargaron el cofre sobre la arena. Se encontraban en el lado norte de la punta, por lo que su presencia quedaba oculta a los ojos de quienes estaban en la cabaña.

Los hombres discutieron airadamente durante un momento. Luego, el sujeto de semblante ratonil, acompañado de varios de sus esbirros, ascendió a lo alto del montículo en el que crecía el árbol ocupado por el escondido Tarzán. Dedicaron varios minutos a estudiar los alrededores.

—Ahí tenemos un buen sitio —determinó el marinero de cara de rata. Señalaba un punto situado tras el árbol de Tarzán.

—Tan bueno como otro cualquiera —comentó uno de sus compañeros—. De todas formas, si nos pescan con el tesoro a bordo, nos lo confiscarán. Lo mejor que podemos hacer es enterrarlo ahí, y si alguno de nosotros tiene la suerte de escapar a la horca, podrá volver más adelante y disfrutarlo. El tipo de cara de rata llamó a los que se habían quedado en la barca, los cuales se acercaron despacio, con picos y palas al hombro.

—¡Daos prisa! —conminó Snipes.

—¡No te impongas! —replicó uno de los marineros en tono hosco—. No eres ningún almirante, maldito renacuajo.

—Pero aquí soy el capitán, métetelo en la calabaza, desgraciado —se jactó Snipes, y acompañó la aclaración con un diluvio de tremebundos juramentos.

—¡Tranquilos, chicos! —aconsejó apaciguadoramente uno de los hombres que no había hablado aún. No llegaremos a ninguna parte si nos peleamos entre nosotros.

—Eso es verdad —aceptó el marinero al que le había molestado el tono autoritario de Snipes; aunque lo hizo con reservas—. Pero tampoco es cosa de permitir que a alguien se le suban los humos y se crea el amo del cotarro.

—Vosotros cavad aquí —Snipes señaló el punto elegido, al pie del árbol—. Y mientras caváis, Peter trazará un plano o mapa del lugar para que podamos encontrarlo luego. Vosotros dos, Tom y Bifi, que os ayuden un par más y traéis el cofre.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó el protestón de antes—. ¿Dar órdenes y nada más?

—Tú, manos a la obra —rezongó Snipes—. No pretenderás que tu jefe se ponga a darle a la pala, ¿verdad?

Todos los demás marineros alzaron la cabeza irritados. A ninguno de ellos le caía bien Snipes y todo aquel despotismo que llevaba manifestando desde

que asesinó a King, el auténtico cabecilla de los amotinados, no había hecho más que añadir más leña al fuego de su aversión.

—¿Quieres decir que no vas a coger una pala y echarnos una mano? Tampoco me parece que sea tan grave lo del hombro —dijo Tarrant, el marinero que había hablado antes.

—¡Ni por lo más remoto! —replicó Snipes, al tiempo que acariciaba nerviosamente la culata de su revólver.

—Entonces —insistió Tarrant—, si no coges una pala, ¡cogerás un pico, por los clavos de Cristo! Y al tiempo que pronunciaba la amenaza, levantó el pico que empuñaba y, con un rápido y violento volteo, hundió la punta en la cabeza de Snipes.

Los hombres permanecieron inmóviles y silenciosos, fija la vista en las consecuencias del siniestro humor de su compañero. Al final, uno de ellos declaró:

—Esa sabandija se lo merecía.

Otro empezó a trabajar con el pico. Era un terreno blando, así que el hombre prescindió del pico y agarró una pala; los demás se le unieron en seguida. No hubo comentario ulterior ninguno acerca del homicidio, pero los marineros trabajaban de mejor talante y con más ganas que cuando Snipes tenía el mando.

Una vez tuvieron excavado un hoyo de las proporciones suficientes para que cupiera el cofre, a Tarrant se le ocurrió que podían profundizar un poco más para poner el cadáver de Snipes encima del arcón y enterrarlo todo junto.

—Eso puede tener la ventaja de que si alguien excava por aquí tal vez se lleve a engaño —declaró. Los demás comprendieron la astucia de la sugerencia, así que ampliaron la fosa para acomodar el cuerpo y profundizaron un poco más en el centro, para hundir el cofre. Envolvieron éste en un trozo de lona de vela y lo depositaron en su sitio, treinta centímetros por debajo del nivel de la fosa. Echaron las necesarias paletadas de tierra y lo apisonaron, de manera que el fondo de la tumba parecía liso y uniforme.

Dos marineros hicieron rodar el cadáver de Snipes y lo arrojaron sin contemplaciones dentro de la fosa, no sin antes haberle despojado de sus armas y demás pertenencias, que algunos miembros de la partida deseaban para sí.

Después llenaron la sepultura y apisonaron la tierra hasta que ya no cabía más.

El resto lo esparcieron por allí y después cubrieron la tumba con maleza seca, de forma que presentase el aspecto más natural posible, sin que se

apreciara el menor rastro de que se había removido el suelo.

Cumplida su tarea, los marineros regresaron al bote y remaron apresuradamente en dirección al Arrow.

El viento había aumentado su velocidad de modo considerable. El humo que se elevaba en el horizonte había adquirido un volumen que permitía distinguirlo con toda claridad y los amotinados no perdieron tiempo en desplegar todas las velas y poner rumbo al suroeste.

Espectador interesadísimo en todos aquellos acontecimientos, Tarzán reflexionaba y hacía cábalas acerca del extraño comportamiento de aquellas singulares criaturas. ¡Realmente, los hombres eran más—estúpidos y crueles que las fieras de la selva! ¡Qué afortunado era él, que vivía en la paz y la seguridad de la gran floresta!

Se preguntó qué contendría el cofre que acababan de enterrar. Si no lo querían, ¿por qué no se limitaron a arrojarlo al agua? Eso les hubiera resultado mucho más cómodo. Ah, se dijo, sin duda sí que lo querían. Lo escondieron allí porque tenían intención de volver a buscarlo más adelante.

Tarzán saltó al suelo y procedió a examinar el suelo alrededor de la tumba. Miraba a ver si aquellos extraños seres dejaron por allí algo que a él le hiciera gracia poseer. No tardó en encontrar una pala oculta entre la maleza que los amotinados habían puesto encima de la sepultura. La cogió y probó a utilizarla tal como había visto hacer a los marineros. Era un trabajo bastante pesado y lastimaba sus descalzos pies, pero continuó dándole a la herramienta hasta desenterrar parcialmente el cadáver. Lo sacó a rastras de la tumba y lo puso a un lado.

Después continuó excavando hasta desenterrar el cofre. También tiró de él y lo dejó junto al cadáver. A continuación rellenó el hoyo más pequeño del fondo de la tumba, volvió a colocar el cuerpo de Sniper donde estaba antes, le echó encima la tierra que había extraído, puso de nuevo la maleza sobre la sepultura y dedicó su atención al cofre.

Cuatro marineros sudorosos se las habían visto y deseado para trasladar aquel peso... Tarzán de los Monos lo levantó como si se tratara de una caja de embalaje vacía y, con la pala colgada al hombro por una cuerda que le había atado, se llevó el cofre a las profundidades más tupidas de la jungla.

No le era posible trasladarse por las ramas de los árboles cargado con aquel embarazoso arcón, sino que avanzó por los senderos, sin retrasarse demasiado.

Caminó durante varias horas en dirección noreste, hasta llegar a un impenetrable muro de vegetación enmarañada. Allí saltó a una de las ramas inferiores y continuó a través de los árboles. Al cabo de otros quince minutos

desembocó en el anfiteatro donde los monos se reunían en consejo o para celebrar las ceremonias del Dum—Dum.

Empezó a excavar en el centro del claro, no lejos del tambor o altar. Costaba más trabajo ahondar allí que en la tierra recién removida de la tumba, pero Tarzán de los Monos era tesonero y no paró hasta tener un hoyo lo bastante hondo como para albergar el cofre y ocultarlo adecuada y eficazmente a la vista.

¿Por qué se había tomado tanto trabajo sin conocer el valor de lo que contenía el cofre? Tarzán de los Monos tenía figura e inteligencia humanas, pero el ambiente en que se había criado y la formación que recibió fueron de simio. Su cerebro le dijo que el contenido del arcón era valioso porque, si no, los hombres no lo habrían escondido. Su educación le había imbuido la idea de imitar todo lo nuevo e insólito, por lo que, ahora, su curiosidad natural, algo tan común entre los hombres como entre los simios, le apremiaba a abrir el cofre y examinar lo que contenía. Pero la sólida cerradura y los robustos flejes de hierro fueron más efectivos que las mañas y la enorme fuerza de Tarzán, lo que le obligó a enterrar el cofre sin haber satisfecho su curiosidad. Para cuando el hombre—mono hubo recorrido el camino de regreso a las proximidades de la cabaña, alimentándose al paso, había oscurecido del todo.

Dentro de la pequeña construcción relucía una gran claridad, porque Clayton había encontrado una lata de petróleo que llevaba allí veinte años intacta, sin abrir. Era parte de los artículos que Michael el Negro dejó a los Clayton. Las lámparas también se encontraban en condiciones de funcionamiento, de modo que al asombrado Tarzán le pareció que el interior de la cabaña tenía tanta luz como si reinase allí el pleno día.

Se había preguntado muchas veces para qué servirían exactamente aquellas lámparas. Las palabras escritas y las ilustraciones le indicaron el nombre de aquellos aparatos y de lo que eran, pero Tarzán ignoraba el procedimiento para hacerles producir la maravillosa luz solar que proyectaban, según las ilustraciones, sobre las cosas que estaban a su alrededor.

Al acercarse a la ventana más próxima a la puerta observó que el interior de la cabaña estaba ahora dividido en dos compartimentos, separados por un tosco tabique de ramas y lona.

En el delantero se encontraban los tres hombres; los dos ancianos enzarzados en una discusión, mientras el joven, sentado en una improvisada banqueta y con la espalda apoyada en la pared, aparecía enfrascado profundamente en la lectura de uno de los libros de Tarzán.

Como no tenía ningún interés especial en aquellos hombres, Tarzán se trasladó a la otra ventana. Allí estaba la muchacha. ¡Qué cara tan bonita! ¡Qué

delicada y blanca su piel!

Escribía, sentada a la mesa de Tarzán, bajo la ventana: Acostada encima de un montón de hierba, en el fondo del cuarto, dormía la mujer negra.

Tarzán estuvo una hora recreándose feliz en la contemplación de la joven, que no dejaba de escribir. ¡Cómo anhelaba dirigirle la palabra!

Pero no se atrevió a hacerlo, convencido de que, lo mismo que había ocurrido con el joven, ella no le entendería. Y, por otra parte, también temía asustarla.

Al final, la muchacha se puso en pie. Dejó el manuscrito sobre la mesa y se encaminó a la cama, encima de la cual había echado unas cuantas hierbas frescas. Volvió a disponerlas a su gusto.

Después se soltó la masa de suaves cabellos dorados que coronaba su cabeza. La melena cayó en torno al precioso óvalo de su rostro, como una rutilante catarata de bruñido metal acariciado por el sol poniente. La espléndida cabellera descendió en líneas ondulantes hasta más abajo de la cintura.

Tarzán estaba fascinado. Jane Porter apagó la lámpara y la más absoluta y densa oscuridad envolvió el interior de la cabaña.

Tarzán continuó vigilando. Acurrucado bajo la ventana, permaneció allí media hora, expectante, atento el oído. Por último, su espera se vio recompensada al percibir el rumor de esa respiración uniforme reveladora del sueño.

Con la máxima precaución, Tarzán fue introduciendo la mano entre los barrotes de la ventana hasta tener todo el brazo dentro de la cabaña. Tanteó cuidadosamente la superficie de la mesa. Tropezó por último con el manuscrito que Jane Porter había estado escribiendo y, sin abandonar las precauciones, retiró el brazo y la mano con el preciado tesoro entre los dedos.

Tarzán dobló las hojas y formó un diminuto bulto de papel que guardó en el carcaj de las flechas. Luego se fundió entre las sombras de la jungla y se alejó tan sosegada y silenciosamente como había llegado.

Capítulo XVIII: El peaje de la selva

Tarzán se despertó a primera hora de la mañana siguiente y el primer pensamiento que brotó en su cerebro con el nuevo día, lo mismo que el último con que despidió la noche anterior, fue para el maravilloso manuscrito que

había guardado en la aljaba.

Se apresuró a sacarlo, confiando, contra toda esperanza, que le sería posible leer lo que la preciosa joven blanca había escrito la noche precedente.

La primera ojeada le produjo una amarga desilusión; nunca había deseado nada tanto como anhelaba en aquel momento poseer la aptitud precisa para interpretar el mensaje de la divinidad de áurea cabellera que de un modo tan súbito e imprevisto había irrumpido en su vida.

¿Qué importaba que el mensaje no fuese para él? Expresaba los pensamientos de la muchacha y eso era suficiente para Tarzán de los Monos.

¡Y se encontraba con la frustrante sorpresa de que no podía descifrar unos caracteres que veía por primera vez! ¡Pero si incluso se inclinaban las letras en dirección contraria a la de los libros impresos y la calígrafa de las pocas cartas que había encontrado!

Hasta los pequeños insectos del libro de tapas negras le resultaban amigos familiares, aunque su disposición no significase nada para él. Pero estos otros bichos eran nuevos y desconocidos.

Llevaba veinte minutos devanándose los sesos sobre ellos cuando, de pronto, empezaron a adquirir formas familiares, aunque un tanto distorsionadas. Ah, eran viejos conocidos, pero contrahechos de veras.

A continuación comenzó a entender una palabra aquí, otra allá. El corazón saltó jubiloso en su pecho. ¡Podía leerlo y lo leería!

Al cabo de media hora, sus progresos se aceleraban ya geoméricamente; aunque de vez en cuando se le escapaba alguna palabra, la tarea le resultaba ya relativamente sencilla.

Esto es lo que leyó:

Costa de África,

a unos 10 ° de latitud sur

(Eso dice el señor Clayton)

3 de febrero (?) de 1909

para Hazel Strong,

de Baltimore (Maryland)

Queridísima Hazel:

Parece tonto escribirte una carta que posiblemente no llegue nunca a tus manos, pero ocurre, sencillamente, que debo contar a alguien las espantosas aventuras que hemos vivido desde que zarpamos de Europa en el funesto

Arrow.

Si no volvemos a la civilización, cosa que ahora me parece demasiado probable, esta carta será un breve resumen de los acontecimientos que quizás acaben desembocando en un destino fatal, cualquiera que pueda ser.

Como sabes, se supone que partimos para realizar una expedición científica en el Congo. Se corrió la voz en los círculos oportunos de que mi padre sostenía una teoría maravillosa acerca de la existencia de una civilización inconcebiblemente antigua, cuyos arqueológicos restos yacían sepultados en algún lugar del valle del Congo. Pero cuando nos hicimos a la mar en el velero, la verdad salió a la luz.

Al parecer, una vieja rata de biblioteca, un hombre que tiene una tienda de antigüedades que es al mismo tiempo librería de ocasión en Baltimore encontró entre las hojas de un antiguo manuscrito español una carta datada en 1550 en la que se refería con todo detalle la odisea de los amotinados tripulantes de un galeón español que navegaba de España a América del Sur con un inmenso tesoro de «doblores» y «piezas de a ocho», supongo, porque te aseguro que sonaba a piratería y romanticismo aventurero.

La carta la había redactado un miembro de la tripulación e iba dirigida a su hijo que, por aquellas fechas, era capitán de un buque mercante español.

Habían transcurrido muchos años desde que sucedieron los acontecimientos que se relataban en la carta, y el anciano autor de la misma era ya un respetable vecino de una oscura ciudad española, pero el amor que sentía por el oro era tan fuerte que se arriesgó a proporcionar a su hijo la información precisa para conseguir el fabuloso tesoro. Luego, ambos lo disfrutarían.

Contaba el autor de la carta que, al cabo de una semana de haber zarpado de España, la tripulación se amotinó y asesinó a todos los oficiales del buque y a cuantos hombres se les pusieron por delante; pero eso fue un error que pagaron muy caro, ya que no quedó nadie con los conocimientos técnicos precisos del arte de la navegación como para gobernar la nave.

Anduvieron a la deriva durante dos meses, dando tumbos por el océano, hasta que enfermos y moribundos, víctimas del escorbuto, muertos de hambre y sed, naufragaron ante un pequeño islote.

El oleaje lanzó el galeón contra la playa, donde se hizo trizas, pero los supervivientes, que por entonces no eran más que diez, tuvieron tiempo de rescatar uno de los cofres en que se transportaba el tesoro.

Lo enterraron en la isla, tierra adentro, y durante tres años vivieron con la esperanza de que alguien los rescatara.

Uno tras otro fueron enfermando y muriendo, hasta que sólo quedó uno: el autor de la carta. Los náufragos habían construido una barca con los restos del galeón, pero al no tener la menor idea de la situación geográfica de la isla no se atrevieron a lanzarse a la mar.

Sin embargo, cuando todos sus camaradas hubieron muerto, la terrible soledad que abrumó al único superviviente se le hizo tan insufrible que, al cabo de aproximadamente un año, el hombre optó por arriesgarse a morir en el mar antes que volverse loco en la solitaria isla y se hizo a la vela en la pequeña barca.

Por fortuna, puso rumbo al norte y ocho días después de abandonar el islote se encontró en la ruta de los mercantes españoles que realizaban la travesía entre las Indias Occidentales y España. Y le recogió uno de esos buques, que regresaba a la patria.

La historia que contaba el hombre se refería sólo al naufragio, en el que sólo murieron unas cuantas personas. Los demás, a excepción de él, perecieron después de haber llegado al islote. No aludía para nada al motín ni al cofre del tesoro enterrado.

El capitán del buque mercante le aseguró que, a juzgar por la posición en que lo recogieron y por la dirección y velocidad de los vientos predominantes durante la semana precedente, la isla no podía ser más que una del archipiélago de Cabo Verde, situado frente a la costa occidental de África, a unos 16 o 17 0 de latitud norte.

La carta describía la isla minuciosamente, indicaba con exactitud la localización del tesoro e iba acompañada del mapa más tosco y extraño que una pudiera imaginar, árboles y peñas se señalaban con sendas X garabateadas con mano insegura para mostrar con absoluta precisión el punto donde se había enterrado el tesoro.

Cuando mi padre aclaró la verdadera naturaleza de la expedición, se me cayó el alma a los pies, porque, como le conozco bien y sé lo iluso y visionario que es el pobre, temí que se hubiese dejado embaucar una vez más, sospecha que se acentuó al confesarme que había pagado mil dólares por la carta y el mapa.

Mi desazón fue aún mayor cuando me enteré de que, además, había pedido un préstamo de otros diez mil dólares a Robert Canter, al que entregó pagarés por esa cantidad.

El señor Canler no tenía ningún seguro que cubriese la pérdida, y ya sabes, querida, lo que signaría para mí el que mi padre no pudiera atender esos pagarés a su vencimiento. ¡Oh, cómo aborrezco a ese hombre!

Tratamos de ser optimistas y ver el lado positivo de las cosas, pero el señor Philander y el señor Clayton, éste se nos unió para participar en la aventura, se mostraron tan escépticos como yo. Bueno, abreviando: encontramos la isla y el tesoro. Un enorme cofre de madera de roble, con flejes de hierro, envuelto en varias coberturas de lona de vela, tan fuerte y bien conservado como cuando lo enterraron hace doscientos años.

Estaba lleno de monedas de oro, ni más ni menos, y pesaba tanto que cuatro hombres casi no podían levantarlo.

Ese endemoniado arcón sólo parece acarrear asesinato y desgracia a cuantos se relacionan de algún modo con él, porque, tres días después de haber zarpado de las islas de Cabo Verde, nuestra tripulación se amotinó y mató a todos los oficiales del buque.

Oh, fue un trago espantoso, lo más horrible que puedas imaginar...

Ni siquiera soy capaz de describirlo por escrito.

Estaban dispuestos a matarnos a todos, pero uno de ellos, el cabecilla, un individuo llamado King, no se lo permitió, y entonces pusieron proa al sur, costeando, hasta localizar una zona solitaria, con un puerto natural que les pareció adecuado para sus intenciones. Y aquí nos desembarcaron y nos han dejado abandonados.

Hoy han zarpado, con el tesoro, claro. Pero el señor Clayton opina que correrán la misma suerte que corrieron los amotinados del antiguo galeón, ya que King era el único hombre a bordo que sabía algo acerca del arte de navegar y uno de los marineros lo asesinó en la playa el día en que desembarcamos.

Me gustaría que conocieses al señor Clayton; es el chico más agradable que te puedas echar a la cara y, o mucho me equivoco, o se ha enamorado locamente de una servidora.

Es hijo único de lord Greystoke y algún día heredará el título y las propiedades. Además, tiene fortuna propia, es riquísimo. Lo que me mortifica un poco es el hecho de que tenga que acabar siendo un lord inglés... ya sabes el concepto que he tenido siempre de las chicas norteamericanas que se casan con extranjeros con título de nobleza. ¡Ah, si Clayton fuese un simple caballero estadounidense!

Claro que no es culpa suya, pobre muchacho, y en todo lo demás, o sea, si exceptuamos su cuna, está a la altura de un ciudadano de mi país, lo cual es el piropro más soberbio que conozco aplicable a un hombre.

Desde que desembarcamos aquí hemos vivido In s más impresionantes experiencias. Mi padre y el señor Philander se perdieron en la selva y los

persiguió un león de verdad.

El señor Clayton también se perdió y también le atacaron fieras salvajes en dos ocasiones.

Esmeralda y yo nos vimos acorraladas en una vieja cabaña por una terrible leona hambrienta. ¡Ah!, fue sencillamente «terrorificante», que diría Esmeralda.

Pero lo más fantástico de todo es la maravillosa criatura que nos salvó. Yo no le he visto, pero mi padre, el señor Philander y el señor Clayton sí, y aseguran que es un hombre blanco, de tez muy bronceada, hasta el punto de parecer curtida, guapo y perfecto como un dios, dotado de tal fuerza de un elefante salvaje, la agilidad de un mono y la bravura de un león.

No habla inglés y se desvanece rápida y misteriosamente en cuanto termina de llevar a cabo sus valerosas hazañas, como si fuera un espíritu incorpóreo.

Luego tenemos a otro vecino no menos extraño, que escribió un bonito letrero, a mano pero en caracteres de imprenta, y lo clavó en la puerta de la cabaña que ocupamos ahora. Un aviso en el que nos advertía que no estropeásemos ninguna de sus pertenencias y que firmaba «Tarzán de los Monos».

No hemos llegado a verle aún, aunque creo que anda por los alrededores, porque cuando uno de los marineros se aprestaba a descerrajarle un tiro por la espalda al señor Clayton, una mano invisible arrojó desde la selva una lanza que fue a clavarse en el hombro del asesino.

Los marineros sólo nos dejaron una provisión de víveres bastante escasa, y como no contamos más que un solo revólver y los tres cartuchos que quedan en el tambor, no sé cómo vamos a procurarnos alimento, aunque el señor Philander afirma que podemos subsistir indefinidamente con una dieta de frutos silvestres de los que abundan en la selva.

Estoy cansadísima, así que iré a acostarme en el curioso lecho de hierbas que el señor Clayton ha recogido para mí. Te prometo, sin embargo, que añadiré a esta carta, día a día, las cosas que vayan ocurriendo.

Te envío todo mi cariño

Jane Porter

Con el entrecejo fruncido, Tarzán permaneció largo rato reflexionando, después de leer la carta. Estaba tan rebotante de detalles y maravillas sorprendentes que, mientras intentaba asimilarlos, el cerebro del hombre—mono parecía encontrarse en medio de un remolino.

De modo que no sabían que Tarzán de los Monos era él. Se lo diría.

Había construido en el árbol un tosco cobertizo a base de ramas y hojas, debajo de las cuales, para protegerlos de la lluvia, colocó los contados tesoros que trasladó desde la cabaña. Entre ellos figuraban unos cuantos lápices.

Cogió uno y, al pie de la firma de Jane Porter, escribió:

«Yo soy Tarzán de los Monos».

Supuso que bastaría con eso. Iría más adelante a la cabaña a devolver la carta.

En cuanto a la comida, pensó Tarzán, no necesitaban preocuparse... él se la suministraría. Así lo hizo.

A la mañana siguiente, Jane encontró la carta perdida en el lugar exacto de donde había desaparecido dos noches antes. Se quedó un tanto perpleja, pero cuando vio las palabras rotuladas con caracteres de imprenta debajo de su firma, notó que un gélido escalofrío le recorría la columna vertebral. Enseñó a Clayton la carta, mejor dicho, la última hoja, con la firma.

—Y me parece —articuló la muchacha— que ese misterioso individuo estuvo observándome todo el tiempo mientras yo escribía... ¡Ooooh! Se me hiel la sangre sólo de pensarlo.

—Pero debe de ser amistoso —la tranquilizó Clayton—, puesto que le ha devuelto la carta y no le ha causado ningún daño. Y, a no ser que me equivoque de medio a medio, anoche le dejó una prueba sustancial de su amistad, porque al salir he encontrado el cuerpo de un jabalí muerto.

A partir de entonces, raro era el día que Tarzán no dejaba su ofrenda alimenticia, en forma de cala u otros comestibles. A veces se trataba de un cervatillo o de cierta cantidad de extraños manjares cocinados tortas de tapioca sustraídas en la aldea de Mbonga, un jabalí, un leopardo e, incluso, una vez un león.

A Tarzán le producía un inmenso placer, disfrutaba como nunca cazando para proporcionar carne a aquellos desconocidos. Le parecía que ningún goce de la tierra era comparable al que le procuraba esforzarse por el bienestar y la seguridad de aquella preciosa muchacha blanca.

Algún día se aventuraría a entrar en el campamento, a pleno sol, para conversar con aquellas personas mediante los pequeños insectos que tan familiares les eran a ellos y a Tarzán. Pero le costaba un trabajo ímprobo superar la timidez propia de los seres salvajes de la jungla, de forma que los días fueron sucediéndose sin que él se decidiera a poner en práctica sus buenas intenciones.

Los miembros de la partida acampada en la zona de la cabaña, con el envalentonamiento fruto de la costumbre, se iban adentrando cada vez más en

la selva durante sus expediciones en busca de frutos y bayas.

Casi no pasaba día sin que el profesor Porter, sumido en su absorta indiferencia no se acercase temerariamente a las fauces de la muerte. El señor don Samuel T. Philander, al que nunca pudo considerar nadie hombre robusto, adelgazó hasta convertirse en sombra de la sombra que siempre fue, por culpa de la continua zozobra e inquietud mental consecuencia de sus hercúleos esfuerzos para salvaguardar al profesor.

Transcurrió un mes. Tarzán se había decidido por fin a visitar el campamento a plena luz del día. Fue a primera hora de la tarde. Clayton se había dado un paseo hasta la punta de la bocana del puerto natural, con la esperanza de ver pasar algún barco. Tenía allí amontonada una buena cantidad de leña, lista para que alguien le prendiese fuego y se convirtiera en señal que cualquier vapor o velero que apareciese en el lejano horizonte pudiera ver sin dificultad.

El profesor Porter caminaba por la playa, al sur del campamento, con el señor Philander pegado a él, sin dejar de apremiarle para que volviera sobre sus pasos antes de que los dos se convirtiesen en el objetivo prioritario de cualquier fiera salvaje.

Ausentes todos los demás, Jane y Esmeralda se adentraron en la jungla para coger frutas y, en su búsqueda, fueron alejándose cada vez más de la cabaña.

Tarzán aguardó en silencio, a la puerta de la cabaña, a que volvieran.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de la hermosa muchacha blanca.

Siempre estaba pensando en ella. Y aquel momento no era la excepción. Se preguntó si le tendría miedo, ocurrencia que a punto estuvo de inducirle a abandonar su plan.

Empezó a impacientarse, anhelaba que la joven estuviese ya allí, poder regalarse la vista mirándola, tenerla cerca, acaso tocarla. El hombre—mono no conocía ningún dios, pero estaba tan cerca de idolatrar a su divinidad como cualquier hombre devoto de su religión adoraría a la suya.

Mientras esperaba, dedicó su tiempo a rotular un mensaje para la chica; no estaba seguro de si se lo entregaría o no, pero le producía un placer infinito ver expresados sus pensamientos por escrito... labor en la que, después de todo, tampoco estaba tan incivilizado. Escribió:

«Soy Tarzán de los Monos. Te quiero. Soy tuyo. Tú eres mía. Viviremos aquí juntos siempre en mi casa. Te traeré las mejores frutas, la carne de ciervo más tierna, las mejores viandas de la selva. Cazaré para ti. Soy el mejor luchador de la jungla. Lucharé para ti. Soy el más poderoso de los luchadores

de la selva. Tú eres Jane Porter, vi tu nombre en la carta. Cuando veas este escrito sabrás que es para ti y que Tarzán de los Monos te quiere».

Mientras permanecía allí, erguido como un muchacho indio, esperando al lado de la puerta, una vez concluida la redacción de la nota, su agudo oído percibió un sonido familiar. Era el rumor que producía el paso de un mono a través de las ramas bajas de la floresta. Escuchó con atención durante un momento y, entonces, de la selva llegó un angustiado grito femenino y Tarzán de los Monos dejó caer en el suelo su primera carta de amor y salió disparado hacia la floresta como una pantera.

También Clayton había oído el grito, lo mismo que el profesor Porter y el señor Philander. En cuestión de segundos, los tres llegaron corriendo a la cabaña, al tiempo que se lanzaban recíprocamente una andanada de preguntas. Una mirada al interior de la cabaña confirmó sus temores más pesimistas.

Jane y Esmeralda no estaban allí.

Automáticamente, Clayton, seguido por los dos hombres de edad, se zambulló en la espesura, al tiempo que repetía a voz en cuello el nombre de la muchacha. Estuvieron media hora dando tumbos por la selva, hasta que Clayton, por puro azar, tropezó con el caído cuerpo de Esmeralda.

Se inclinó sobre la mujer, le tomó el pulso y aplicó el oído al pecho de la negra para comprobar si le latía el corazón. Esmeralda vivía. La sacudió por los hombros.

—¡Esmeralda! —le chilló al oído—. ¡Esmeralda! Por el amor de Dios, ¿dónde está la señorita Porter? ¿Qué ha ocurrido? ¡Esmeralda! Despacio, muy despacio, Esmeralda abrió los ojos. Vio a Clayton. Y vio jungla rodeándola por todas partes.

—¡El arcángel san Gabriel me valga! —exclamó, y volvió a desmayarse.

Para entonces, ya había llegado allí el profesor Porter y el señor Philander.

—¿Qué vamos a hacer, señor Clayton? —preguntó el anciano profesor—. ¿Por dónde podemos empezar a buscar? Dios no puede ser tan cruel como para arrebatarme ahora a mi niña.

—Lo primero es lograr que Esmeralda vuelva en sí —propuso Clayton—. Ella podrá explicarnos qué ha ocurrido. ¡Esmeralda!

Volvió a gritarle y a sacudir enérgicamente a la mujer por los hombros.

—¡Oh, arcángel san Gabriel! —lloriqueó la pobre negra, pero mantuvo los párpados apretados con fuerza—. Déjame morir, Señor, no permitas que vea otra vez esa horrible cara.

—Vamos, vamos, Esmeralda —tranquilizó Clayton—. El Señor no está

aquí, soy Clayton. Abre los ojos. Esmeralda obedeció.

—¡Oh, bendito arcángel san Gabriel! Gracias a Dios —articuló.

—¿Dónde está la señorita Porter? ¿Qué ha pasado? —quiso saber Clayton.

—¿No está aquí la señorita Jane? —gimió Esmeralda, y se incorporó con una celeridad realmente prodigiosa para una persona de su volumen—. ¡Oh, Señor! ¡Ahora me acuerdo! Debió de llevársela aquello y la negra estalló en un arrebató de sollozos y lamentos gemebundos.

—¿Quién se la llevó? —preguntó el profesor Porter.

—Un enorme gigante con el cuerpo cubierto de pelo.

—¿Un gorila, Esmeralda? —precisó el señor Philander, y ninguno de los tres hombres se atrevió a respirar una vez expresada en palabras aquella terrible sugerencia.

—Creí que era Satanás, pero ahora sospecho que debió de ser uno de esos espantosos gorilefantes. ¡Oh, pobre niña, pobrecita mía!

Y Esmeralda se entregó a otra oleada de sollozos incontrolables.

Clayton empezó de inmediato a buscar huellas, pero no pudo encontrar rastro alguno, aparte el desbarajuste de las hierbas pisoteadas en las inmediaciones. Y sus conocimientos forestales eran excesivamente limitados para permitirle sacar conclusiones válidas de lo que se ofrecía a sus ojos. Se pasaron el resto del día explorando la jungla, pero cuando cayó la noche no tuvieron más remedio que abandonar la búsqueda, abatidos y desesperanzados, porque ni siquiera sabían que dirección tomó el simio que había secuestrado a Jane.

Era noche cerrada cuando llegaron de vuelta a la cabaña... Un grupo de personas abatidas y consternadas, que se sentaron silenciosamente en el interior de la reducida construcción. El profesor Porter rompió finalmente el silencio. Su tono ya no era el del pedante erudito que teorizaba acerca de lo abstracto e ignoto, sino el del hombre de acción, resuelto y decidido. Sin embargo, en la voz se apreciaba un indescriptible matiz de desesperación y sufrimiento que repercutió dolorosamente en el corazón de Clayton.

—Iré ahora a acostarme un rato —dijo el anciano—, a ver si consigo dormir. Mañana, en cuanto amanezca, saldré con toda la comida que pueda llevar y no abandonaré la búsqueda hasta que haya encontrado a Jane. No volveré sin ella.

Ninguno de sus compañeros hizo comentario alguno durante largo rato, inmersos como estaban en la amargura de sus propios pensamientos. Todos y cada uno de ellos sabía, lo mismo que el viejo profesor, lo que significaban las

últimas palabras del anciano: el profesor Porter no regresaría nunca de la selva.

Al final, Clayton se puso en pie y apoyó suavemente la mano en el caído hombro del profesor Porter. —Iré con usted, naturalmente —dijo.

—Sabía que iba a ofrecerse a acompañarme..., que también desearía ir, señor Clayton, pero no debe hacerlo. Jane no necesita ya auxilio humano. Pero la que fue mi querida niñita no yacerá sola en esa selva horrible y hostil.

»A los dos nos cubrirán las mismas ramas y hojas, el mismo follaje, y nos empaparán las mismas lluvias. Y cuando llegemos ante el alma de su madre, nos encontrará juntos en la muerte, como siempre nos encontró en la vida.

«No, sólo puedo ir yo, porque era mi hija... y era lo único que me quedaba en este mundo, el único cariño por el que vivir.

—Iré con usted decidió Clayton simplemente.

El anciano alzó la cabeza y observó con intensa atención las enérgicas y agraciadas facciones de William Cecil Clayton. Es posible que leyera en aquellos rasgos el amor que anidaba en el corazón del joven... el amor que sentía por la muchacha.

Últimamente se había sumergido más de la cuenta en sus preocupaciones eruditas y se olvidó de los pequeños sucesos cotidianos, de las palabras que surgían como si nada, de todo lo que a un hombre observador y con más sentido práctico le habría indicado que aquellos dos jóvenes se sentían cada vez más atraídos el uno por el otro. Ahora, sin embargo, tales detalles volvían a su mente, uno tras otro.

—Como quiera —dijo.

—Cuenta conmigo también —terció el señor Philander.

—No, mi querido amigo —declinó el profesor Porter—. No podemos ir todos. Sería una crueldad perversa dejar aquí sola a Esmeralda, y tres personas conseguiríamos exactamente lo mismo que una. «Ya hay bastante muerte en esa floresta inhumana, tal como está. En fin... procuremos dormir un poco.

Capítulo XIX: La llamada de lo primitivo

Desde que Tarzán abandonó la tribu de gigantescos antropoides entre los que se crió, las discordias y luchas intestinas desgarraban continuamente el clan. Terkoz resultó un soberano caprichoso y despiadado, así que, uno tras otro, muchos de los monos viejos, a los que la edad debilitaba, sobre los cuales

el feroz Terkoz se complacía particularmente en desahogar sus instintos brutales, optaron por coger a su familia y buscar la tranquilidad de zonas interiores más seguras, lejos del tirano.

Pero la incesante truculencia de Terkoz llevó a la desesperación a quienes seguían viviendo en el seno de la tribu, hasta que uno de ellos se acordó de la recomendación que les hizo Tarzán al partir.

—Si tenéis un jefe cruel, no cometáis el error en que caen los otros monos y no intentéis luchar contra él de uno en uno. Lo que debéis hacer es atacarlo al mismo tiempo dos, tres o cuatro de vosotros. Si obráis así, entonces no habrá jefe que se atreva a extralimitarse y abusar de los miembros de la tribu, porque entre cuatro siempre podréis matar a cualquier jefe que se pase de la raya.

El simio que recordó tan sensato consejo lo repitió a varios de sus congéneres, de forma que cuando Terkoz regresó al clan aquel día se encontró con un caluroso comité de recepción. No hubo formulismos protocolarios. En cuanto Terkoz llegó al grupo, cinco enormes cuadrumanos saltaron sobre él.

En el fondo, Terkoz era un tremendo cobarde, como suele ser el caso de los fanfarrones, tanto si se trata de hombres como de simios; así que en vez de plantar cara a sus retadores, dispuesto a luchar y, de ser necesario, morir, se zafó de ellos con toda la rapidez que pudo, emprendió veloz huida y se refugió tras la pantalla protectora del follaje de la selva.

Intentó en dos ocasiones incorporarse a la tribu, pero en ambas se vio atacado y puesto en fuga. Por fin se dio por vencido y, rebosante de odio y furor, se adentró en la jungla.

Anduvo varios días deambulando sin rumbo, despechado y cada vez más rabioso, a la caza de algún ser más débil que él sobre el que descargar su colérico rencor.

En tal estado de ánimo, aquel bestial antropoide se desplazaba de árbol en árbol cuando, de pronto, avistó a las dos mujeres en la selva.

Se encontraba justamente sobre sus cabezas cuando las vio. La primera noticia que tuvo Jane Porter de la presencia de aquel monstruo fue cuando el enorme cuerpo velludo aterrizó de golpe junto a ella y los ojos de la muchacha, al volver la cabeza, tropezaron con aquella espantosa cara y las rugientes fauces, abiertas a menos de treinta centímetros de su persona.

Un agudo grito se escapó de los labios de Jane Porter cuando la mano de la fiera le aferró un brazo. Después se vio atraída hacia aquellos espeluznantes colmillos ávidos de clavarse en su garganta. Pero cuando parecían a punto de llegar a la tersa piel de la joven, el antropoide cambió de idea.

La tribu se le había quedado las hembras. Debía encontrar otras para sustituirlas. Aquella mona blanca sin pelo sería la primera hembra de su nuevo clan. Se la echó rudamente cruzada sobre los peludos y anchos hombros, saltó otra vez a la enramada y se alejó a través de los árboles, cargado con Jane.

El chillido aterrorizado de Esmeralda se mezcló una vez con el de la muchacha y luego, como era su costumbre cuando la situación requería valor y presencia de ánimo, Esmeralda se desvaneció. Pero Jane no perdió el conocimiento. Desde luego, aquella cara horrible se oprimía contra la suya y el aliento fétido que la bestia lanzaba sobre sus fosas nasales la paralizaron de miedo, pero su mente se mantenía clara y se daba perfecta cuenta de todo lo que ocurría.

A una velocidad que a Jane le pareció portentosa, la bestia la llevó a través del arbolado, sin que la joven gritase ni se resistiera. La repentina aparición del simio la había dejado confundida hasta tal punto que pensaba que la conducía hacia la playa.

Por tal motivo, Jane decidió reservar sus energías y la voz hasta cerciorarse de que se habían acercado tanto al campamento como para que si pedía socorro pudieran oírla. Lo ignoraba entonces, no podía saberlo, pero la verdad es que el antropoide la iba adentrando cada vez más en la tupida jungla.

El mismo grito que llevó a Clayton y a los dos ancianos a trompicones a través de la maleza selvática, había conducido antes a Tarzán de los Monos directamente al lugar donde yacía Esmeralda, pero el interés de Tarzán no se centraba en la mujer, aunque sí hizo una pausa junto a ella para cerciorarse de que estaba ilesa.

Escrutó momentáneamente el suelo y las ramas de los árboles, hasta que el simio que llevaba dentro, en virtud del ambiente en que se había criado y la formación que había recibido, combinado con la inteligencia heredada de sus antecesores, transmitieron a su mente la historia completa de lo sucedido, con tanto detalle y claridad como si lo hubiera visto con sus propios ojos.

Se lanzó inmediatamente a las oscilantes enramadas y emprendió la persecución por las alturas, siguiendo unos rastros que ningún otro ser humano hubiese podido detectar y mucho menos interpretar.

En los extremos de las ramas, donde el antropoide toma impulso para arrojar desde allí a otro árbol, hay más huellas reveladoras del paso de la pieza que se persigue, pero menos señales que indiquen la dirección que ha tomado. La presión es allí siempre hacia abajo, hacia la punta de la rama, tanto si el mono salta al árbol como si se impulsa para abandonarlo. En el centro del árbol, donde las señales del paso son más débiles, la dirección se marca con toda claridad.

Allí, en aquella rama, la enorme planta del pie del fugitivo ha aplastado una oruga, y el instinto indica a Tarzán el punto donde el mismo pie se apoyará tras la zancada siguiente. Mira hacia dicho punto y encuentra una diminuta partícula de larva destrozada, un indicio que no es mayor que una mota de humedad.

Un poco más allá, la uña de una mano ha puesto hacia arriba un trozo de corteza y el sentido de la grieta indica la dirección en que marcha quien ha arrancado la corteza. Otras veces es en una rama grande o en el mismo tronco del árbol donde el roce ha hecho que se queden allí unas hebras de pelo que, dada la posición en que han quedado atrapadas debajo de la corteza, comunican a Tarzán que está en el buen camino.

Tampoco necesitaba el hombre mono reducir la marcha para percibir tales aparentemente débiles huellas del paso de la fiera a la que perseguía.

Para Tarzán todas destacaban de modo palmario sobre la minada de desgarrones, trozos de corteza arrancados y demás señales que sembraban aquella frondosa ruta. Pero a lo que más partido sacaba el hombre—mono era a su fino olfato. Al avanzar con el viento de cara sus fosas nasales, sensibles como las de un sabueso, contaban con gran ventaja.

Hay quien cree que los animales de especies consideradas inferiores están especialmente dotadas de un sentido del olfato superior al del hombre, pero en realidad todo es cuestión de adiestramiento y desarrollo.

La supervivencia del hombre depende de la perfección de los sentidos menos de lo que pudiera creerse. Su capacidad de raciocinio le ha liberado de numerosos esfuerzos y obligaciones, por lo que muchas de sus facultades se han anquilosado. Es algo que les ha ocurrido también a diversos músculos que, como los de las orejas y el cuero cabelludo, son inútiles por mera falta de uso.

Esos músculos están ahí, en torno a los apéndices auriculares y bajo la cabellera, lo mismo que están los nervios que transmiten las sensaciones al cerebro, pero todos se encuentran en estado de subdesarrollo porque no los necesitamos.

No ocurría así con Tarzán de los Monos. Desde la más tierna infancia su supervivencia dependió de la agudeza de su vista, oído, olfato, tacto y gusto mucho más que de la facultad de razonamiento, que desarrolló bastante más despacio. De los cinco sentidos, el menos desarrollado en Tarzán era el del gusto, porque su paladar saboreaba casi con la misma delectación las exquisitas frutas del bosque que la carne cruda que llevase cierto tiempo enterrada, aunque en esto último apenas difería de los más civilizados gastrónomos.

Tarzán se desplazaba casi en absoluto silencio, aunque velozmente, tras las

huellas de Terkoz y su presa, pero la bestia fugitiva percibió el acercamiento de su perseguidor y eso le hizo acelerar la marcha.

Recorrieron cinco kilómetros antes de que Tarzán los alcanzase y entonces, al comprender que era inútil seguir huyendo, Terkoz descendió a un pequeño claro, donde podría revolverse y combatir para conservar la presa o, si el que le perseguía era superior a él en tamaño y fuerza, tendría el recurso de intentar la huida.

Aún sostenía a Jane con el enorme brazo cuando Tarzán saltó como un leopardo a la palestra que la naturaleza proporcionaba para aquella pelea primitiva.

Cuando Terkoz vio que quien le perseguía era Tarzán, llegó a la conclusión de que aquella era la hembra de su enemigo, puesto que ambos tenían el mismo aspecto —eran blancos y carecían de pelo— y acogió con inmenso regocijo la oportunidad de vengarse de aquel odiado rival.

Para Jane Porter, la aparición de aquel hombre que parecía un dios fue como un sedante para los nervios.

Por la descripción que le habían hecho su padre, el señor Philander y Clayton, la muchacha comprendió que debía de tratarse de la misma criatura maravillosa que los había salvado y vio en él no sólo a un protector sino también a un amigo.

Pero cuando Terkoz la apartó a un lado bruscamente, para afrontar el ataque de Tarzán, y la muchacha observó las gigantescas proporciones del simio, sus poderosos músculos y el filo aterrador de sus colmillos, el ánimo se le vino abajo. ¿Cómo podía vencer un hombre a tan imponente adversario? Se acercaron el uno al otro como dos toros que se acometen con furia, como dos lobos que buscan clavar sus dientes en la garganta del contrario. La delgada hoja del cuchillo del hombre frente a los largos caninos del simio.

Con el juncal, esbelto y juvenil cuerpo aplastado contra el tronco de un árbol colosal, apretadas las manos sobre el agitado seno, desorbitados los ojos en los que se mezclaba el horror, la fascinación, el miedo y la admiración, Jane Porter contemplaba aquel combate entre un mono primario y un hombre primitivo que luchaban por la posesión de una mujer... que peleaban por ella.

Cuando los formidables músculos de los hombros y de la espalda del hombre se convirtieron en apretados nudos bajo la tensión y el esfuerzo, mientras los bíceps y el antebrazo mantenían a raya a los poderosos colmillos, la capa formada por siglos de civilización y cultura desapareció de la empañada vista de la muchacha de Baltimore.

Cuando el largo cuchillo se hundió profundamente una docena de veces y

bebió la sangre que fluía por el corazón de Terkoz y cuando el impresionante cuerpo cayó sin vida contra el suelo, fue una mujer primitiva la que se precipitó hacia adelante, con los brazos tendidos, al encuentro del hombre primitivo que había luchado por ella, que la había ganado en feroz lid.

¿Y Tarzán? Hizo lo que cualquier hombre con sangre en las venas hubiera hecho sin necesidad de que le aleccionaran. Acogió a la mujer en sus brazos y colmó de besos los palpitantes labios que se entreabrían para él.

Durante un momento, Jane permaneció allí, con los párpados entrecerrados. Durante un momento —el primero en su joven vida— comprendió el significado del amor.

Pero tan repentinamente como había desaparecido, la capa de civilización y cultura volvió a ocupar su sitio y los remordimientos de una conciencia ultrajada extendieron un cendal escarlata sobre el rostro de la muchacha que, mortificada, apartó de sí a Tarzán de los Monos y hundió el semblante entre las manos.

A Tarzán le sorprendió encontrar entre sus brazos a la muchacha a la que había aprendido a amar de una manera ambigua y abstracta. Ella se había dejado abrazar voluntariamente y ahora le rechazaba. Pero luego la sorpresa se repitió, aunque en sentido contrario. Volvió a acercarse a Jane y le cogió un brazo. La joven se revolvió como una tigresa y sus puños descargaron repetidos golpes sobre el amplio pecho del hombre—mono.

Tarzán fue incapaz de entenderlo.

Un momento antes su intención era llevar inmediatamente a Jane junto a sus allegados, pero ese momento se perdía ya en un pretérito distante y nebuloso que nunca volvería a repetirse y, con él, la intención se había alejado también hacia el reino de lo imposible.

Tarzán de los Monos había sentido oprimida contra su cuerpo la figura cálida y flexible. Había notado sobre su mejilla el aliento dulce y tibio. La boca había aventado una nueva llama de vida dentro de su pecho. Unos labios perfectos se habían unido a los suyos en besos ardientes que estamparon una marca profunda en su espíritu, una marca que anunciaba el nacimiento de un nuevo Tarzán.

Volvió a posar la mano sobre el brazo de la muchacha. Ella volvió a rechazarle. Y Tarzán de los Monos hizo entonces lo mismo que hubiera hecho su primer ascendiente.

Cogió a su mujer en brazos y la llevó consigo al interior de la selva.

A la mañana siguiente, con el alba, el estampido de un cañón despertó a los cuatro ocupantes de la cabaña de las proximidades de la playa. Clayton fue el

primero en salir precipitadamente, para encontrarse con que al otro lado de la boca del puerto natural, bastante mar adentro, habían fondeado dos buques. Uno era el Arrow y el otro un pequeño crucero francés. Por la borda de este último toda la tripulación miraba hacia tierra y a Clayton le resultó evidente, mientras los demás llegaban junto a él, que el cañonazo que había oído lo dispararon los del crucero para llamar su atención, si es que aún estaban en la cabaña.

Ambas naves se encontraban a considerable distancia de la orilla y era problemático que, incluso con catalejo, pudieran divisar los sombreros que en el centro de la playa, entre las dos puntas del golfo, agitaban los miembros de la partida.

Esmeralda se había quitado el rojo delantal y lo ondeaba frenéticamente por encima de la cabeza, pero Clayton, temeroso de que ni así pudieran verlos, echó a correr hacia la punta norte donde se hallaba la pira de la señal presta para que la encendiesen.

Le pareció que transcurría una eternidad, lo mismo que a los que se quedaron detrás, conteniendo el aliento, antes de que llegara al montón de maleza y ramas secas.

Cuando salió de la espesura y volvió a ver los buques, la consternación le inundó al comprobar que el Arrow se hacía a la vela y el crucero empezaba también a navegar.

Se apresuró a prender la hoguera, por una docena de puntos, corrió al extremo del promontorio y allí se rasgó la camisa, la ató a una rama que encontró caída y procedió a agitar aquel improvisado estandarte por encima de su cabeza.

Pero los barcos continuaron su maniobra, dispuestos a alejarse, y Clayton ya se había despedido de toda esperanza cuando la columna de humo, enorme por entonces, elevada por encima de la floresta como una gruesa aguja vertical, llamó la atención de un vigía del crucero y, automáticamente, una docena de catalejos enfocaron la playa.

Clayton vio entonces que los dos buques viraban de nuevo y, mientras el Arrow se quedaba tranquilamente al paio en el océano, el crucero se fue aproximando lentamente a la orilla. Se detuvo a cierta distancia y allí arriaron un bote, que se dirigió a la playa. La barca llegó al promontorio y un joven oficial echó pie a tierra.

—Monsieur Clayton, presumo? —saludó.

—¡Gracias a Dios que han venido! —respondió Clayton—. Es posible que aún no sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir, monsieur?

Clayton le explicó el secuestro de Jane Porter y lo imprescindible que resultaba disponer de hombres armados que colaborasen en la búsqueda de la joven.

—¡Mon Dieu! —exclamó contrito el oficial—. Ayer habríamos llegado a tiempo. Hoy es posible que, por desgracia, no podamos encontrar ya a esa pobre dama. Es horrible, monsieur. Espantosamente horrible.

Nuevos botes se destacaban ya del crucero y Clayton, tras indicar la entrada de la bahía al oficial, subió con él a la barca y ésta puso proa al interior de la rada. Los demás botes les siguieron.

Toda la partida desembarcaba al cabo de un momento en el lugar donde se encontraban el profesor Porter, el señor Philander y la lloriqueante Esmeralda.

Entre los oficiales del último bote arriado del crucero iba el capitán del buque, quien, al tener noticia del rapto de Jane, solicitó voluntarios entre sus hombres, en magnánimo gesto, para que acompañasen al profesor Porter y a Clayton en su búsqueda.

Entre aquellos valientes y altruistas franceses no hubo un solo oficial ni un solo marinero que no se brindara al instante para participar en la expedición de rescate.

El capitán eligió a veinte marineros y dos oficiales, los tenientes DArnot y Charpentier. Se envió una barca al crucero con la misión de llevar a tierra víveres, municiones y carabinas; los marineros ya iban armados de revólveres.

Luego, al interrogarle Clayton respecto a las circunstancias por las que fondearon a la vista de tierra y dispararon un cañonazo en plan de aviso, el capitán Dufranne explicó que, un mes antes habían avistado al Arrow, que navegaba con rumbo suroeste casi a todo trapo. Cuando le indicaron que se aproximara, el Arrow, en lugar de obedecer, largó todavía más vela.

Lo persiguieron hasta la puesta del sol y le dispararon unos cuantos cañonazos, pero a la mañana siguiente el Arrow no aparecía por parte alguna. Durante varias semanas continuaron la búsqueda a lo largo del litoral, en una y otra dirección, y estaban a punto de dar por olvidado el incidente de la persecución cuando una mañana, pocos días antes, el vigía avistó un buque a la deriva, sacudido por el violento oleaje y evidentemente sin nadie que lo gobernara.

Al acercarse al pecio comprobaron con sorpresa que se trataba de la misma nave que había huido de ellos unas semanas atrás. Las velas de trinquete y mesana estaban izadas como si se pretendiera mantener el buque de proa al viento, pero el huracán había roto las escotas y convertido las velas en jirones.

Dadas las condiciones en que se encontraba el buque, en medio de aquella mar embravecida, resultaba tan difícil como peligroso abordarlo, y como tampoco se apreciaba signo alguno de vida en cubierta, se decidió aguardar hasta que la tormenta amainase y las aguas se calmaran. Pero entonces apareció una figura que se aferraba a la barandilla de la borda y les dirigía débiles y desesperadas señales, en petición de socorro.

Arriaron un bote inmediatamente y se ordenó a los tripulantes que se acercaran al Arrow e intentasen subir a bordo.

El espectáculo que se ofreció a los ojos de los franceses no podía ser más dantesco. Una docena de muertos y moribundos rodaban por la cubierta de un lado para otro, impulsados por los vaivenes del barco. Los vivos se entremezclaban con los muertos. Había dos cadáveres que parecían parcialmente devorados, como si los lobos se hubiesen cebado en ellos.

Los tripulantes de la nave francesa se hicieron de inmediato con el gobierno del Arrow y después condujeron a los supervivientes enfermos a sus literas.

Envolvieron a los muertos en lonas embreadas y los dejaron atados en cubierta, a la espera de que sus compañeros los identificasen, antes de arrojarlos al océano.

Cuando los franceses subieron a la cubierta del Arrow, ninguno de los marineros vivos estaba consciente. Incluso el pobre diablo que había atraído su atención con las desesperadas señales se desmayó antes de enterarse si habían atendido su petición de ayuda.

El oficial galo no necesitó mucho tiempo para averiguar la causa de aquella terrible catástrofe, porque cuando procedieron a buscar agua y coñac para reanimar a los hombres, descubrieron que a bordo no quedaba alimento de ninguna clase.

De inmediato, el oficial indicó a los tripulantes del crucero que enviasen agua, medicinas y víveres. Otra lancha efectuó el peligroso viaje al Arrow.

Cuando se aplicaron los oportunos reconstituyentes a los enfermos, éstos recobraron el conocimiento y explicaron lo sucedido. Una historia que conocemos ya hasta la partida del Arrow, tras el asesinato de Snipes y el entierro de su cadáver colocado encima del cofre del tesoro.

Al parecer, cuando el crucero emprendió la persecución del Arrow, el pánico cundió entre los sediciosos, que continuaron atravesando el Atlántico durante varias singladuras después de despistar al buque galo. Pero al darse cuenta de que el agua y las provisiones empezaban a escasear a bordo, viraron de nuevo hacia el este.

Como quiera que nadie tenía siquiera nociones de navegación, no tardaron en surgir diferencias acerca del rumbo y el punto de destino. Al cabo de tres días de navegar con rumbo este sin divisar tierra, desviaron la nave hacia el norte, al temerse que los vientos del norte que habían predominado días atrás los hubieran empujado hacia el sur de África.

Mantuvieron el rumbo nornordeste durante dos singladuras, al cabo de las cuales entraron en un periodo de calma chicha que se prolongó durante cerca de ocho días. Se quedaron sin agua y con vituallas para una sola jornada.

La situación degeneró rápidamente. Fue de mal en peor. Un hombre se volvió loco y se arrojó por la borda. Otro se abrió las venas y se alimentó bebiendo su propia sangre.

Cuando murió lo arrojaron también por la borda, aunque más de uno propuso dejar el cadáver en el barco. El hambre estaba transformando a aquellos hombres en bestias salvajes.

Cuarenta y ocho horas antes de que el crucero los abordara, los marineros del Arrow se encontraban en tal estado de debilidad que no podían manejar el barco y, ese mismo día fallecieron tres hombres. A la mañana siguiente uno de los cadáveres apareció parcialmente devorado. A lo largo de todo el día, los hombres se fulminaron con la mirada unos a otros, como animales de presa, y, cuando amaneció de nuevo, la carne de dos de los cadáveres había desaparecido casi por completo.

Aquel macabro alimento no había mejorado la condición física de los amotinados y el anhelo de agua representaba la agonía más terrible y desoladora que tenían que afrontar. Y entonces se presentó allí el crucero.

Cuando se recuperaron los que pudieron hacerlo, el comandante tuvo su versión de los sucesos; sin embargo, los marineros eran demasiado ignorantes para poder precisar al capitán del buque francés el punto exacto de la costa en que dejaron abandonados al profesor y a los demás miembros de su grupo. De modo que el crucero navegó a lo largo del litoral, disparando de vez en cuando la señal de su cañón y escudriñando con el catalejo hasta el último centímetro de la costa.

Echaban el ancla al llegar la noche, por lo que no dejaron sin examinar una sola partícula de litoral, y ocurrió que la noche anterior llegaron a la altura de la playa donde estaba el campamento que buscaban.

Los que se encontraban en tierra no habían oído los cañonazos de la tarde anterior, tal vez por hallarse dentro de la espesura, entregados a la búsqueda de Jane. Posiblemente, el ruido de sus propios pasos a través de los matorrales habría sofocado el sordo estampido de la lejana pieza artillera. Para cuando ambas partes hubieron concluido el relato de sus diversas aventuras, la barca

cargada de víveres y armas para la expedición llegó procedente del crucero.

En cuestión de minutos el reducido cuerpo de marineros y los dos oficiales franceses, junto con Clayton y el profesor Porter, emprendió la desesperanzada búsqueda por la inextricable jungla.

Capítulo XX: Herencia

Cuando Jane comprendió que aquel extraño ser de la selva que la había rescatado de las garras del mono se la llevaba ahora cautiva, forcejeó a la desesperada para liberarse y escapar; pero los robustos brazos que la sostenían —con la misma facilidad que si se tratase de una niña recién nacida— se limitaron a ejercer un poco más de presión y eso les bastó para inmovilizarla.

Así que la muchacha se dio por vencida, abandonó sus inútiles esfuerzos y, tranquila e inmóvil, se dedicó a observar a través de los entrecerrados párpados el rostro del hombre que, con tanta desenvoltura se desplazaba cargado con ella a través de la maraña de vegetación.

Era un semblante extraordinariamente atractivo.

Un arquetipo perfecto de vigor masculino, incontaminado por la disipación ni por brutales pasiones degradantes. Porque, aunque Tarzán de los Monos mataba hombres y animales, lo hacía como el cazador abate y cobra sus piezas, desapasionadamente... Salvo en las raras ocasiones en que mató por odio, si bien no por ese odio recalcitrante y malévolo que deja estampada su marca execrable en las facciones de quien lo experimenta.

En la mayoría de las ocasiones, cuando Tarzán mataba no lo hacía con el ceño fruncido, sino sonriendo. Y la sonrisa es la base de la belleza.

Una de las cosas que la muchacha observó de modo especial cuando vio a Tarzán precipitarse sobre Terkoz fue la estría de intenso color escarlata que surcaba su frente, desde un punto por encima del ojo izquierdo hasta el cuero cabelludo. Sin embargo, al examinar ahora los rasgos del hombre observó que aquella señal había desaparecido y en el lugar donde estuvo apenas se apreciaba una tenue línea blanca.

Al notar que la joven había adoptado una actitud nada batalladora, Tarzán alivió ligeramente la presión sobre ella.

Bajó una vez la mirada hacia los ojos de la muchacha, le sonrió, y Jane se apresuró a cerrar los párpados para excluir de su vista aquel rostro bello y atrayente.

Tarzán saltó a la enramada y Jane, al tiempo que se asombraba de no experimentar ningún miedo, empezó a percatarse de que, en muchos aspectos, jamás se había sentido más segura en toda su vida que en los brazos de aquella criatura fuerte y salvaje que la transportaba sólo Dios sabía hacia qué destino, adentrándola cada vez más profundamente en la selvática e intrincada floresta de aquella jungla indómita.

Cerrados los párpados, empezó a especular acerca de lo que podía reservarle el futuro y su vivaz imaginación alumbró negros temores, pero en cuanto abrió los ojos y vio aquel noble semblante cerca del suyo, se disipó automáticamente hasta el último residuo de aprensión.

No, él no podía hacerle daño; tuvo el convencimiento absoluto de ello al llegar, a través de la hermosura de las facciones y la sinceridad de los ojos, al fondo de la caballerosidad que auguraban.

Continuaron adelante, traspasando lo que a Jane le parecía una sólida masa de vegetación que, no obstante, parecía agrietarse como por arte de magia para franquear el paso del dios de la selva y luego volvía a cerrarse a sus espaldas.

Apenas llegaba a rozarle una rama, pese a que por arriba y por abajo, por delante y por detrás, lo único visible era un auténtico muro formado por ramas y enredaderas intrincadamente entrelazadas. Mientras avanzaba a ritmo uniforme, nuevos y extraños pensamientos se agitaban en la mente de Tarzán. Se le había planteado un problema que aparecía ante él por primera vez y, más que pensarlo, presintió que no iba a tener más alternativa que la de afrontar la cuestión como hombre y no como simio.

Moverse libremente por el nivel medio de la enramada, ruta que había seguido durante la mayor parte del trayecto, contribuyó a enfriar el fuego de la primera pasión ardorosa de su recién descubierto amor.

Se sorprendió a sí mismo especulando acerca del destino que habría sufrido la joven de no haberla rescatado de las garras de Terkoz.

Sabía por qué no la había matado inmediatamente el mono y empezó a comparar sus propias intenciones con las de Terkoz.

Ciertamente, la ley de la selva decretaba que el macho tomase a la hembra por la fuerza, ¿pero podía Tarzán regirse por las leyes de la selva?

¿No era Tarzán un hombre? ¿Cómo actuaban los hombres? Se quedó confuso: no lo sabía.

Le hubiera gustado poder pregonárselo a la joven, pero entonces se le ocurrió que ella le había informado ya al forcejear como lo hizo, aunque inútilmente, con ánimo de rechazarle y escapar.

Ahora, sin embargo, habían llegado a su destino y Tarzán de los Monos,

con Jane en sus robustos brazos, aterrizó suavemente en el muelle césped de la explanada donde los grandes monos celebraban sus consejos y se entregaban a las orgiásticas y salvajes danzas del Dum—Dum.

Aunque había recorrido muchos kilómetros, apenas era media tarde y la luz que se filtraba a través del tupido follaje circundante bañaba alegremente el anfiteatro.

La alfombra verde del césped, fresca y blanda, era toda una invitación.

Los mil y un ruidos de la jungla parecían tan remotos y apagados que eran como tenues ecos de sonidos confusos cuyo volumen subía y bajaba como el rumor del oleaje sobre una playa lejana.

Una sensación de soñolienta placidez se abatió sobre Jane cuando su cuerpo se hundió en la suavidad de la hierba, donde Tarzán la había depositado. La muchacha levantó la mirada hacia la gigantesca figura del hombre que se alzaba sobre ella y cuya presencia añadía una extraña impresión de perfecta seguridad.

A través de los párpados entrecerrados, la muchacha observó a Tarzán. El hombre—mono cruzó el pequeño claro circular hacia los árboles del otro extremo. Jane admiró la gracia majestuosa de sus andares, la elegante simetría de su figura magnífica y el equilibrio de su espléndida cabeza sobre los anchos hombros.

¡Qué criatura tan perfecta! Bajo aquel soberbio aspecto exterior no podía haber el más mínimo asomo de crueldad ni de vileza. Jane Porter pensó que, desde que Dios creó el primer hombre a su imagen y semejanza, no había pisado la faz de la tierra ningún otro como aquel que ella tenía delante.

Tarzán dio un salto y desapareció entre los árboles. La muchacha se preguntó a dónde iría. ¿Acaso iba a dejarla abandonada a su suerte en aquel rincón solitario de la selva?

Lanzó una inquieta mirada a su alrededor. Cada arbusto, cada matorral parecía el escondite desde el que acechaba alguna fiera enorme y espantosa, a la espera del momento oportuno para abalanzarse sobre ella y hundirle los colmillos en la tierna carne. Todos y cada uno de los ruidos se amplificaban y convertían en el furtivo rumor de un cuerpo maligno y sinuoso que se arrastraba hacia ella.

¡Qué distinto era todo ahora que él se había alejado! Durante unos minutos, que a la sobrecogida muchacha le parecieron horas, la joven permaneció sentada con los nervios de punta, temiendo el salto del bicho agazapado que de un momento a otro pondría fin a su angustioso miedo.

Estuvo a punto de rezar para que llegasen de una vez aquellos crueles

dientes que la sumirían en la inconsciencia y la librarían del tormento del pánico.

Oyó un leve y súbito ruido a su espalda. Se puso en pie al tiempo que emitía un chillido y dio media vuelta para encarar su fin.

Y allí estaba Tarzán con los brazos cargados de frutos maduros y apetitosos.

La muchacha vaciló y hubiera ido a parar al suelo de no haber soltado Tarzán su cargamento para cogerla entre sus brazos. Jane Porter no perdió el conocimiento, sino que se apretó contra el hombre-mono, estremecida y temblorosa como un cervatillo asustado.

Tarzán de los Monos le acarició la suave cabellera y trató de tranquilizarla y consolarla como Kala hacía con él cuando era una pequeña cría de mono y Sabor, la leona, o Hista, la serpiente, lo asustaban.

Tarzán posó con suavidad los labios en la frente de Jane y, en vez de removerse, la muchacha cerró los ojos y suspiró.

Ni podía ni deseaba analizar sus sentimientos. Ni siquiera intentarlo. Se sentía satisfecha con la seguridad que le comunicaban aquellos brazos robustos y con dejar que su futuro lo decidiera el destino; porque las últimas horas le habían enseñado a confiar en aquella extraordinaria criatura salvaje de la jungla como hubiera confiado en muy pocos hombres de los que conocía.

Al reflexionar en lo extraño que era todo aquello, en su imaginación nació la idea de que, posiblemente, acababa de conocer algo que en realidad nunca había conocido: el amor. Se quedó un poco desconcertada y luego sonrió.

Sin borrar la sonrisa de sus labios, apartó de sí suavemente a Tarzán y, mirándole con una expresión entre risueña e irónica, que confería a su semblante un encanto absolutamente hechicero, la muchacha señaló con el índice los frutos del suelo y se sentó sobre el borde del tambor de barro de los antropoides. El hambre anunciaba que había llegado.

Tarzán recogió rápidamente los frutos y los depositó a los pies de Jane. Después se sentó en el suelo, junto a la joven, y cortó y preparó con el cuchillo las diversas piezas, disponiéndolas para que la muchacha las degustara.

Comieron juntos y en silencio; de vez en cuando se lanzaban alguna que otra sigilosa mirada de reojo, hasta que, por último, Jane estalló en una alegre carcajada, risa a la que Tarzán se sumó de inmediato.

—Me gustaría que hablase inglés —dijo Jane.

Tarzán meneó la cabeza y una expresión de anhelo mustio y patético puso seriedad en sus hasta un segundo antes rientes pupilas.

Jane probó a hacerse entender en francés y luego en alemán, pero al final no pudo contener la risa ante su propia torpeza con la lengua germana.

De cualquier modo se dirigió a él nuevamente en inglés.

—Ha entendido usted mi alemán tan estupendamente como me lo entendieron en Berlín.

Tarzán había decidido ya bastante rato antes cuál iba a ser su futura forma de actuar. Había dispuesto de tiempo suficiente para recordar cuanto leyó en los libros de la cabaña acerca de la conducta de los hombres y mujeres. Se comportaría como imaginaba que se hubieran comportado en su lugar los hombres de los libros.

Se puso en pie de nuevo y se adentró en la floresta, pero no sin intentar previamente indicar a Jane, por señas, que volvería en seguida. Tuvo éxito con el intento, porque la muchacha le comprendió y esa vez no experimentó miedo alguno cuando él se fue.

Miedo no, pero sí le asaltó cierta sensación de soledad, clavó la mirada en el punto por donde Tarzán había desaparecido y, fijos allí sus ojos anhelantes, aguardó su regreso. Como en la ocasión anterior, un leve rumor que se produjo a su espalda informó a la joven de la presencia del hombre-mono. Jane dio media vuelta y le vio acercarse a través del césped, cargado con una gran brazada de ramas.

A continuación, Tarzán se perdió nuevamente dentro de la jungla, para reaparecer al cabo de quince minutos con cierta cantidad de hierbas y helechos. Efectuó dos excursiones más, cuyo resultado fue un buen montón de materiales.

Extendió en el suelo las hierbas y los helechos, de manera que formasen una cama bastante blanda. Por encima de la misma colocó gran número de ramas, que inclinó y unió en el centro del lecho, a unos cuantos palmos de altura. Sobre las ramas dispuso varias capas de grandes hojas de las llamadas oreja de elefante. Cerró con más ramas y hojas uno de los extremos del pequeño cobertizo que acababa de levantar.

Luego se sentó junto a la muchacha en el borde del tambor de barro y trató de hacerse entender por señas.

A Jane le había maravillado e intrigado sobremanera el magnífico guardapelo con engarce de diamantes que Tarzán llevaba colgado del cuello.

Se lo señaló con el dedo a Tarzán y éste se lo quitó al instante y tendió la joya a la muchacha. Jane observó que era obra de un buen orfebre y que los diamantes tenían un brillo y una pureza extraordinarios y estaban artísticamente engarzados. Sin embargo, su talla pertenecía, evidentemente, a

una época bastante antigua.

Comprobó también que el guardapelo se abría y, al presionar el broche oculto, las dos mitades se separaron y en cada una de las caras interiores aparecieron sendas miniaturas en marfil. Una de ellas era el retrato de una dama de gran belleza y la otra muy bien podía ser el del hombre que en aquel momento tenía al lado, aunque se apreciaba una sutil diferencia en la expresión del rostro, algo difícil de definir.

Jane Porter miró a Tarzán, al que sorprendió inclinado sobre ella para ver mejor las miniaturas, a las que miraba con cara de asombro. Alargó la mano hacia el medallón y lo tomó de la mano de la muchacha. Examinó los retratos con inconfundibles muestras de sorpresa y renovado interés. Su actitud indicaba con toda claridad que los veía por primera vez, que no se le había ocurrido nunca que el guardapelo pudiera abrirse.

Tal circunstancia provocó en Jane nuevas especulaciones, pero no fue capaz de imaginar cómo pudo haber llegado la joya a poder de una criatura salvaje de las inexploradas junglas africanas. Más sorprendente resultaba todavía el que uno de los retratos que guardaba en su interior el guardapelo fuese el de alguien que muy bien podía ser un hermano, o más probablemente, el padre de aquel semidios de la selva que incluso ignoraba que el medallón se abría.

Tarzán continuaba mirando con firme insistencia los dos rostros de marfil. Luego se descargó el carcaj del hombro, vació las flechas sobre el suelo, introdujo la mano hasta el fondo de aquel receptáculo parecido a una bolsa y extrajo un objeto plano, envuelto en varias hojas suaves y atado con cordeles hechos a base de largas hierbas.

Lo desenvolvió con sumo cuidado, fue quitando las capas de hierba una tras otra hasta que, finalmente, en su mano quedó una fotografía.

Al tiempo que señalaba la miniatura del hombre que había en el guardapelo tendió a Jane la fotografía, que puso junto al abierto medallón.

La fotografía no sirvió más que para incrementar el desconcierto de la joven, ya que saltaba a la vista que se trataba de otra imagen del mismo hombre cuyo retrato ocupaba una mitad del guardapelo, al lado de la miniatura de la guapa y joven dama.

Cuando Jane alzó la mirada hacia Tarzán, observó que la expresión que brillaba en los ojos de éste era de inconcebible asombro. En los labios del hombre parecía estar formándose una pregunta.

La muchacha señaló la fotografía, después llevó el índice a la miniatura y, por último, apuntó a Tarzán, como si estuviera indicándole que pensaba que el

hombre del retrato era él. Pero el hombre mono se limitó a menear la cabeza, después encogió sus amplios hombros, cogió la fotografía de manos de Jane y, tras envolverla de nuevo cuidadosamente, la puso otra vez en el fondo de la aljaba.

Permaneció unos instantes más sentado en silencio, con la vista clavada en el suelo, mientras Jane le daba vueltas en la mano al guardapelo, como si eso pudiera proporcionarle algún indicio susceptible de conducirla a la identificación del dueño original de la joya.

Por último, se le ocurrió una explicación sencilla.

El guardapelo perteneció a lord Greystoke y los retratos eran de él y de lady Alice.

La salvaje criatura que estaba a su lado simplemente lo encontró en la cabaña de las proximidades de la playa. Qué estúpida había sido al no haber pensado antes en tal solución.

Pero explicarse aquel extraño parecido entre lord Greystoke y el dios de la floresta... eso era algo situado lejos de sus facultades; y nada tenía de extraño que le fuese imposible de todo punto imaginar que aquel salvaje desnudo fuera realmente un aristócrata inglés.

Por último, Tarzán levantó la vista del suelo y miró a la muchacha, que seguía examinando el guardapelo. Para Tarzán, el significado de los retratos aquellos constituía un misterio insoluble, pero sí le fue posible percibir el interés y la fascinación que reflejaba el rostro de la adorable y vivaz criatura que estaba a su lado.

Ella se percató de que la estaba mirando y supuso que deseaba que le devolviera su adorno. De modo que se lo tendió. Tarzán lo tomó, cogió la cadena con las dos manos y colgó el medallón en el cuello de Jane. Sonrió al ver la cara de sorpresa que puso la muchacha ante aquel regalo inesperado.

Jane sacudió la cabeza negativa y vehementemente y se hubiera quitado de la garganta la cadena de oro, pero Tarzán no se lo permitió. Cada vez que la muchacha pretendía hacerlo, él le cogía las manos y se las retenía para impedirselo.

Jane acabó por desistir y, con una leve risita, se llevó el medallón a los labios. Tarzán no sabía qué significaba exactamente aquel ademán, pero se figuró con bastante acierto que era su forma de darle las gracias por el obsequio, de modo que se puso en pie, tomó el guardapelo con una mano, se inclinó ejecutando una reverencia digna de cualquier cortesano de otros tiempos y posó los labios en el punto donde habían descansado segundos antes los de Jane.

Fue un cumplido majestuoso y galante, ejecutado con una gracia y dignidad espontáneas, absolutamente desprovistas de afectación. Era el sello de su cuna aristocrática, el producto de muchas generaciones de educación refinada, el instinto hereditario de una donosura y gentileza que no podía erradicar así como así una existencia selvática, una crianza y formación vividas en un ambiente salvaje.

Empezaba a oscurecer, de modo que volvieron a comer aquellos frutos que les servían de alimento sólido y de bebida. Luego Tarzán se levantó, condujo a Jane al pequeño cobertizo que había construido y le indicó que entrara.

Por primera vez en el curso de las últimas horas, el miedo pareció invadir el ánimo de Jane y Tarzán notó que se apartaba, que se encogía frente a él.

La relación directa con aquella muchacha, el haber alternado con ella durante medio día hizo que el Tarzán del anochecer fuese un hombre muy distinto al Tarzán de la salida del sol por la mañana. Ahora, en todas y cada una de las fibras de su ser, la herencia de su linaje se dejaba oír con más claridad y volumen que la formación y el adiestramiento en la selva.

No se había transformado, por obra y gracia de una transición rápida, de salvaje hombre—mono en distinguido caballero, pero ahora predominaba el instinto del abolengo y, por encima de todo, el deseo de complacer a la mujer de la que se había enamorado, de presentar ante sus ojos una buena imagen personal.

De forma que Tarzán de los Monos hizo lo único que sabía iba a brindar garantías de seguridad a Jane. Sacó de la vaina su cuchillo de monte y se lo ofreció a la joven, por la empuñadura. Después le indicó otra vez que entrase en el pequeño chamizo.

La muchacha comprendió y, tras coger el cuchillo, entró en el refugio y se echó sobre el mullido lecho de hojas, mientras Tarzán de los Monos se estiraba a su vez en el suelo, ante la entrada del cobertizo.

Y así los encontró el sol al salir a la mañana siguiente.

Tras despertarse, Jane tardó unos momentos en recordar los extraños acontecimientos del día anterior y lo primero que hizo fue extrañarse del lugar donde se encontraba: el emparrado, las hierbas que formaban el lecho y el panorama nada familiar que se le ofrecía a través del hueco de la entrada abierto a sus pies.

Poco a poco las circunstancias de la situación fueron irrumpiendo una tras otra en el cerebro de Jane. Luego, un enorme asombro irrumpió en su ánimo... seguido por una oleada de agradecimiento por el hecho de encontrarse sana y salva después de haber afrontado tan terribles peligros.

Se desplazó hasta la entrada del chamizo para buscar a Tarzán. El hombre—mono había desaparecido, pero el miedo no asaltó esta vez a Jane,* porque tenía la certeza de que iba a volver.

Vio la huella que había dejado el cuerpo del hombre sobre la hierba, a la entrada del refugio, donde Tarzán permaneció tendido toda la noche, velando el sueño de la joven. Jane no ignoraba que eso le había permitido a ella descansar apaciblemente y en completa seguridad.

Con Tarzán cerca, ¿quién podía sentir miedo? Jane se preguntó si existiría en la Tierra otro hombre junto al cual una muchacha pudiera sentirse tan segura en el corazón de la salvaje jungla africana. Ya no la asustaban leones ni panteras.

Alzó la mirada y vio el atlético cuerpo de Tarzán saltar ágilmente al suelo desde las ramas de un árbol próximo. Al notar sobre sí la mirada de la joven, el semblante del hombre—mono se iluminó con aquella sonrisa franca y radiante que el día anterior había hecho que se desvaneciera toda la desconfianza de la muchacha.

Al acercársele Tarzán, el corazón de Jane aceleró sus latidos y sus pupilas brillaron como jamás lo hicieron ante la proximidad de ningún hombre.

Tarzán volvía de nuevo cargado de frutos, que depositó a la entrada del cobertizo. Volvieron a sentarse juntos a comer.

Jane empezó a preguntarse qué planes tendría Tarzán. ¿La devolvería a la playa o pensaba retenerla allí, en la selva? Se dio cuenta de pronto de que tal cuestión no parecía preocuparle gran cosa. ¿Cómo era posible que le importase tan poco?

Empezó también a darse cuenta de que se sentía contentísima de encontrarse allí, sentada junto a aquel sonriente gigante, comiendo frutos realmente deliciosos en un paraíso silvestre situado en el remoto corazón de la jungla de África... Más que satisfecha y contenta, se sentía feliz.

No lograba entenderlo. La razón le decía que lo lógico era que le desgarrasen el alma angustias atroces, que temores pavorosos la abrumaran y que los más sombríos presagios entenebreciesen su espíritu. Y, en cambio, su corazón parecía cantar y sus labios sonreían en respuesta al atractivo rostro del hombre con el que estaba departiendo.

Cuando terminaron de desayunar, Tarzán se encaminó al cobertizo y recuperó su cuchillo. La muchacha se había olvidado por completo del arma. Comprendió que eso fue porque también se había olvidado del miedo que la apremió a aceptarlo.

Tras indicarle mediante una seña que le siguiera, Tarzán se dirigió a los

árboles que bordeaban la explanada. La cogió con uno de sus robustos brazos y saltó a una rama.

La joven supo que la llevaba de nuevo junto a los suyos y le resultó imposible explicarse el repentino sentimiento de soledad y tristeza que se apoderó de su ánimo.

Se desplazaron por las enramadas durante varias lentas horas.

Tarzán de los Monos no se daba prisa. Pretendía disfrutar al máximo del agradable placer de aquel viaje, con los brazos de la muchacha alrededor de su cuello, así que se desvió hacia el sur, apartándose bastante de la ruta directa a la playa.

Se detuvieron varias veces a descansar brevemente, aunque Tarzán no lo necesitaba, y al mediodía hicieron un alto de una hora, a la orilla de un riachuelo, donde almorzaron y calmaron la sed. De modo que el ocaso estaba ya al caer cuando llegaron al calvero. Tarzán se dejó caer al suelo junto a un árbol gigantesco, separó las altas hierbas de la selva y le señaló a Jane la cabaña. La joven le cogió de la mano para llevarle a la construcción, a fin de poder contarle a su padre que aquel hombre le había salvado la vida, le había evitado un destino peor que la muerte y la había cuidado con tanta solicitud como hubiera podido hacerlo una madre.

Pero la timidez propia de los seres de la selva frente a la sociedad civilizada y sus costumbres se apoderó de Tarzán de los Monos. Retrocedió, al tiempo que denegaba con la cabeza. La muchacha se le acercó y le dirigió una mirada suplicante. No sabía exactamente cómo y por qué, pero no podía soportar la idea de que Tarzán volviese sólo a las profundidades de aquella espantosa selva.

Él sacudió de nuevo la cabeza y, finalmente, atrajo suavemente a la muchacha y se inclinó para besarla. Pero antes de atreverse a ello la miró a los ojos y durante un segundo trató de percibir alguna señal que le indicara si la joven lo aceptaría gustosa o si le rechazaría.

Jane vaciló y luego se hizo cargo de la situación, le echó los brazos al cuello, atrajo hacia la suya la cara de Tarzán y le besó... sin rubor ni recato.

—Te quiero... te quiero —murmuró.

Debilitado por la distancia llegó el estampido de numerosas detonaciones. Jane y Tarzán levantaron la cabeza. Por la puerta de la cabaña salieron Esmeralda y el señor Philander.

Desde el punto donde se hallaban Tarzán y la muchacha no podían ver los dos buques fondeados en la bahía.

Tarzán señaló en la dirección en que procedían los ruidos, se tocó el pecho

con la mano y volvió a señalar. Jane comprendió. Se proponía ir hacia allí, y algo le dijo a la muchacha que lo hacía porque pensaba que su gente, la de Jane, estaba en peligro.

Tarzán la besó de nuevo.

—Vuelve a mi lado —susurró la joven—. Te esperaré... siempre.

Tarzán se alejó... y Jane dio media vuelta y echó a andar a través del claro, hacia la cabaña.

El señor Philander fue el primero en ver que algo se les acercaba. Había oscurecido mucho y el señor Philander era miope de veras.

—¡Rápido, Esmeralda! —apremió—. Vamos dentro de la cabaña, donde estaremos seguros. ¡Es una leona! ¡Dios me valga! Esmeralda no se entretuvo en comprobar si lo que había visto el señor Philander correspondía a la realidad. El tono de voz del hombre fue suficiente para ella. Y antes de que el señor Philander hubiese terminado de pronunciar el nombre de Esmeralda, ésta yase había refugiado en la cabaña y atrancado la puerta. «¡Dios me valga!» exclamó el señor Philander empavorecido al descubrir que Esmeralda, en el frenético arrebato de sus prisas, había cerrado la puerta dejándole a él en la parte exterior, por donde se acercaba la leona.

El hombre golpeó furiosamente la recia hoja de madera.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! —chilló—. ¡Déjame entrar! Está a punto de devorarme un león.

Esmeralda dio por sentado que los ruidos que sonaban en la puerta los producía la leona en su intento de echarle las zarpas encima, así que, para no faltar a su costumbre, se desmayó. El señor Philander lanzó por encima del hombro una sobrecogida mirada.

¡Horror! La fiera estaba ya a dos pasos. El hombre intentó trepar por la pared de la cabaña y logró asirse a la paja del tejado.

Permaneció allí colgado unos instantes, tratando de afirmar los pies en la pared, como un gato que intenta aferrar las uñas a una cuerda de tender la ropa, pero, al final, la paja se desprendió y el señor Philander, precediéndola en la caída, fue a dar con la espalda en el suelo.

Y durante los escasos segundos que duró el precipitado descenso, a su memoria acudió un detalle importante de historia natural. Parece ser, o así creía recordarlo el señor Philander, que si uno finge estar muerto, se supone que los leones de ambos sexos hacen caso omiso del presunto cadáver. De modo que el señor Philander permaneció completamente inmóvil, en la misma postura en que cayó, petrificado y con todo el horrible aspecto de la muerte. Y dado que en el momento en que su espalda tomó contacto con el suelo el

hombre tenía los brazos y las piernas extendidos rígidamente, a la postura en que quedó «muerto» podía aplicársele cualquier calificativo menos el de impresionante. Jane había observado aquellas excentricidades con benévola sorpresa, pero al final no pudo contener la risa... una carcajada en forma de sofocado gorjeo, pero que fue suficiente. El señor Philander se dio la vuelta, para quedar de costado, y sus ojos de corto de vista escudriñaron a fondo el terreno. Por fin, descubrió a la muchacha.

—¡Jane! —exclamó—. ¡Jane Porter! ¡Dios bendito! Se puso en pie trabajosamente y corrió hacia la joven. No podía creer que Jane estuviese allí, viva.

—¡Santo Dios! ¿De dónde sale? ¿Dónde diablos ha estado? ¿Cómo...? —Apiádesese de mí, señor Philander —le interrumpió la muchacha—. Me será imposible responder a tantas preguntas.

—Bueno, bueno —dijo el señor Philander—. ¡Dios bendito! Estoy tan henchido de sorpresa y tan eufórico de alegría al volver a verla sana y salva que no sé lo que me digo, la verdad. Pero, venga, cuénteme en seguida qué le ha pasado.

Capítulo XXI: La aldea de la tortura

A medida que la patrulla de marineros se iba adentrando por la espesura de la selva, a la búsqueda de huellas de Jane Porter, lo inútil de la expedición se fue imponiendo cada vez con mayor claridad en la mente de todos, pero el dolor del anciano y el desaliento que reflejaban los ojos del joven inglés impidieron al benévolo D'Arnot dar por concluida la marcha.

Pensaba que había muchas probabilidades de que encontrasen el cuerpo de Jane, lo que quedara de sus restos mortales, ya que tenía el absoluto convencimiento de que la habría devorado alguna fiera. Desplegó sus hombres en formación propia de escaramuza y, a partir del lugar donde encontraron a Esmeralda, avanzaron peinando el terreno, sudorosos y jadeantes a través de la maraña de matorrales y enredaderas. Era una tarea lenta. Cuando les sorprendió el mediodía, apenas habían recorrido unos cuantos kilómetros tierra adentro. Hicieron un breve alto para descansar y luego cubrieron una corta distancia, el cabo de la cual uno de los marinos descubrió un camino bien definido.

Era una senda de elefantes y, previa consulta con Clayton y el profesor Porter, D'Arnot decidió aventurarse por ella.

Entre curvas y revueltas, la senda cruzaba la jungla en dirección nordeste y

la columna avanzó por ella en fila india.

El teniente D'Arnot, a la cabeza de la patrulla, marchaba a ritmo vivo, porque era un camino relativamente despejado. Le seguía, inmediatamente detrás, el profesor Porter, pero el anciano no podía mantener el tren de un hombre bastante más joven y se había rezagado unos noventa metros cuando, de súbito, media docena de guerreros negros surgieron delante del oficial francés.

D'Arnot lanzó un grito para avisar a la columna, pero los negros le rodearon rápidamente y antes de que tuviese tiempo de desenfundar el revólver ya le habían maniatado y arrastrado al interior de la selva.

El grito alarmó a los marineros, una docena de los cuales salieron disparados, pasaron junto al profesor Porter y se precipitaron senda adelante en socorro de su teniente. Los marineros ignoraban la causa de aquel grito, sólo sabían que se trataba del aviso de un peligro que acechaba por delante. Había dejado atrás el punto donde apresaron a D'Arnot, cuando una jabalina lanzada desde la jungla atravesó a uno de los marineros y, acto seguido, una lluvia de saetas cayó sobre ellos.

Los marineros se echaron el rifle a la cara y dispararon hacia la maleza, en dirección al lugar de donde procedían las flechas.

Para entonces, el resto de la patrulla los había alcanzado y las carabinas dispararon andanada tras andanada contra el oculto enemigo. Eran las detonaciones que habían oído Tarzán y Jane Porter. El teniente Charpentier, que marchaba en la retaguardia de la columna, llegó a la escena de los últimos acontecimientos y al conocer los detalles de la emboscada ordenó a los hombres que le siguieran y se lanzó a la densa y laberíntica vegetación de la jungla.

Los franceses estuvieron enzarzados al instante en un combate cuerpo a cuerpo con una cincuentena de guerreros negros de la aldea de Mbonga.

Las balas y las flechas volaron rápidas y apretadas.

Exóticos cuchillos africanos y culatas de rifle franceses se confundieron en duelos salvajes y sangrientos, pero los indígenas no tardaron en emprender la retirada a través de la selva, dejando a los franceses entregados a la triste labor de contar sus bajas.

De los veinte hombres que formaban la patrulla, cuatro habían muerto, doce sufrían heridas y el teniente D'Arnot había desaparecido. La noche cerraba sobre ellos precipitadamente y la situación del destacamento francés resultó aún más comprometida cuando comprobaron que ni siquiera encontraban la senda de elefantes que habían estado siguiendo.

Sólo podían hacer una cosa: acampar donde se encontraban, hasta que amaneciese. El teniente Charpentier ordenó que se abriera un claro en la selva y que levantaran una barricada circular de maleza alrededor del campamento. La tarea no estuvo concluida hasta bastante después de que hubiese oscurecido y los hombres encendieron una gran fogata en el centro del claro para disponer de luz mientras trabajaban. Cuando el campamento estuvo todo lo protegido que podía estar contra las fieras salvajes y los no menos salvajes hombres, el teniente Charpentier situó centinelas en puntos estratégicos del pequeño campamento y los marinos, hambrientos y cansados, se tendieron en el suelo y trataron de dormir.

Las quejas de los heridos, mezcladas con los rugidos y aullidos de las enormes bestias atraídas hacia allí por la claridad de la hoguera y los ruidos de los marineros, impidieron conciliar el sueño a los fatigados ojos. Desconsolada y hambrienta, la patrulla pasó la noche en blanco, rezando para que amaneciese cuanto antes.

Los guerreros negros que apresaron a D'Arnot no se quedaron allí para participar en la lucha que siguió, sino que arrastraron a su cautivo por el interior de la selva durante cierta distancia y después volvieron a la senda, un poco más adelante del lugar donde se desarrollaba el combate entre sus compañeros y los franceses.

Se alejaron con D'Arnot a toda prisa y el estruendo de la batalla fue disminuyendo de volumen a medida que ponían tierra de por medio, hasta que, de pronto, ante los ojos del teniente francés apareció una amplia explanada, al fondo de la cual se alzaba una aldea de chozas dentro de una empalizada.

Ya era de noche, pero los centinelas apostados en la estacada vieron acercarse a tres personas y, antes de que éstas llegasen al portón, ya habían observado que una de ellas era un prisionero. Se elevó un griterío en el interior de la empalizada. Una multitud de mujeres y niños se precipitó al encuentro de los que llegaban.

Y entonces empezó para el oficial francés la más aterradora experiencia que un hombre puede sufrir en la Tierra: la acogida que recibe un prisionero blanco en una aldea de caníbales africanos.

Acrecentaba la crueldad del salvajismo de los aldeanos negros el agudo recuerdo de las aún más atroces brutalidades que sobre ellos y los suyos practicaron los funcionarios blancos de aquel superhipócrita llamado Leopoldo II de Bélgica, barbaridades que fueron la causa de que abandonaran el Estado Libre del Congo, convertidos en un deplorable vestigio de lo que en otro tiempo fuera una tribu poderosa.

Se precipitaron sobre D'Arnot con las uñas y los dientes por delante, le

golpearon con estacas y pedruscos y le rasgaron la carne con manos que parecían auténticas garras. Le arrancaron hasta el último jirón de la ropa que llevaba puesta y una lluvia implacable de golpes se abatió sobre su carne desnuda y temblorosa. Pero ni un solo gemido de dolor se escapó de los labios del francés. Se limitó a rezar en silencio, rogando a Dios que le librara cuanto antes de aquel suplicio.

Pero la muerte que imploraba no se le iba a conceder fácilmente. Por el expeditivo sistema del garrotazo, los guerreros apartaron rápidamente a las mujeres, alejándolas del cautivo. La intención era salvarlo para que protagonizara, como víctima, una diversión menos innoble. Y una vez apaciguado el primer arrebato de colérica pasión, se conformaron con chillarle, insultarle y escupirle.

Llegaron al centro del villorrio. Allí amarraron a D'Arnot a un poste del que nunca se había soltado vivo a ningún hombre.

Cierto número de mujeres se dispersaron, rumbo a sus respectivas chozas, para preparar ollas y llenarlas de agua, mientras otras encendían una hilera de fogatas en las que hervirían los pedazos de carne del banquete. La carne restante, cortada en tiras, se pondría a secar para consumirla más adelante. Y esperaban que sobrara mucha, puesto que daban por supuesto que llegarían otros guerreros con más cautivos.

Los festejos se retrasaron, a la espera de que regresaran los guerreros que se habían quedado para participar en la escaramuza con los hombres blancos, por lo que ya era bastante tarde cuando todos estuvieron en la aldea y se dio principio a la danza de la muerte alrededor del sentenciado oficial francés.

Medio desvanecido a causa del dolor y el agotamiento, D'Arnot observaba con los párpados entrecerrados lo que no parecía más que una extravagancia delirante... o una horrenda pesadilla de la que no tardaría en despertarse.

Los bestiales rostros pintarrajeados; las bocas enormes, de flácidos labios colgantes; los amarillos y afilados dientes; los ojos demoníacos y saltones, de mirada inquieta; los fulgurantes cuerpos desnudos; los sanguinarios venablos. No era posible que en la Tierra existiesen semejantes criaturas; indudablemente, debía de estar soñando.

El círculo de cuerpos salvajes se fue acercando, sin abandonar sus contorsiones. Salió disparada una jabalina que le acertó en el brazo. El ramalazo de agudo dolor y el calor que puso la sangre en su piel al resbalar por ella tras manar de la herida hizo comprender a D'Arnot que su desesperada situación era terriblemente real, nada de pesadilla.

Le alcanzó otra jabalina. Y luego otra más. Cerró los ojos y apretó los dientes... de su boca no saldría ningún lamento.

Era un soldado de Francia y demostraría a aquellos animales como muere un oficial y caballero. Tarzán de los Monos no necesitó ningún intérprete que le tradujera el significado de aquellas lejanas detonaciones. Con el calor de los besos de Jane Porter aún prendido en sus labios, voló a través del bosque, de árbol en árbol, con increíble rapidez, directamente hacia la aldea de Mbonga. No le interesaba el lugar donde se desarrollaba la refriega, porque supuso que el encuentro habría concluido en un dos por tres. A los muertos no podría ayudarlos y los que escaparan tampoco necesitarían su asistencia.

Si tenía que apresurarse por alguien era por los que sobrevivieron y los que escaparon. Y sabía que a éstos iba a encontrarlos en el gran poste del centro de la aldea de Mbonga. Tarzán había presenciado muchas veces el regreso al poblado de las patrullas de guerreros negros que llegaban del norte con prisioneros, y siempre se repetían las mismas escenas alrededor de aquel siniestro poste, al brillante resplandor de las numerosas hogueras.

También sabía que los negros nunca perdían mucho tiempo antes de consumir el diabólico objetivo al que destinaban sus capturas. Así que el hombre—mono dudaba mucho de llegar a tiempo para hacer algo más que tomar venganza.

Continuó desplazándose a toda velocidad. Era ya noche cerrada y Tarzán surcaba el aire por las altas enramadas de los árboles, donde la espléndida claridad de la luna tropical caía desde las copas de los árboles para iluminar borrosamente, a través del ondulante follaje, el camino que serpenteaba abajo.

Vislumbró el fulgor de unas llamas distantes. Relucía a la derecha de su ruta. Sin duda era el resplandor de la fogata que encendieron los dos hombres antes de que los atacasen. Tarzán ignoraba la presencia de los marineros.

Tan seguro estaba Tarzán de su conocimiento de la jungla que no alteró su rumbo, sino que siguió adelante, pasando a unos —ochocientos metros de distancia de la claridad de las llamas. Era la fogata del campamento de los franceses. Al cabo de unos minutos, Tarzán se encontró en los árboles situados sobre la aldea de Mbonga. ¡Ah, no había llegado demasiado tarde! ¿O sí?

La figura atada a la estaca aparecía inmóvil, pero los guerreros negros apenas la aguijoneaban. Tarzán conocía sus costumbres. No habían descargado aún el golpe de gracia. El hombre—mono podía determinar, con un margen de error inferior al minuto, hasta donde había llegado en su desarrollo la danza de la muerte.

Dentro de un instante, el cuchillo de Mbonga cortaría una de las orejas de la víctima: eso señalaría el principio del fin, porque muy poco tiempo después sólo quedaría en el poste una retorcida masa de carne mutilada.

Subsistiría en ella un resto de vida, pero sólo para implorar la misericorde

llegada de la muerte. El poste se hallaba a unos doce metros del árbol más próximo. Tarzán preparó la cuerda. Y a continuación, repentinamente, por encima de la infernal barahúnda de los gritos de los satánicos danzarines destacó el terrible alarido desafiante del hombre—mono.

Los bailarines se inmovilizaron, como petrificados de golpe.

La cuerda emitió un tarareo rumoroso por encima de las cabezas de los negros. Su invisibilidad fue total entre el llameante resplandor de las hogueras de la aldea.

D'Arnot abrió los ojos. El gigantesco negro situado delante de él salió disparado hacia atrás como si lo hubiese empujado de pronto una mano invisible.

Bregando y chillando, el cuerpo del negro, fue dando tumbos a derecha e izquierda, mientras se aproximaba velozmente a las sombras que inundaban la zona inferior de los árboles.

Con los ojos amenazando con salirseles de las órbitas, a causa del terror, los negros contemplaban la escena fascinados.

Al llegar al pie de los árboles, el cuerpo se elevó en el aire y, cuando desapareció engullido por el follaje, los aterrados súbditos de Mbonga, entre gritos de pavor, emprendieron como locos la carrera hacia el portón de la aldea.

D'Arnot se quedó solo.

Era hombre valiente, pero había notado que los pelos se le pusieron de punta cuando aquel inexplicable alarido se elevó en el aire.

Al ver el contorsionado cuerpo del negro remontarse hacia la enramada como si lo izase una mano omnipotente, D'Arnot sintió un gélido escalofrío a lo largo de la espina dorsal. Tuvo la impresión de que la muerte salía de una tenebrosa sepultura y apoyaba sobre su carne un dedo viscoso y helado.

D'Arnot continuó mirando el punto de la fronda por donde había desaparecido el cuerpo del negro y no tardó en oír el rumor de algo que se movía por allí. Las ramas se combaron como si el peso de un hombre se hubiera apoyado en ellas, se produjo un chasquido y el cuerpo del negro volvió a caer sobre el suelo, donde quedó inanimado.

Le siguió inmediatamente un hombre blanco, el cual aterrizó de pie y permaneció erguido. D'Arnot vio emerger de entre las sombras la figura de un gigantesco hombre blanco, de anatomía y extremidades perfectamente proporcionadas, que, a la luz de las fogatas, se dirigió rápidamente hacia él.

¿Qué podía significar aquello? ¿Quién podría ser? Sin duda, un nuevo

agente de suplicio y destrucción.

D'Arnot aguardó. Sus ojos no se apartaron un segundo del rostro del hombre que se le acercaba. Las claras y nobles pupilas de éste aguantaron sin vacilar la fija mirada de D'Arnot.

El francés se tranquilizó, si bien no se hizo muchas ilusiones, aunque el instinto parecía indicarle que aquel semblante no podía ser la máscara de un corazón inhumano.

Sin pronunciar palabra, Tarzán de los Monos cortó las ligaduras que sujetaban al francés. Debilitado por el sufrimiento y la pérdida de sangre, D'Arnot se habría derrumbado contra el suelo de no sostenerlo los fuertes brazos de Tarzán de los Monos.

Notó que le levantaban en peso. Tuvo la sensación de que volaba y luego perdió el conocimiento.

Capítulo XXII: Expedición de rescate

Cuando el alba proyectó su luminosidad sobre el pequeño campamento de los marineros franceses, sus claridades cayeron también sobre un grupo abatido y descorazonado.

Tan pronto hubo luz suficiente para explorar los alrededores, el teniente Charpentier destacó patrullas de tres hombres en distintas direcciones para que localizasen el sendero. Dieron con él al cabo de diez minutos y la expedición se apresuró a emprender el regreso hacia la playa.

Fue una marcha lenta, porque transportaban los cadáveres de seis hombres, habían muerto dos más durante la noche, y varios de los heridos necesitaban que les ayudasen, lo cual retrasaba a toda la partida.

Charpentier había decidido volver al campamento en busca de refuerzos y después intentar descubrir el rastro de los indígenas, seguirlo y rescatar a D'Arnot.

Los exhaustos hombres llegaron al claro próximo a la playa muy entrada la tarde, pero el regreso significó para dos de ellos tal alegría que desaparecieron de su memoria instantáneamente todos las penalidades y desazones sufridas.

Cuando la pequeña partida emergió de la selva, la primera persona a la que vieron el profesor Porter y Cecil Clayton fue a Jane, que se encontraba de pie junto a la puerta de la cabaña. La muchacha lanzó un grito de alegría y salió corriendo hacia ellos para darles la bienvenida, echó los brazos al cuello de su

padre y estalló en lágrimas por primera vez desde que los desembarcaron en aquella horrible y azarosa ribera.

El profesor Porter se esforzó varonilmente por contener sus emociones, pero la tensión a que estaban sometidos sus nervios y el debilitamiento de su vitalidad fueron factores demasiado negativos; al final, se vino abajo, enterró el rostro en el hombro de su hija y estalló en sosegados sollozos, como un niño rendido de cansancio.

Jane le condujo a la cabaña y los franceses se dirigieron a la playa, de la que ya se habían destacado varios compañeros suyos que acudían a su encuentro.

Como deseaba dejar solos a padre e hija, Clayton se reunió con los marineros y estuvo conversando con los oficiales hasta que subieron a una lancha y se alejaron rumbo al crucero, donde el teniente Charpentier tendría que informar del funesto desenlace de su aventura.

Clayton dio entonces media vuelta y regresó en dirección a la cabaña. El corazón le rebosaba de felicidad. La mujer— de sus sueños estaba sana y salva.

Se preguntó qué clase de milagro lo había permitido. Volver a verla viva le resultaba casi increíble.

En aquel momento, la muchacha salía de la cabaña. Al verle, echó a correr hacia él.

—¡Jane! —exclamó Clayton—. Dios ha sido muy bueno con nosotros. Cuéntame cómo pudiste escapar... Cómo se las arregló la Providencia para salvarte... para nosotros.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, que la tuteaba. Cuarenta y ocho horas antes oírlo en labios de Clayton hubiera saturado a Jane de suave placer... ahora la aterraba. —Señor Clayton —dijo sosegadamente, al tiempo que le tendía la mano—, en primer lugar, permítame agradecerle la caballerosa lealtad que ha derrochado hacia mi padre. Ya me ha contado lo noble y abnegadamente que se ha portado usted. ¿Cómo podremos pagárselo?

Clayton advirtió que la muchacha no correspondía a la familiaridad con que él la había saludado, pero no se lo tomó a mal. La joven había pasado por unas pruebas terribles. El joven comprendió en seguida que no podía imponerle su cariño.

—Ya me siento pagado con creces —dijo. Dejó de tutearla—. Me basta con verles a usted y al profesor Porter juntos, sanos y salvos. No creo que me hubiera sido posible soportar durante mucho más tiempo el patetismo de su dolor silencioso y sin lamentos.

»Ha sido la experiencia más deplorable de mi vida, señorita Porter y, además, se sumaba mi propio dolor... el más grave que haya padecido jamás. Claro que el de él era tan desesperado... era tan desolador. Me ha demostrado que no hay cariño, ni siquiera el de un hombre hacia su esposa, tan profundo, tan terrible y tan desinteresado como el de un padre hacia su hija.

La muchacha inclinó la cabeza. Había una pregunta que deseaba formular, pero le pareció poco menos que sacrílega ante el cariño de aquellos dos hombres y el terrible sufrimiento que habían soportado mientras ella reía feliz junto a una especie de divinidad de la selva, saboreaba deliciosos frutos y hundía sus ojos cargados de amor en unas pupilas que le respondían con idéntica ternura. Pero el amor es un extraño patrón y la naturaleza humana todavía es más extraña, por lo que Jane formuló la pregunta.

—¿Dónde está el hombre de la jungla que les rescató? ¿Por qué no ha vuelto?

—No entiendo —repuso Clayton—. ¿A quién se refiere?

—Al que nos salvó a todos... el que me rescató del gorila.

—¡Ah! —exclamó Clayton, sorprendido—. ¿También fue él quien la rescató?

No me ha contado nada de su aventura, ¿sabe?

—En cuanto al hombre de la selva —apremió la muchacha—. ¿No le han visto? Cuando oímos los disparos en la selva, apagados por la distancia, se fue, desapareció. Acabábamos de llegar al claro y se alejó en dirección al lugar donde se desarrollaba la contienda. Me consta que acudió a ayudarles.

Lo dijo en tono casi suplicante... tensa a causa del esfuerzo que le costaba contener la emoción. Clayton no tuvo más remedio que darse cuenta de ello, lo que le hizo preguntarse, de un modo más o menos ambiguo, a qué se debía tal agitación interna, por qué tenía tanto interés en conocer el paradero de aquella extraña criatura.

Le asaltó el temor aprensivo de que algo no funcionaba como debiera y en su corazón se implantó, incluso sin que él lo supiera, el germen de la sospecha y los celos hacia el hombre—mono, precisamente al que debía la vida.

—No lo hemos visto —respondió calmamente—. No llegó a reunirse con nosotros. —Añadió, tras una pausa que dedicó a la reflexión— Es posible que con quien se haya reunido sea con los miembros de su propia tribu... los hombres que nos atacaron.

Ignoraba qué le impulsó a decir una cosa así, porque distaba mucho de creerlo. La joven le observó un momento, muy abiertos, desorbitados los ojos.

—¡No! —exclamó con vehemencia, con demasiada vehemencia, pensó Clayton—. No puede ser. Eran salvajes.

Clayton puso cara de desconcierto.

—Es un ser extraño, una semisalvaje criatura de la selva, señorita Porter. No sabemos nada de esa persona. No habla ni entiende ninguna lengua europea... y las armas y los adornos que lleva son los propios de los hombres selváticos de la costa occidental.

Clayton hablaba precipitadamente.

—En un radio de centenares de kilómetros no hay más seres humanos que los salvajes, señorita Porter. Sin duda pertenece a la tribu que nos atacó, o a alguna otra tan salvaje como ella... Incluso puede que sea caníbal.

Jane Porter palideció.

—Eso sí que no me lo creo —medio susurró Jane—. No es cierto. Ya verá —se dirigió a Clayton, ya en voz alta—, como vuelve a aparecer y le demuestra que está usted equivocado. No le conoce como le conozco yo. Le aseguro que es un caballero.

Clayton era hombre noble y generoso, pero el tono apasionado que empleó la muchacha para defender al hombre de la selva despertó en el inglés unos celos irracionales y, durante unos segundos, olvidó cuanto debía al semidiós de la jungla.

—Es posible que tenga razón, señorita Porter —dijo, matizada de sarcasmo la voz—, pero no creo que tengamos que preocuparnos de nuestro amigo devorador de carroña. Lo más probable es que ese pelagatos medio loco se olvide en seguida de nosotros, aunque no antes de que nosotros nos hayamos olvidado de él. Sólo es una bestia de la selva, señorita Porter.

La muchacha no dijo nada, pero se le encogió el corazón.

Sabía que Clayton sólo expresaba lo que sentía y, por primera vez empezó a analizar la estructura de su recién nacido amor y a someterlo a un examen crítico.

Despacio, dio media vuelta y regresó a la cabaña. Trató de imaginarse a sus dios de la jungla alternando con ella en el comedor de un transatlántico. Le vio comer con las manos, hincarle el diente y desgarrar la carne como un animal de presa y luego limpiarse los grasientos dedos en los muslos. Se estremeció.

Contempló mentalmente la escena en el acto de presentar a sus amistades aquel hombre tosco, analfabeto, un auténtico patán. Hizo una mueca, sobresaltada.

Ya había llegado al interior de la cabaña y se sentó en el borde de la cama

de helechos y hojas, con una mano apoyada en el pecho. Éste se agitaba al ritmo de la entrecortada respiración y los dedos tropezaron con la dureza del canto del guardapelo del hombre.

Se puso el medallón en la palma de la mano y durante un momento sus ojos enturbiados por las lágrimas se posaron en él. Después se lo llevó a los labios, lo apretó contra ellos y, sollozando, hundió la cara entre las hierbas que constituían el colchón.

—¿Una bestia de la selva? —murmuró—. Entonces que Dios me convierta también en lo mismo; porque, hombre o bestia, soy suya.

Aquel día no volvió a ver a Clayton. Esmeralda le sirvió la cena en la cabaña y Jane encargó a la mujer que dijese al profesor Porter que la reacción subsiguiente a la aventura la había indispuerto.

A la mañana siguiente, Clayton se integró en la patrulla que partió a primera hora con la misión de rescatar a D'Arnot. La formaban esa vez doscientos hombres armados, con diez oficiales, dos médicos y víveres para una semana.

Llevaban lechos de campaña y camillas, estas últimas para trasladar a los posibles enfermos y heridos.

Era un destacamento resuelto y furioso, una expedición de castigo tanto como de socorro. Poco después del mediodía llegaron al escenario de la escaramuza del día anterior, ya que avanzaban por terreno conocido y no perdían tiempo explorando la ruta.

Desde allí siguieron la senda de elefantes, que conducía directamente a la aldea de Mbonga. Apenas eran las dos de la tarde cuando la cabeza de la columna se detuvo en el borde de la explanada.

El teniente Charpentier, que iba al mando de las tropas, destacó inmediatamente una parte de las fuerzas para que se dirigiesen, dando un rodeo a través de la jungla, al otro lado de la aldea. Se despachó otro pelotón a la entrada del poblado, mientras el teniente Charpentier se situaba en el ala sur de la aldea, con el resto de la tropa.

Se determinó que la partida destinada a tomar posición en el norte, y que sería la última en ocupar su puesto, iniciaría el combate. Su primera descarga constituiría la señal para un ataque combinado desde todos los puntos, cuyo objetivo consistía en tomar la aldea por asalto mediante la primera carga.

Los hombres que quedaron con el teniente Charpentier permanecieron media hora agazapados en la densa espesura de la selva, a la espera de la señal. Treinta minutos que les parecieron horas. Veían a los indígenas que cultivaban los campos y a otros que entraban y salían por el portón del

poblado.

Por fin sonó la señal: una áspera andanada de fusilería y, al unísono, las distintas patrullas lanzaron al aire la respuesta de sendas descargas que destrozaron el silencio de la jungla por el oeste y por el sur.

Los negros de los campos de cultivo soltaron las herramientas y se precipitaron como locos hacia la empalizada. Los proyectiles franceses los barrieron y los marineros se lanzaron a la carga, saltando por encima de los cadáveres, rumbo al portón de la aldea.

El asalto se había desencadenado tan repentina e inesperadamente que los blancos alcanzaron las puertas antes de que los aterrorizados indígenas pudieran ofrecer resistencia e impedirselo y, un minuto después, la calle del poblado estaba llena de hombres armados que luchaban cuerpo a cuerpo en intrincada confusión.

Los guerreros negros se mantuvieron firmes brevemente ante la entrada a la calle, pero los revólveres, fusiles y bayonetas de los franceses abatieron a los lanceros y acabaron con los arqueros indígenas antes de que tuviesen medio dispuestos los arcos.

La batalla no tardó en convertirse en una completa derrota para los negros; derrota que desembocó en una feroz carnicería porque los marineros franceses vieron que algunos de los guerreros indígenas contra los que combatían llevaban encima fragmentos del uniforme de D'Arnot. Respetaron la vida de los niños y de las mujeres a las que no tuvieron que matar en defensa propia, pero cuando por fin dieron por terminado el combate, jadeantes, sudorosos y ensangrentados, fue porque en toda la aldea salvaje de Mbonga no quedaba ya ni un solo guerrero en condiciones de plantarles cara.

Escudriñaron minuciosamente todas las chozas y rincones del poblado, pero no descubrieron el menor rastro de D'Arnot. Interrogaron por señas a los prisioneros, hasta que, por último, uno de los marineros, que había servido en el Congo francés, consiguió hacerse entender mediante una jerga que se utilizaba como lengua franca entre los blancos y las tribus más degradadas de la costa, pero ni aun así lograron obtener dato definitivo alguno respecto al destino de D'Arnot.

En respuesta a sus preguntas sobre el teniente, sólo consiguieron ademanes excitados y expresiones de temor. Al final, llegaron al convencimiento de que tales gestos no eran más que pruebas de la culpabilidad de aquellos seres demoníacos, que indudablemente habían sacrificado y devorado al teniente D'Arnot dos noches antes.

Abandonaron, pues, toda esperanza e hicieron los preparativos precisos para acampar y pernoctar dentro de la aldea. Hacinaron a los prisioneros en

tres chozas, donde los retuvieron fuertemente custodiados. Se apostaron centinelas en las atrancadas puertas de la aldea y, finalmente, con la salvedad de los gemidos con que las mujeres nativas lloraban a sus muertos, el silencio se enseñoreó del lugar.

A la mañana siguiente, los franceses emprendieron el regreso. Su primera intención fue prender fuego al poblado, pero se abandonó tal idea, limitándose a dejar allí a los prisioneros, lloriqueando y lamentándose, pero con un techo sobre sus cabezas y una empalizada que les protegía de las fieras de la selva.

Lentamente, la expedición volvió a recorrer, en sentido inverso, el camino cubierto el día anterior. Las camillas cargadas demoraban su marcha. En ocho de ellas iban los heridos de mayor gravedad, mientras otras dos se combaban bajo el peso de otros tantos cadáveres.

Clayton y el teniente Charpentier caminaban en la retaguardia de la columna. El inglés sumido en un silencio respetuoso con el dolor del hombre que iba a su lado: D'Arnot y Charpentier habían sido amigos inseparables desde la infancia.

Clayton comprendía que la pesadumbre del francés la agudizaba el hecho de que el sacrificio de D'Arnot había sido inútil, puesto que a Jane ya la habían rescatado antes de que D'Arnot cayera en poder de los salvajes, y también porque la misión en la que perdió la vida no formaba parte de sus deberes y su acción era en pro de personas ajenas y extranjeras.

Se lo comentó así al teniente Charpentier, quien sacudió negativamente la cabeza.

—¡No, monsieur! dijo—. D'Arnot hubiera elegido morir así. Lo único que lamento es no haber muerto en su lugar o, por lo menos, junto a él. Me gustaría que lo hubiese conocido usted mejor, monsieur. Era un auténtico oficial y caballero, títulos que se conceden a muchos, pero que muy pocos merecen.

»No ha muerto inútilmente, porque su muerte en defensa de una joven estadounidense hará que nosotros, sus camaradas, afrontemos nuestro fin, cuando pueda presentarse, con mayor entereza y valentía.

Clayton no respondió, pero en su interior nació un nuevo respeto hacia los franceses, una consideración que siempre mantendría incólume.

Llegaron muy tarde a la cabaña próxima a la playa. Un disparo único, poco antes de abandonar la jungla, había anunciado a los del campamento, así como a quienes permanecían en el barco, que la expedición llegó demasiado tarde. Se había acordado previamente que cuando se encontrasen a cosa de kilómetro y medio del campamento avisarían del resultado de la patrulla a base de

disparos: uno indicaría fracaso; tres, éxito; dos comunicarían que no encontraron rastro de D'Arnot ni de los negros que lo habían capturado.

De modo que la partida que recibió a los expedicionarios fue un grupo solemne y abatido por la tristeza. Apenas se intercambiaron palabras mientras se colocaba a los muertos y heridos en las barcas que partieron silenciosamente hacia el crucero.

Agotado por los cinco días de marchas forzadas a través de la selva y los efectos de los dos combates con los guerreros negros, Clayton se encaminó a la cabaña para tomar un bocado y disfrutar de la relativa comodidad que le ofrecía su lecho de hierbas tras dos noches en la jungla. Jane se encontraba junto a la puerta.

—¿Y el pobre teniente? —preguntó—. ¿No encontraron rastro de él?

—Llegamos demasiado tarde, señorita Porter —contestó Clayton, desconsolado.

—Dígame, ¿qué ha ocurrido?

—No puedo, señorita Porter. Es demasiado espantoso.

—¿Quiere decir que le torturaron? —murmuró Jane.

—No sabemos qué le hicieron antes de matarlo.

—Clayton subrayó la palabra «antes». La fatiga y el dolor que le producían el destino del desdichado D'Arnot crispaban el semblante del joven inglés.

—¿Antes de matarlo? ¿Qué significa eso? No serán... No serán...

Jane estaba pensando en lo que Clayton había insinuado respecto a la posible relación directa del hombre de la selva con aquella tribu y eso le impedía expresar la terrible palabra.

—Sí, señorita Porter, son... caníbales —confirmó, casi con amargura en la voz, porque también a su mente había acudido el recuerdo del hombre de la selva y el extraño e inexplicable acceso de celos que experimentara dos días antes volvió a invadirle.

Y con una repentina brusquedad, tan ajena a Clayton como pudiera serlo para un mono la cortesía y la educación, profirió:

—Sin duda, cuando su dios de la selva se marchó de aquí tan apresuradamente lo hizo para participar en el banquete.

Lamentó haber pronunciado tales palabras apenas habían salido de sus labios, aunque no sabía lo cruelmente que afectaron a la muchacha. Su arrepentimiento se debía sobre todo a la deslealtad e ingratitud para con alguien que había salvado la vida a todos los miembros del grupo y que no

causó el menor daño a ninguno.

Jane Porter irguió la cabeza.

—Sus palabras no tienen más que una respuesta, señor Clayton —silabeó fría como el hielo—, y lamento no ser un hombre para dársela.

Giró en redondo y entró altivamente en la cabaña.

Clayton era inglés, de forma que Jane había desaparecido de su vista antes de que el joven hubiese podido colegir qué respuesta le hubiese dado un hombre.

—O mucho me equivoco —articuló tristemente— o me ha dejado por embustero. —Añadió pensativamente—: Y he de reconocer que me lo tengo merecido. Clayton, muchacho, sé que estás cansado y nervioso, pero eso no es motivo para que te comportes como un majadero. Lo mejor que puedes hacer es irte a dormir.

Pero antes de hacerlo llamó en voz baja a Jane desde su lado de la mampara de lona, porque deseaba disculparse. Pero lo mismo podía haberse dirigido a la Esfinge. Luego escribió una nota y pasó el trozo de papel por debajo de la lona de separación.

Jane la vio, pero hizo caso omiso, porque estaba enfadadísima, dolida y mortificada. Sin embargo, mujer al fin, acabó por cogerla. Leyó:

Mi querida señorita Porter: No tenía razón alguna para insinuar lo que he insinuado. Mi única excusa es que tengo los nervios destrozados... lo cual no es ninguna excusa. Le suplico que, por favor, olvide lo que dije. Lo lamento en el alma. Precisamente a usted, entre todas las personas, por nada del mundo hubiera querido ofenderla. ¡Diga que me perdona!

William Cecil Clayton

«Lo pensaba, porque si no, no lo hubiera dicho», razonó la muchacha. «Pero no puede ser cierto... ¡Oh, sé que no es cierto!»

Unas frases de la nota le asustaban de modo especial: «Precisamente a usted, entre todas las personas, por nada del mundo hubiera querido ofenderla».

Ocho días antes, tales palabras le hubieran encantado, pero ahora la deprimían.

Deseó no haber conocido a Clayton. Lamentaba incluso haber visto al dios de la selva... No, se alegraba de ello. Y además había otra nota, la que había encontrado sobre la hierba, delante de la cabaña, al día siguiente de regresar de la jungla, la declaración de amor firmada por Tarzán de los Monos.

¿Quién podía ser aquel nuevo pretendiente? Si se trataba de otro salvaje habitante de aquella terrible floresta, ¿qué podría o no podría hacer para conquistarla?

—¡Esmeralda! ¡Despierta! —apremió—. Me saca de quicio verte ahí tranquilamente dormida, como si nada, cuando sabes perfectamente que el mundo está lleno de aflicción y pesadumbre.

—¡El arcángel san Gabriel me valga! —chilló Esmeralda, y se incorporó de golpe—. ¿Qué pasa ahora? ¿Un hipopoceronte? ¿Dónde está, señorita Jane?

—¡No digas tonterías, Esmeralda, no hay nada! Vuelve a dormir. Mal si duermes, pero todavía peor si estás despierta.

—Sí, tesoro, ¿pero qué le sucede, preciosa mía? Parece muy disgustada esta noche.

—¡Ah, Esmeralda, esta noche estoy de un humor de mil demonios! —reconoció la muchacha—. No me hagas caso... eso es, querida.

—Sí, señorita. Acuéstese usted también. Tiene los nervios a flor de piel. Con todos esos rinopótamos y ese hombre que come genios del que me ha hablado el señor Philander... Dios santo, no me extraña que andemos todos con los nervios desquiciados.

Jane cruzó la estancia, se echó a reír, besó a la fiel Esmeralda y le deseó buenas noches.

Capítulo XXIII: Hombres hermanos

Al recobrar el conocimiento, D'Arnot se encontró tendido en un mullido camastro de hierbas y helechos, bajo un sotechado de ramas dispuestas en forma de A.

A sus pies, más allá de la abertura del tosco cobertizo, se extendía una explanada de verde césped y, al fondo, se alzaba el muro compacto de la selva y el bosque.

El francés se sentía dolorido y débil, y cuando recuperó el sentido por completo tuvo plena conciencia de la tortura que representaban las crueles heridas y el sordo sufrimiento que padecían todos sus músculos y huesos, como consecuencia de la espeluznante paliza que había recibido. Incluso volver la cabeza le producía un dolor tan insoportable que permaneció inmóvil durante largo rato, con los ojos cerrados.

Se esforzó en determinar los detalles de su aventura previos al momento en

que quedó inconsciente, para ver si a través de ellos podía averiguar donde se encontraba... Se preguntó si estaría entre amigos o entre enemigos.

Acabó por acordarse de todo el sobrecogedor episodio de la estaca y finalmente acudió a su memoria la extraña figura blanca en cuyos brazos perdió el conocimiento.

D'Arnot se preguntó qué le reservaría el destino. No veía ni oía síntoma alguno de vida a su alrededor.

El incesante ronroneo de la jungla: el rumor de millones de hojas que se rozaban entre sí, el zumbido de los insectos, los cantos de las aves y el parloteo de los monos parecían mezclarse para formar un murmullo sosegado, tranquilizador, como si él se encontrase al margen, aislado de aquellos sonidos, lejos de la minada de seres cuyos rumores vitales llegaban a sus oídos como un eco apaciguado.

Al final concilió un sueño tranquilo, del que no volvió a despertar hasta la tarde. Experimentó nuevamente la insólita sensación de profunda perplejidad que caracterizó su despertar anterior, pero esta vez recordó en seguida su pasado inmediato y, al mirar por la abertura del sotechado, vio a un hombre sentado en cuclillas.

Le daba la espalda, una espalda ancha y musculosa que, con todo lo bronceada que aparecía, permitió a D'Arnot comprender que se trataba de la espalda de un hombre blanco. Dio gracias a Dios. El francés le llamó con voz débil. El hombre dio media vuelta, se levantó y echó a andar hacia el toscobertizo. Tenía un rostro bien parecido... A D'Arnot le pareció el rostro más atractivo que había visto en su vida.

El hombre se agachó para entrar en el refugio, se situó junto al oficial y apoyó la fresca mano sobre la frente del herido.

D'Arnot se dirigió a él en francés, pero el hombre se limitó a denegar con la cabeza. Tristemente, le pareció al oficial.

D'Arnot intentó trabar conversación en inglés, y el hombre reiteró su negativa moviendo la cabeza. Similar desalentador resultado obtuvo al probar con el italiano, el español y el alemán.

D'Arnot conocía algunas palabras de noruego, ruso, griego, como también chapurreaba el lenguaje de una de las tribus de negros de la costa occidental... el hombre dijo que no a todas.

Tras examinar las heridas del teniente francés, el hombre salió del toscobertizo y desapareció. Al cabo de media hora estaba de vuelta con frutos y una pieza vegetal, semejante a una calabaza hueca, llena de agua.

D'Arnot bebió y comió un poco. Le sorprendía no tener fiebre. Repitió sus

intentos de entablar conversación con aquel extraño enfermero, pero fue en vano. De pronto, el hombre abandonó precipitadamente el refugio, sólo para regresar minutos después con varios trozos de corteza de árbol y ¡oh, maravilla de las maravillas! un lapicero de grafito.

Se puso en cuclillas junto a D'Arnot y durante unos instantes estuvo escribiendo sobre la lisa parte interior de un trozo de corteza. Después se lo tendió a D'Arnot.

El oficial francés se quedó atónito al ver, en bien trazados caracteres de imprenta, un mensaje en inglés:

«Soy Tarzán de los Monos. ¿Quién es usted? ¿Sabe leer en este idioma?».

D'Arnot tomó el lápiz... e interrumpió su movimiento. Aquel extraño individuo escribía inglés... evidentemente tenía que ser inglés.

—Sí —dijo D'Arnot en voz alta—. Sé leer inglés. Y también lo hablo. Hablaremos, pues. Permítame darle primero las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

El hombre se limitó a denegar con la cabeza y a indicar con el dedo índice el lápiz y la corteza.

—¡Mon Dieu! —exclamó D'Arnot . Si es usted inglés, ¿cómo es que no sabe hablarlo?

Y entonces, de repente, la respuesta se encendió en su cerebro: aquel hombre era mudo, tal vez sordomudo.

Así que D'Arnot escribió sobre la corteza, en inglés:

«Soy Paul D'Arnot, teniente de la Armada de Francia. Le agradezco lo que ha hecho por mí. Me ha salvado la vida y le pertenece todo cuanto poseo. ¿Me permite preguntarle cómo un hombre que escribe en inglés no es capaz de hablarlo?».

La contestación de Tarzán aumentó la perplejidad de D'Arnot:

«Sólo hablo el lenguaje de mi tribu, los grandes monos que pertenecieron a Kerchak; también hablo un poco de las lenguas de Tantor, el elefante, Numa, el león, y algunos otros animales de la selva. No he hablado nunca con ningún ser humano, salvo una vez con Jane Porter, con la que me entendí por señas. Esta es la primera vez que hablo con otro ser de mi propia especie mediante la palabra escrita».

D'Arnot estaba hecho un lío. Le resultaba increíble que existiese en la Tierra un hombre adulto que nunca hubiese hablado con otro y aún le parecía más absurdo que tal persona supiese leer y escribir.

Repasó la nota de Tarzán: «... salvo una vez con Jane Porter». Era la muchacha estadounidense que un gorila raptó y se llevó al interior de la selva.

Una súbita claridad alboreó en la mente de D'Arnot: así, pues, tenía delante al «gorila». Tomó el lápiz y escribió:

«¿Dónde está Jane Porter?».

Y Tarzán contestó, un poco más abajo:

«De vuelta con sus compañeros en la cabaña de Tarzán de los Monos».

«¿Entonces no ha muerto? ¿Dónde estaba? ¿Qué le ocurrió?»

«No ha muerto. Se la llevó Terkoz para convertirla en su compañera, pero Tarzán de los Monos se la arrebató a Terkoz y lo mató antes de que hiciera daño a la muchacha. En toda la jungla, nadie puede hacer frente a Tarzán de los Monos, luchar con él y vivir para contarlo. Yo soy Tarzán de los Monos... luchador poderoso.»

D'Arnot escribió:

«Me alegro de que Jane Porter esté a salvo. Escribir me cuesta y me duele mucho. Descansaré un poco».

Tarzán convino:

«Sí, descanse. Cuando se encuentre bien, le llevaré con los suyos».

D'Arnot permaneció muchos días tendido en aquel mullido colchón de helechos. En el curso del segundo le atacó una fiebre bastante alta y el hombre temió que fuese debida a alguna infección y que supusiera una muerte irremediable. Se le ocurrió una idea. Le extrañó no haber pensado antes en ello. Llamó a Tarzán y le indicó por señas que deseaba escribir. Cuando Tarzán le llevó el lápiz y un trozo de corteza, D'Arnot redactó:

«¿Puede llegarse a donde están mis compañeros y traerlos aquí? Les escribiré una nota, usted se la entrega y entonces le seguirán».

Tarzán sacudió la cabeza en gesto negativo y luego tomó la corteza:

«Ya había pensado en eso el primer día, pero no me atreví a hacerlo. Los grandes monos vienen a menudo a este lugar y si le encontrasen aquí, herido y solo, le matarían».

D'Arnot se puso de costado y cerró los ojos. No deseaba morir, pero tenía conciencia de que la muerte se le acercaba, ya que la fiebre aumentaba paulatinamente. Aquella noche perdió el conocimiento.

Se pasó tres días delirando y Tarzán le lavó la cabeza y las manos y le limpió las heridas. El cuarto día, la fiebre desapareció tan repentinamente

como se había presentado, pero D'Arnot no era ya más que una sombra de sí mismo, debilitado al máximo. Tarzán tenía que incorporarlo para que pudiese beber de la calabaza.

La fiebre no había sido consecuencia de una infección, como supuso D'Arnot, sino que sólo fue uno de esos accesos que acostumbran a atacar a los blancos en las selvas africanas y que acaban con ellos o desaparecen tan súbitamente como se disipó el del teniente francés.

Al cabo de dos días, D'Arnot empezó a andar con paso vacilante por el anfiteatro. El robusto brazo de Tarzán le sostenía para impedir que se cayera.

Tomaron asiento a la sombra de uno de aquellos árboles gigantescos y Tarzán se procuró una corteza lisa con la que pudieran conversar.

La primera nota la escribió D'Arnot:

«¿Cómo puedo pagarle cuanto ha hecho por mí?».

Y la contestación de Tarzán fue:

«Enséñeme a hablar el lenguaje de los hombres».

De modo que D'Arnot empezó de inmediato, señalándole los objetos familiares y repitiendo su nombre en francés, porque pensó que sería más fácil enseñarle su propio idioma, puesto que era el que mejor conocía.

Aquella lengua no significaba nada para el hombre—mono, dado que no distinguía una de otra, así que cuando señaló la palabra «hombre» escrita en la corteza, D'Arnot le enseñó que se pronunciaba homme. De igual modo aprendió a «mono», singe, y «árbol», arbre.

Era un alumno de lo más aplicado y al cabo de dos días era capaz de pronunciar en francés frases sencillas como: «Eso es un árbol», «eso se llama hierba», «tengo hambre» y otras por el estilo; pero D'Arnot descubrió que le resultaba difícil hacerle entender la construcción gramatical francesa sobre la base del inglés.

El teniente preparaba por escrito para él pequeñas lecciones en inglés y hacía que Tarzán las repitiese en francés, pero como la traducción literal solía resultar muy pobre en el idioma galo Tarzán se sentía a menudo bastante confundido.

D'Arnot se dio cuenta entonces de que había cometido un error, pero se dijo que era demasiado tarde para retroceder y empezar de nuevo desde el principio, obligando a Tarzán a olvidarse de cuanto había aprendido, sobre todo porque se aproximaban rápidamente a un punto en el que se encontrarían en condiciones de dialogar.

El tercer día, a partir del que desapareció la fiebre, Tarzán preguntó a

D'Arnot, por escrito, si se sentía lo bastante fuerte como para regresar a la cabaña. Tarzán tenía tantas ganas de ir como D'Arnot, ya que suspiraba por ver de nuevo a Jane.

Precisamente a causa de ello le había resultado muy duro permanecer junto al francés durante todas aquellas jornadas, lo cual dice tanto en pro de su altruismo y de la nobleza de su carácter como el hecho de que rescatara al teniente de las garras de Mbonga.

D'Arnot, que también deseaba con toda el alma emprender el regreso, escribió:

«Pero no va a poder cargar conmigo todo el trayecto a través de esa selva enmarañada».

Tarzán se echó a reír.

—Mais oui—dijo, y D'Arnot soltó a su vez una sonora carcajada al oír en labios de Tarzán la frase que tan a menudo pronunciaba él.

Así que se pusieron en marcha y D'Arnot no pudo por menos que asombrarse, lo mismo que se había asombrado Clayton, ante la prodigiosa fortaleza y agilidad del hombre—mono.

A media tarde llegaban ante el claro y cuando Tarzán saltó al suelo desde las ramas del último árbol el corazón le daba saltos de alegría en el pecho, ilusionado por la perspectiva de volver a ver a Jane en seguida.

Nadie aparecía por las inmediaciones de la cabaña y el desconcierto se apoderó de D'Arnot al observar que ni el crucero ni el Arrow estaban fondeados en la bahía.

La atmósfera de soledad que impregnaba el paraje prendió automáticamente en ambos hombres mientras se encaminaban a la cabaña.

Ninguno de los dos pronunció palabra y, sin embargo, ambos sabían, antes de abrir la puerta, lo que iban a encontrar al otro lado del umbral.

Tarzán accionó el pestillo y empujó la pesada puerta para que girase sobre sus goznes de madera. Se confirmaron sus temores. La cabaña estaba vacía.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. D'Arnot sabía que sus compañeros le daban por muerto, pero Tarzán no pensaba más que en la mujer que le había besado con amor y ahora se alejaba de su lado, mientras él ayudaba a un miembro del grupo de Jane.

Una inmensa amargura llenó el corazón de Tarzán. Volvería al interior de la selva y se integraría de nuevo en su tribu. Jamás vería otra vez a nadie de su propia especie, ni podría soportar la idea de regresar a la cabaña. Abandonaría eso para siempre, junto con las grandes esperanzas que había alimentado de

encontrar a los de su misma especie y convertirse en un hombre entre hombres. ¿Y el francés? ¿Y D'Arnot? ¿Qué iba a ser de él? No podía arreglárselas como se las arreglaba Tarzán. El hombre—mono no quería saber nada más de él. Deseaba alejarse de cuanto pudiera recordarle a Jane Porter.

Mientras Tarzán permanecía meditabundo en el quicio de la puerta, D'Arnot había entrado en la cabaña. Observó que habían dejado allí muchos útiles. Reconoció numerosos artículos del crucero: un hornillo de campaña, diversos utensilios de cocina, un rifle e innumerables cartuchos de municiones, latas de alimentos en conserva, mantas, dos sillas y una colchoneta y varios libros y periódicos, en su mayor parte estadounidenses.

«Sin duda tienen intención de volver», pensó D'Arnot.

Se llegó a la mesa que tantos años atrás había construido John Clayton para que le sirviera de escritorio. Allí vio dos cartas dirigidas a Tarzán de los Monos.

Una, abierta, tenía el sobre escrito con enérgica letra masculina. La otra, cerrada, era de caligrafía femenina.

—Aquí hay dos recados para usted, Tarzán de los Monos —llamó D'Arnot, al tiempo que se volvía hacia la puerta. Pero su acompañando ya no estaba allí.

D'Arnot anduvo hasta la puerta y miró al exterior. El hombre mono no aparecía por ninguna parte. Le llamó a voces, pero no obtuvo respuesta.

—¡Mon Dieu! —exclamó D'Arnot. Se ha ido sin más. Lo presiento. Ha vuelto a la selva y me ha dejado aquí solo.

Entonces recordó la expresión del rostro de Tarzán al descubrir que la cabaña estaba vacía: era la expresión que el cazador ve en los ojos del ciervo herido sobre el que el hombre ha disparado por el puro placer de abatirlo.

Tarzán había recibido un duro golpe —D'Arnot lo comprendió en aquel momento—, pero ¿por qué? El francés no lograba entenderlo.

Miró a su alrededor. La soledad y el patetismo de aquel sitio empezaban a afectarle los nervios, debilitados ya por el sufrimiento de las heridas y de la enfermedad que había soportado. Verse solo, abandonado junto a aquella jungla escalofriante, sin oír nunca una voz humana, sin ver nunca un rostro humano, abrumado por el miedo constante a las fieras salvajes y a los todavía más salvajes indígenas... presa de la soledad y la desesperanza. ¡Era espantoso!

A lo lejos, por el este, Tarzán de los Monos se desplazaba con rapidez por las ramas de los árboles, dispuesto a reunirse cuanto antes con su tribu. Nunca había corrido tan vertiginosamente.

Tenía la impresión de que estaba escapando de sí mismo, de que al surcar la floresta como una ardilla asustada huía de sus propios pensamientos. Pero por mucho que acelerase, los encontraba siempre en su cerebro.

Pasó por encima del ondulante cuerpo de Sabor, la leona, que avanzaba en dirección contraria... Hacia la cabaña, pensó Tarzán.

¿Qué podría hacer D'Arnot frente a Sabor... o frente a Bolgani, si era el gorila el que le atacaba, o frente a Numa, el león, o frente a la cruel Sheeta?

Tarzán interrumpió su huida.

—¿Qué eres tú, Tarzán? —se preguntó en voz alta—. ¿Un mono o un hombre? Si eres un mono, harás lo que los monos harían: dejar morir en la selva a uno de tu especie, si te diese la ventolera de marcharte a otra parte. Si eres un hombre, volverás para proteger a los de tu misma especie. No huirás dejando abandonado a uno de los tuyos porque otro se ha alejado de ti.

D'Arnot cerró la puerta de la cabaña. Estaba muy nervioso. Incluso a los valientes, y D'Arnot lo era, les asusta a veces la soledad.

Cargó uno de los rifles y lo dejó al alcance de la mano. Después se acercó al escritorio y cogió la carta abierta dirigida a Tarzán.

Era muy posible que fuese un recado para informar de que los suyos sólo se habían alejado temporalmente de la playa. Se dijo que leer la carta no constituiría ningún atentado contra la ética, así que extrajo el papel del interior del sobre y leyó:

A Tarzán de los Monos:

Le agradecemos que nos haya permitido utilizar su cabaña y lamentamos que no nos haya otorgado la satisfacción de verle y darle las gracias en persona.

No hemos estropeado nada, aunque, por otra parte, le dejamos muchas cosas que le serán útiles y le procurarán mayor comodidad y seguridad en su solitaria vivienda.

Si conoce al extraño hombre blanco que tantas veces nos salvó la vida y nos proporcionó alimento, y si se da la circunstancia de que habla con él, transmítale también nuestra gratitud por su generosidad.

Vamos a zarpar dentro de una hora y no volveremos nunca más, pero queremos que sepan, usted y el otro amigo de la jungla, que les estaremos eternamente agradecidos por lo que han hecho por unos desconocidos que desembarcaron en su ribera, y que si nos hubieran brindado la oportunidad, habríamos hecho infinitamente más para compensarles. Atentamente

William Cecil Clayton

—No volveremos nunca más —murmuró D'Arnot, y se arrojó de bruces sobre la colchoneta. Una hora después se incorporó y aguzó el oído. Algo o alguien estaba a la puerta, tratando de entrar.

D'Arnot empuñó el cargado rifle y se lo echó a la cara.

Anocheceía y en el interior de la cabaña reinaba la oscuridad, pero el hombre pudo ver que se corría el pestillo de la cerradura.

Notó que se le erizaban los cabellos.

Poco a poco, la puerta se fue abriendo y a través de la hendidura pudo vislumbrarse algo que se erguía al otro lado.

D'Arnot apuntó el azulado cañón hacia la rendija... y apretó el gatillo.

Capítulo XXIV: El tesoro perdido

Cuando la patrulla regresó, tras el fallido intento de salvar a D'Arnot, el capitán Dufranne manifestó su deseo de hacerse a la mar lo antes posible y todos se mostraron de acuerdo, salvo Jane.

—No —se resistió la muchacha resueltamente—. Yo no me iré, ni ustedes tampoco, porque en esa selva hay dos amigos que tarde o temprano saldrán de ella, convencidos de que nosotros les estaremos esperando. Su oficial, capitán Dufranne, es uno de ellos; el otro es el hombre de la jungla que ha salvado la vida a todos los miembros de la expedición de mi padre.

»Hace dos días, ese hombre me dejó en el lindero de la selva para acudir presuroso en ayuda de mi padre y del señor Clayton, tal como suponía, y puede usted estar seguro de que se ha quedado en la jungla para rescatar al teniente D'Arnot.

»Si hubiera llegado tarde para salvarle, ya se habría presentado aquí... el hecho de que no haya vuelto es prueba suficiente para mí de que se ha retrasado porque el teniente está herido o porque se ha visto obligado a perseguir a los que le capturaron hasta algún punto más allá de la aldea que asaltaron sus marinos.

—Pero en la aldea encontramos el uniforme y todas las pertenencias del pobre D'Arnot, señorita Porter —alegó el capitán— y los indígenas se excitaban enormemente cuando se les interrogó acerca del destino del hombre blanco.

—Sí, capitán, pero no confesaron que hubiese muerto y, en cuanto a que sus prendas y efectos estuvieran en posesión de los indígenas... pues, bueno,

hemos visto a pueblos más civilizados que esos pobres negros salvajes despojar a sus prisioneros de cuanto artículo de valor llevaban encima, tanto si tenían intención de matarlos como si no.

»Incluso en mi país, los soldados del Sur saqueaban no sólo a los vivos, sino también a los muertos. Lo que usted presenta son pruebas circunstanciales de gran peso, lo reconozco, pero no son pruebas definitivas.

—Es muy posible que a su hombre de los bosques también lo hayan capturado o matado los salvajes —sugirió el capitán Dufianee.

La joven se echó a reír.

—Usted no lo conoce —replicó. Un leve hormigueo de orgullo hizo vibrar sus nervios al darse cuenta de que hablaba por propia iniciativa.

—Reconozco que merecería la pena esperar a ese superhombre suyo, es digno de ello —ironizó el capitán—. Desde luego, le garantizo que me encantaría conocerlo.

—Entonces espérelo usted también, mi querido capitán —instó la muchacha—, porque yo pienso hacerlo. El marino francés se hubiera sorprendido aún más de comprender el auténtico significado de las palabras de Jane Porter.

Mantuvieron esa conversación mientras caminaban desde la playa hacia la cabaña. Se reunieron con el reducido grupo de personas sentadas en taburetes de campaña a la sombra de un gran árbol, cerca de la construcción.

Allí estaban el profesor Porter, los señores Philander y Clayton, con el teniente Charpentier y dos compañeros de armas, en tanto Esmeralda zangoloteaba en segundo plano, metiendo baza de vez en cuando, brindando sus opiniones o comentarios con esa impertinente libertad que confieren a una doncella de edad los muchos años al servicio de la familia.

Al acercarse su superior, los oficiales se pusieron en pie y saludaron. Clayton cedió su asiento de campaña a Jane.

—Estábamos tratando de la suerte que haya podido correr el pobre Paul —informó el capitán Dufranne—. La señorita Porter insiste en que no tenemos absolutamente ninguna prueba definitiva de que haya muerto... lo cual es cierto. Por otra parte, sostiene que la prolongada ausencia de su omnipotente y selvático amigo significa que D'Arnot continúa necesitando su ayuda, bien porque se encuentre herido, bien porque los indígenas lo tengan prisionero en alguna aldea lejana.

—Se ha sugerido —aventuró el teniente Charpentier que cabe la posibilidad de que ese salvaje sea miembro de la tribu de guerreros negros que atacó a nuestra patrulla..., que se apresuró a ir en ayuda de los indígenas... los

suyos.

Jane lanzó una rápida mirada a Clayton.

—Eso parece enormemente más razonable —opinó el profesor Porter.

—No comparto su criterio —le llevó la contraria el señor Philander—. Ha dispuesto de infinidad de oportunidades para perjudicarnos por sí mismo o para lanzar sobre nosotros a su presunto pueblo. En cambio, durante nuestra prolongada residencia aquí, ese hombre ha desempeñado regular e ininterrumpidamente un papel de protector y proveedor.

—Eso es verdad —intervino Clayton—, pero no debemos pasar por alto la circunstancia de que, a excepción de él, todos los seres humanos existentes en muchos kilómetros a la redonda son salvajes antropófagos. Él iba armado lo mismo que ellos, lo que indica que ha mantenido alguna clase de relaciones con esa tribu; y el hecho de que es un hombre solo frente a millares sugiere que tales relaciones no han podido ser más que amistosas.

—Sí, parece improbable que no esté relacionado con ellos —subrayó el capitán—; puede que sea miembro de esa tribu.

—Por otra parte añadió uno de los oficiales, ha tenido que vivir largo tiempo, el suficiente al menos, entre los habitantes salvajes de la selva, hombres o fieras, para haber alcanzado un conocimiento profundo de los bosques, de las costumbres y del empleo de las armas africanas.

—Le están juzgando según sus propias normas, caballeros —argumentó Jane—. Un hombre blanco corriente, como cualquiera de ustedes... perdonen, me he expresado mal, es decir, un hombre blanco por encima del nivel medio en cuanto a capacidad física e intelectual jamás podría, lo reconozco, sobrevivir un año, solo y desnudo, en esta selva tropical. Pero ese hombre no sólo rebasa el nivel medio del hombre blanco en fortaleza y agilidad, sino que supera ampliamente a nuestros atletas mejor entrenados y fuertes, del mismo modo que éstos superan a un niño recién nacido. Y su valor y fiereza en el combate son los de un animal salvaje.

—No cabe duda de que ha conseguido un leal paladín, señorita Porter —rió el capitán Dufranne—. Estoy seguro de que ninguno de los aquí presentes dudaría en afrontar de muy buena gana la muerte cien veces, en las formas más aterradoras, con tal de merecer el homenaje de esos elogios por parte de alguien que fuese la mitad de fiel... o de hermosa.

—No le extrañaría que lo defendiera —declaró la muchacha— si lo hubiese visto como le vi yo, luchando por mí con aquel gigantesco y peludo gorila.

»Si le hubiese visto lanzarse contra aquel monstruo como un toro atacaría a

un oso pardo —sin el menor asomo de miedo o vacilación—, entonces creería usted que se trata de un ser sobrehumano. »Si hubiese visto aquellos poderosos músculos hinchándose, resaltando bajo la bronceada piel; si hubiese visto cómo obligaba a echarse hacia atrás los espeluznantes colmillos... Entonces también usted habría creído que es invencible.

»Y si hubiera sido testigo del trato caballeroso que concedió a una muchacha desconocida, perteneciente a una casta extraña para él, entonces también confiaría usted en él tan absoluta y completamente como confío yo.

—¡Ha ganado usted el juicio, mi preciosa abogada defensora! —exclamó el capitán—. Este tribunal declara inocente al acusado y el crucero aplazará su partida unos días más, al objeto de que ese hombre disponga de la oportunidad de volver y dar las gracias a la divina Porcia.

—¡Por el amor de Dios, tesoro! —protestó Esmeralda—. No iré a decirme que prefiere quedarse aquí, en esta tierra de animales carnívoros, cuando tenemos la oportunidad de marcharnos en ese buque. No me diga eso, tesoro mío.

—¡Esmeralda, por Dios! Deberías avergonzarte —recriminó Jane—. ¿Así demuestras tu agradecimiento al hombre que nos salvó dos veces la vida?

—Bueno, señorita Jane, ese es su punto de vista; pero estoy segura de que ese hombre de la selva no nos salvó para que nos quedásemos aquí. Lo hizo para que pudiéramos marcharnos lejos de aquí. Supongo que podría enfadarse lo suyo cuando comprobara que fuimos tan insensatas como para seguir aquí después de que nos proporcionase la oportunidad de irnos.

»Esperaba no tener que dormir otra noche en este jardín geológico y escuchar esos ruidos de soledad que salen de esa maraña después de oscurecido.

—No te lo reprocho ni tanto así, Esmeralda —dijo Clayton— y desde luego diste en el clavo al llamarlos ruidos «de soledad». Nunca se me habría ocurrido un término tan apropiado para ellos, pero ese es perfecto, ¿sabes?, son realmente ruidos de soledad.

—Lo mejor que pueden hacer, Esmeralda y usted, es irse a vivir al crucero —aconsejó Jane, con fino desdén en la voz—. ¿Qué le parecería si tuviese que pasarse toda la vida en la selva como ha hecho nuestro hombre de los bosques?

—Me temo que como salvaje sería un fracaso abominable —rió Clayton tristemente—. Esos ruidos nocturnos me ponen los pelos de punta. Supongo que reconocerlo debería avergonzarme, pero es la verdad.

—Pues, no sé que decir —terció el teniente Charpentier—. No me he

detenido a pensar mucho en el miedo y todo eso... Nunca me ha dado por determinar si he sido cobarde o valiente, pero lo cierto es que la otra noche, cuando estábamos en la selva, después de que capturaran al pobre D'Arnot, y esos ruidos empezaron a sonar a nuestro alrededor empecé a pensar que sí, que tal vez era un cobarde. Lo que me ponía los nervios de punta no eran los rugidos o los gruñidos de las grandes fieras salvajes, sino los ruidos sigilosos (esos rumores furtivos que uno oye cerca y cuando aguza el oído para percibirlos no se repiten), esos ruidos indefinibles como de un gran cuerpo que se desliza casi en silencio total, mientras uno tiene conciencia de que ignora a qué distancia está o si se va acercando después de que uno ha dejado de oírlo. Eran esos ruidos... y los ojos.

»¡Mon Dieu! Los veré siempre en la oscuridad, los ojos que uno ve y los que no ve, pero siente... ¡Ah, esos son los peores!

Permanecieron en silencio unos instantes. Luego, Jane tomó la palabra.

—Y él está ahí —musitó, en tono que parecía ahogado por el miedo—. Esos ojos le fulminarán con su mirada esta noche, lo mismo que a su compañero el teniente D'Arnot. Caballeros, ¿pueden ustedes dejarlos abandonados sin prestarles siquiera el auxilio pasivo que representa permanecer aquí unos cuantos días más, auxilio pasivo que acaso signifique su salvación?

—Bueno, bueno, chiquilla —dijo el profesor Porter—. El capitán Dufranne desea quedarse y, por lo que a mí respecta, también estoy perfectamente dispuesto, perfectamente dispuesto, como lo he estado siempre, a satisfacer tus caprichos infantiles.

—Podemos dedicar el día de mañana a la recuperación del cofre, profesor —sugirió el señor Philander.

—Buena idea, buena idea, señor Philander. Casi me había olvidado del tesoro —manifestó el profesor Porter—. Tal vez el capitán Dufranne pueda prestarnos unos cuantos hombres que nos ayuden y nos deje también a uno de los prisioneros para que nos indique el lugar donde está escondido el arcón. —No faltaba más, mi querido profesor, estamos todos a su disposición —se brindó el capitán.

Se acordó que a la mañana siguiente, el teniente Charpentier, con un destacamento de diez hombres y uno de los amotinados del Arrow para guiarles, irían a desenterrar el tesoro. También se convino que el crucero permanecería una semana completa fondeado en la bahía. Al final de ese periodo se daría por supuesto que D'Arnot había fallecido y que el hombre de la selva no aparecería por allí mientras estuviesen ellos. Entonces, los dos buques zarparían con todo el personal.

El profesor Porter no acompañó al día siguiente a los que fueron a buscar el tesoro, pero cuando los vio regresar con las manos vacías, hacia el mediodía, se apresuró a salir a su encuentro. Su acostumbrada indiferencia meditativa se había volatilizado totalmente, sustituida por un comportamiento nervioso y excitado.

—¿Dónde está el tesoro? —preguntó a gritos a Clayton, cuando aún le separaban de la partida unos treinta metros.

Clayton meneó la cabeza negativamente.

—Desapareció —dijo, al acercarse al profesor.

—¡Desapareció! No es posible. ¿Quién ha podido llevárselo? —exclamó el profesor Porter.

—Sólo Dios lo sabe, profesor —repuso Clayton—. Pudimos pensar que el individuo que nos guió mentía respecto al punto donde estaba enterrado, pero su sorpresa y consternación al no encontrar cofre alguno debajo del cadáver del asesinado Snipes fueron demasiado reales para que estuviese fingiendo. Y nuestras palas nos indicaron que algo estuvo sepultado debajo del cadáver, porque allí hubo un hoyo que rellenaron con tierra suelta.

—¿Pero quién puede habérselo llevado? —repitió el profesor Porter.

—La sospechas podrían recaer sobre los hombres del crucero, naturalmente —comentó el teniente Charpentier—, pero el alférez Janviers, aquí presente, me asegura que ninguno ha desembarcado, que nadie ha bajado a tierra desde que anclamos ahí, salvo los que lo hicieron a las órdenes de algún oficial. Sé que no recelarían de ellos, pero me alegro de que no exista la más remota posibilidad que les dé pie para sospechar de ninguno —concluyó.

—Ni por asomo se me hubiera ocurrido nunca sospechar de unas personas a las que tanto debemos —replicó el profesor Porter cortésmente—. Antes sospecharía de mi querido amigo Clayton o del señor Philander.

Los franceses sonrieron, tanto oficiales como marinos rasos. Evidentemente, se les había quitado un peso de encima.

—El tesoro se lo llevaron de allí hace cierto tiempo —prosiguió Clayton—. La verdad es que el cadáver se desmenuzó al levantarlo, lo que indica que quienquiera que se llevase el tesoro lo hizo mientras el cuerpo estaba recién fallecido, ya que se encontraba intacto cuando lo desenterramos.

—Los ladrones debieron de ser varios —sugirió Jane, que se había unido al grupo—. Recuerden que se necesitaban cuatro hombres para trasladar el cofre.

—¡Por Júpiter! —exclamó Clayton—. ¡Es verdad! Sin duda se lo llevaron una partida de negros. Lo más probable es que alguno de ellos viera a los

marineros del Arrow enterrar el cofre y volvió luego con unos cuantos de los suyos y se lo llevaron.

—Las cábalas no sirven de nada —dijo el profesor Porter melancólicamente—. El cofre ha desaparecido. No volveremos a verlo, ni tampoco al tesoro que contenía.

Sólo Jane sabía lo que significaba para su padre aquella pérdida, y tampoco sabía nadie lo que significaba para ella.

Seis días después, el capitán Dufranne anunció que se harían a la vela a primera hora de la mañana siguiente.

Jane le hubiera rogado un nuevo aplazamiento, pero también ella empezaba a creer que su galán de la selva no volvería más.

Muy a pesar suyo, las dudas y los temores fueron tomando cuerpo en su ánimo. Los razonables argumentos de los ecuanímes oficiales franceses empezaron a convencerla, incluso en contra de su voluntad.

No estaba dispuesta a creer que aquel hombre fuese caníbal, pero sí que le parecía posible ya que fuese un miembro adoptado por alguna tribu salvaje.

No iba a reconocer que hubiese muerto. Resultaba imposible creer que en aquel cuerpo perfecto, tan pletórico de gloriosa vida, pudiera apagarse la llama vital que alimentaba su interior... Se convencería antes de que la inmortalidad era polvo.

Pero mientras Jane se permitía albergar tales ideas, otras igualmente odiosas se abrían paso a la fuerza hacia el fondo de su imaginación.

Si aquel hombre pertenecía a alguna tribu salvaje, sin duda tendría una esposa salvaje —quizás una docena—, así como una caterva de hijos también salvajes y mestizos. La muchacha se estremeció. Y cuando le comunicaron que el crucero se haría a la mar a la mañana siguiente, casi se alegró. Sin embargo, fue ella quien propuso que se dejaran en la cabaña armas, municiones, vituallas y algunos útiles de cocina y demás, destinados ostensiblemente a aquella intangible personalidad que se firmaba Tarzán de los Monos y a D'Arnot, por si aún vivía. En realidad, Jane esperaba que más bien fuesen para su dios de la selva, incluso aunque al final resultase que era un ídolo con pies de barro.

En el último instante, la muchacha dejó una carta para él, un mensaje que le transmitiría Tarzán de los Monos.

Fue la última en abandonar la cabaña, a la que volvió con una excusa trivial mientras los otros se dirigían ya al bote.

Se arrodilló junto a la cama en la que tantas noches había descansado y

rezó una oración rogando por la seguridad del hombre primitivo. Se llevó el guardapelo a los labios y musitó: —Te quiero, y porque te quiero creo en ti. Pero aunque no creyese en ti, seguiría queriéndote. Si hubieses venido a buscarme y no hubiera habido otra salida, me habría ido contigo a la selva... para siempre.

Capítulo XXV: Puesto avanzado del mundo

Al mismo tiempo que sonaba el estampido del rifle, D'Arnot vio abrirse de golpe la puerta y que la figura de un hombre caía de bruces sobre el suelo de la cabaña.

Impulsado por el pánico, el francés apuntó de nuevo con el arma a la postrada figura, pero a la media luz que irrumpía por el hueco de la puerta observó de pronto que se trataba de un hombre blanco y, un segundo después, comprendió que había disparado sobre su amigo y protector, Tarzán de los Monos.

D'Arnot lanzó un grito de angustia, dio un salto y se arrodilló junto al hombre—mono. Levantó la cabeza del caído, albergándola en los brazos... y pronunció en voz alta el nombre de Tarzán de los Monos.

Al no obtener respuesta, D'Arnot apoyó el oído en el pecho del hombre, a la altura del corazón. Oyó con gran alegría los firmes y regulares latidos.

Con sumo cuidado levantó a Tarzán, lo acomodó en el catre y luego, tras cerrar y atrancar la puerta, encendió una lámpara y examinó la herida.

El proyectil había rozado la parte superior del cráneo. Aunque de feo aspecto, la herida era más bien superficial y no se apreciaban signos de fractura.

D'Arnot dejó escapar un suspiro de alivio y se dispuso a limpiar la sangre del rostro de Tarzán. El agua fresca le reanimó y, casi en seguida, el hombre—mono levantó los párpados y sus ojos miraron con interrogadora sorpresa a D'Arnot.

Éste había vendado la herida con trozos de tela y, al ver que Tarzán había recobrado el conocimiento, se levantó, fue al escritorio y redactó una nota, que tendió al hombre mono. En la nota explicaba que sentía mucho el terrible error que acababa de cometer y que se alegraba indeciblemente al comprobar que la herida no era grave.

Un vez leyó tales explicaciones, Tarzán se sentó en el borde de la cama y estalló en carcajadas.

—No tiene importancia —dijo en francés.

Luego, como su vocabulario no le daba para mucho, escribió:

«Debería haber visto lo que me hicieron Bolgani, y Kerchak, y Terkoz, antes de que los matara... ¡Lo que se reiría usted si comparase aquello con un arañazo de nada como este!».

D'Arnot tendió a Tarzán las dos misivas que dejaron para él.

Tarzán leyó la primera con una expresión triste en el rostro. Le dio vueltas y vueltas en la mano a la segunda, mientras intentaba descubrir por donde se abría: era la primera vez que veía un sobre cerrado. Al final se lo pasó a D'Arnot.

El francés había estado observándole y comprendió que el sobre desconcertaba a Tarzán. No dejaba de resultar muy extraño que un sobre fuese todo un misterio para un hombre blanco adulto. D'Arnot lo abrió y devolvió la carta a Tarzán.

El hombre—mono se sentó en una silla de campaña, desplegó la hoja de papel y leyó:

A Tarzán de los Monos:

Antes de marchar, permítame añadir mi agradecimiento al del señor Clayton por lo amable que ha sido usted al permitirnos utilizar su cabaña.

Hemos sentido mucho que no se haya presentado. Nos hubiera encantado conocerle, ofrecerle nuestra amistad y agradecerle personalmente su hospitalidad.

Hay otra persona a quien me gustaría darle también las gracias, pero no volvió a aparecer, aunque se me hace imposible creer que haya muerto.

Desconozco su nombre. Es el gran gigante blanco que llevaba colgado del cuello, sobre el pecho, un guardapelo con diamantes engarzados.

Si le conoce y habla usted su lenguaje, transmítale mi gratitud y dígale que estuve siete días esperando su regreso.

Dígale también que vivo en la ciudad de Baltimore, en los Estados Unidos, y que en mi casa siempre será bien recibido, si desea visitarme.

Encontré la nota que dejó usted entre las hojas del pie de un árbol cercano a la cabaña. Ignoro cómo ha llegado a quererme, puesto que ni siquiera ha hablado nunca conmigo, y si su cariño es cierto, lo lamento profundamente, ya que he entregado mi corazón a otro hombre. Pero sepa que me consideraré siempre su amiga,

Jane Porter

Tarzán permaneció sentado cerca de una hora, con la mirada fija en el suelo. Se le hizo evidente, a través de las notas, que quienes escribieron aquellas cartas no sabían que Tarzán de los Monos y él eran la misma persona.

«He entregado mi corazón a otro hombre», se repitió una y otra vez.

¡Entonces no le amaba! ¿Cómo pudo fingirle cariño, elevarle hasta la cima de la máxima ilusión para luego precipitarlo al más profundo abismo de la desesperación?

Tal vez sus besos no fueron más que demostraciones de amistad. ¿Cómo iba a saberlo él, que lo ignoraba todo acerca de las costumbres de los seres humanos?

Se levantó con brusco movimiento, deseó buenas noches a D'Arnot tal como éste le había enseñado y se arrojó sobre el camastro de helechos en el que también había dormido Jane Porter. D'Arnot apagó la lámpara y se tendió sobre la colchoneta.

Casi lo único que hicieron durante una semana fue descansar. Pero, eso sí, D'Arnot se dedicó a enseñar francés a Tarzán. Al cabo de esa semana, ambos hombres podían conversar bastante fluidamente.

Una noche, mientras permanecían sentados dentro de la cabaña, a punto de irse a dormir, Tarzán preguntó a D'Arnot:

—¿Dónde están los Estados Unidos? —D'Arnot señaló hacia el noroeste.

—A muchos miles de kilómetros, al otro lado del océano —añadió—. ¿Por qué?

—Voy a ir allí.

D'Arnot sacudió la cabeza.

—Eso es imposible, amigo mío —dijo.

Tarzán se levantó, fue a uno de los armarios y regresó con un atlas bastante manoseado. Pasó las hojas hasta llegar a las de un mapamundi y dijo:

—Nunca he llegado a entenderlo del todo —indicó—; por favor, explíquemelo.

Cuando D'Arnot lo hubo hecho, señalándole que las superficies de azul representaban el agua que cubría la Tierra, Tarzán le pidió que precisara dónde estaban ellos dos.

Así lo hizo D'Arnot.

—Ahora señáleme los Estados Unidos —pidió Tarzán.

Y cuando D'Arnot apoyó el índice en América del Norte, Tarzán sonrió y

puso la palma de la mano sobre la página, cubriendo con ella el océano que separaba los dos continentes.

—Como ve, no está muy lejos —comentó—, apenas la anchura de mi mano.

D'Arnot se echó a reír. ¿Cómo podía hacérselo comprender?

Tomó un lápiz y marcó un minúsculo puntito en la orilla de África.

—Esta marca diminuta —manifestó— es infinidad de veces mayor sobre este mapa que su cabaña sobre la Tierra. ¿Se da cuenta ahora de lo lejos que están de aquí los Estados Unidos? Tarzán meditó largo rato. ¿Viven hombres blancos en África? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde se encuentran los más próximos? — D'Arnot señaló un lugar en la costa, al norte de donde estaban ellos.

—¿Tan cerca? —se sorprendió Tarzán.

—Sí —confirmó D'Arnot, pero no es tan cerca como cree.

—¿Tienen grandes botes para cruzar el océano?

—Sí.

—Entonces iremos mañana —anunció Tarzán. D'Arnot volvió a sonreír y a denegar con la cabeza.

—Está demasiado lejos. Moriríamos mucho antes de llegar.

—¿Desea quedarse aquí para siempre? —preguntó Tarzán.

—No —repuso el francés.

—En ese caso, mañana emprenderemos la marcha. Ya no me gusta este lugar. Preferiría morir a continuar aquí.

—Bueno —dijo D'Arnot, y se encogió de hombros—. No estoy muy seguro, amigo mío, pero me parece que también yo preferiría morir a quedarme aquí. Si se marcha, le acompañaré.

—Decidido, pues —dijo Tarzán—. Mañana partiremos hacia los Estados Unidos.

—¿Cómo piensa llegar allí sin dinero? —fue D'Arnot a lo práctico.

—¿Dinero? ¿Qué es eso? —inquirió Tarzán.

Le costó un buen rato a D'Arnot explicárselo. Aunque Tarzán tampoco lo entendió del todo.

—¿Cómo consiguen dinero los hombres? —quiso saber, por último.

—Trabajan para ganarlo.

—Muy bien, pues trabajaré, entonces.

—No, amigo mío —respondió D'Arnot—, no necesita preocuparse del dinero, ni hace falta que trabaje para conseguirlo. Tengo suficiente para los dos... suficiente para una veintena. Mucho más de lo que le conviene tener a un hombre. Dispondrá usted de cuanto precise, si algún día llegamos a la civilización.

De modo que a la mañana siguiente emprendieron la marcha hacia el norte, a lo largo del litoral. Cada uno de ellos llevaba un rifle y municiones, así como lechos de campaña, víveres y utensilios para cocinar.

Estos últimos le parecieron a Tarzán más un estorbo que otra cosa, así que se desprendió de ellos.

—Debe acostumbrarse a comer alimentos cocinados, amigo mío —le aconsejó D'Arnot—. Los hombres civilizados no comen carne cruda.

—Tendré tiempo de sobra cuando lleguemos a la civilización —repuso Tarzán—. No me gustan las cosas que estropean el sabor de una buena carne.

Avanzaron hacia el norte durante un mes. A veces encontraban comida en abundancia y luego pasaban unos cuantos días de penuria y hambre. No vieron rastro de indígenas ni les molestaron las fieras salvajes. Su camino era un auténtico milagro de tranquilidad.

Tarzán hacía preguntas y asimilaba rápida y fácilmente las respuestas.

D'Arnot le enseñó una barbaridad de cosas acerca de los refinamientos de la civilización, incluido el manejo del cuchillo y el tenedor. A veces, sin embargo, Tarzán soltaba los cubiertos, disgustado, cogía la carne con sus fuertes manos bronceadas y la desgarraba con los dientes como un animal salvaje.

En tales ocasiones, D'Arnot le reprochaba:

—No debe comer como una bestia salvaje, Tarzán, cuando me esfuerzo en convertirle en un caballero. ¡Mon Dieu! Los caballeros no se comportan así... ¡Es espantoso!

Tarzán esbozaba una tímida mueca, como avergonzado, y volvía a tomar el cuchillo y el tenedor. Pero en el fondo de su corazón los odiaba.

Durante el viaje habló a D'Arnot del gran cofre que enterraron los marineros. Le contó que vio cómo lo ocultaban y que luego él lo sacó, lo llevó al lugar donde se reunían los monos y lo enterró allí.

—Debe de tratarse del cofre del tesoro del profesor Porter —comentó D'Arnot. Es una lástima, aunque, naturalmente, usted no sabía nada.

Tarzán recordó entonces la carta que Jane había escrito a su amiga —la que se llevó la primera noche en que ocuparon la cabaña— y comprendió qué contenía el cofre y lo que significaba para Jane.

—Mañana volveremos a por él —anunció.

—¿Volver? —exclamó D'Arnot. Pero, mi querido amigo, llevamos ya tres semanas de marcha. Tardaremos otras tres en llegar al punto donde está el tesoro y, además, con lo que pesa el arcón ese, necesitaríamos tres marineros para que lo trasladaran. Transcurrirían meses antes de que nos presentáramos de nuevo aquí, donde estamos ahora.

—No hay más remedio que hacerlo, amigo mío —insistió Tarzán—. Usted puede seguir hacia la civilización y yo volveré a buscar el tesoro. Iré más deprisa si voy solo.

—Tengo un plan mejor, Tarzán —manifestó D'Arnot—. Seguiremos juntos hasta el primer asentamiento de colonos y allí fletaremos una embarcación y descenderemos por mar, costeando, hasta donde está el tesoro. Así transportaremos el cofre más fácilmente. Será más seguro, más rápido y, además, no tendremos que separarnos. ¿Qué le parece la idea?

—Muy buena —encomió Tarzán—. El tesoro estará allí, vayamos cuando vayamos a buscarlo, y si bien yo podría ir a recogerlo y haberle alcanzado a usted dentro de un par de lunas, me sentiré más tranquilo sabiendo que no está solo en la ruta. Cuando observo lo inútil que es, D'Arnot, me pregunto sorprendidísimo cómo es posible que la raza humana haya evitado la aniquilación durante todas esas épocas de las que me ha hablado. Porque, Sabor, con una sola pata, podría exterminar a miles de ustedes.

D'Arnot se echó a reír.

—Cambiaré de opinión cuando haya visto sus ejércitos y armadas, sus grandes ciudades y sus formidables obras de ingeniería. Entonces comprenderá que es la inteligencia y no el músculo lo que hace al hombre ser más importante y poderoso que todos los animales de la selva.

»Solo y desarmado, un hombre no podría enfrentarse a ninguna de esas fieras, mayores que él en tamaño; pero si se juntan diez hombres, combinarán su ingenio y su fortaleza física contra sus salvajes enemigos, mientras que a las bestias, incapaces de razonar, nunca se les ocurriría aliarse y enfrentarse conjuntamente al hombre. De no ser así, Tarzán de los Monos, ¿cómo explicaría que lleve usted tanto tiempo sobreviviendo en estas soledades salvajes?

—Tiene razón, D'Arnot —convino Tarzán—, porque si aquella noche, en el Dum—Dum, Kerchak hubiera acudido en ayuda de Tublat, entre los dos habrían acabado conmigo. Pero Kerchak no fue lo suficientemente listo para pensar en sacar ventaja de tales oportunidades. Ni siquiera Kala, mi madre, podía prever nada con anticipación, planear algo para el futuro. Se limitaba a comer cuando tenía hambre e, incluso en las épocas en que las provisiones escaseaban, aunque encontrase suficiente alimento para varias comidas, jamás se le ocurría guardar para más adelante.

»Recuerdo que solía pensar que yo era tonto si cargaba con víveres de reserva durante una marcha, aunque después se alegraba de que los compartiéramos, si no encontrábamos por el camino nada que llevarnos a la boca.

—¿De modo que conoció a su madre? —se extrañó D'Arnot.

—Sí. Era una mona enorme y estupenda. Mucho mayor que yo, lo menos pesaba el doble.

—¿Y su padre? —preguntó D'Arnot.

—No le conocí. Kala me dijo que fue un mono blanco y que carecía de pelo, como me pasa a mí. Ahora sé que debió de ser un hombre blanco.

Seria la expresión, D'Arnot contempló largo rato a su compañero.

—Tarzán dijo por último—, es imposible que la mona, Kala, fuera su madre. Si tal cosa resultara posible, usted habría heredado algunas características de los simios, pero no las tiene... es un auténtico hombre y, hasta me aventuro a afirmar que descende de unos padres inteligentes y cultivados, de buena educación. ¿No tiene el más mínimo indicio acerca de su pasado?

—Ni por asomo —respondió Tarzán.

—¿En la cabaña no encontró escrito alguno que pudiera proporcionarle datos relativos a la vida de sus ocupantes anteriores?

—He leído todo lo que había en la cabaña, salvo un libro que estaba escrito en un idioma que no era el inglés. Puede que usted sepa leerlo. Extrajo Tarzán del fondo de la aljaba el diario de tapas negras y se lo tendió a su compañero. D'Arnot echó un vistazo a la portada.

—Es el diario de John Clayton, lord Greystoke, aristócrata inglés, y está redactado en francés —explicó.

Después procedió a la lectura del diario, escrito más de veinte años antes y que refería los detalles de la historia que ya conocemos: la aventura, las dificultades y pesadumbres de John Clayton y su esposa Alice, desde el día en

que zarparon de Inglaterra hasta una hora antes de que Kerchak acabara con la vida del caballero.

D'Arnot leía en voz alta. En ocasiones, la voz se le quebraba y se veía obligado a interrumpir la lectura a causa de la desoladora desesperanza que se traslucía entre líneas.

De vez en cuando lanzaba un fugaz vistazo a Tarzán, pero el hombre—mono permanecía en cuclillas, como una talla de madera, con los ojos clavados en el suelo.

El tono del diario sólo varió al aludir al recién nacido; entonces abandonó su hasta entonces habitual tono de desesperación que había ido infiltrándose en él tras los dos primeros meses de estancia en la costa.

A partir de la llegada del niño, teñía el diario una contenida felicidad que resultaba aún más acongojante que el resto.

Una de las anotaciones manifestaba un espíritu pleno de esperanza:

«Nuestro niño cumple hoy seis meses. Está sentado en el regazo de Alice, junto a la mesa en la que escribo: es una criatura preciosa, feliz, saludable, perfecta.

»De un modo u otro, incluso contra toda razón, me parece verlo convertido ya en un hombre adulto, que ocupa el puesto de su padre en la sociedad —el segundo John Clayton— y que sigue aportando honores a la casa de Greystoke.

»Ahora mismo, como si quisiera conferir a mi augurio el peso de su garantía personal, ha cogido la pluma con sus manitas gordezuelas, se ha embadurnado de tinta los deditos y ha estampado sus huellas dactilares en la página.»

Y allí, en el margen de la hoja de papel, aparecía medio borrosa la impronta de cuatro dedos minúsculos y la mitad exterior de un pulgar.

Cuando D'Arnot concluyó la lectura del diario, los dos hombres permanecieron en silencio durante varios minutos.

—¡Bueno, Tarzán de los Monos! ¿En qué piensa? —preguntó D'Arnot—. ¿No aclara este librito el misterio de su estirpe? No cabe duda de que es usted lord Greystoke, hombre. Tarzán denegó con la cabeza.

—El libro no habla más que de un solo niño —replicó—. Su pequeño esqueleto permaneció en la cuna, donde debió de morir llorando por la falta de alimento. Allí estaba cuando entré allí por primera vez y allí estuvo hasta que el profesor Porter lo enterró, con los esqueletos de sus padres, junto a la cabaña. No, ese era el niño del que habla el libro... y el misterio de mis

orígenes es ahora más oscuro que antes, porque he pensado mucho últimamente en la posibilidad de que esa cabaña haya sido mi lugar de nacimiento. Me temo que Kala dijo la verdad —concluyó en tono apesadumbrado.

D'Arnot movió la cabeza negativamente. No estaba convencido y en su mente surgió de pronto la firme determinación de demostrar que su teoría era correcta, porque estaba seguro de haber descubierto la clave que explicaría el enigma o lo enviarla definitivamente al reino de lo impenetrable. Una semana después, los dos hombres llegaron de súbito a un claro del bosque.

A cierta distancia se veían varios edificios rodeados por una sólida empalizada. Se detuvieron en el borde de la selva.

Tarzán dispuso en el arco una de sus flechas envenenadas, pero D'Arnot apoyó una mano en el brazo del hombre mono.

—¿Qué va a hacer, Tarzán? —preguntó.

—Intentarán matarnos si nos ven —repuso Tarzán—. Prefiero ser yo el que mate.

—Tal vez sean amigos —sugirió D'Arnot.

—Son negros —se limitó a replicar Tarzán.

Y tensó de nuevo el arco.

—¡No debe hacerlo, Tarzán! —protestó D'Arnot—. Los hombres blancos no matan simplemente por matar. ¡Mon Dieu! ¡Cuánto tiene que aprender! Compadezco al rufián que se cruce en su camino, mi salvaje amigo, cuando lo lleve a usted a París. ¡Anda que no me va a costar trabajo impedir que la guillotina le siegue la cabeza!

Tarzán bajó el arco y sonrió.

—No sé por qué he de matar negros en mi selva y no hacerlo aquí. Supongamos que Numa, el león, da un salto y se nos planta delante, dispuesto a devorarnos. ¿Debería decir, acaso: «Buenos días, monsieur Numa. ¿Cómo se encuentra madame Numa?»». ¿Eh?

—Espere a que los negros salten sobre usted —replicó D'Arnot y entonces los mata. No dé por supuesto que los hombres son enemigos suyos hasta que lo demuestran.

—Vamos —dijo Tarzán—, presentémonos voluntariamente para que nos maten.

Echó a andar a través de los campos de cultivo, alta la cabeza, mientras el sol tropical batía con sus rayos la tersa y atezada piel.

D'Arnot le siguió, vestido con algunas de las prendas que había dejado Clayton en la cabaña y que el inglés desechó cuando los oficiales del crucero francés le proporcionaron ropas más presentables.

Uno de los negros de aquel poblado alzó la cabeza y, al advertir la presencia de Tarzán, dio media vuelta y salió corriendo hacia la empalizada, sin dejar de emitir chillidos.

Al instante, el aire cobró estruendosa vida sonora con los gritos de terror de los hombres, que abandonaron los campos y huyeron a todo correr, pero antes de que llegasen a la empalizada, un hombre blanco salió del recinto, con un rifle en las manos, para enterarse de la causa de tal conmoción.

Al ver lo que se le venía encima, se echó el arma a la cara y Tarzán de los Monos hubiera recibido otra ración de plomo de no intervenir automáticamente la voz de D'Arnot, que advirtió al hombre del rifle:

—¡No dispare! ¡Somos amigos!

—¡Deténganse, pues! —fue la orden.

—¡Alto, Tarzán! —gritó D'Arnot. —Nos toma por enemigos.

Tarzán frenó su marcha y D'Arnot y él avanzaron despacio hacia el hombre blanco que aguardaba de pie junto al portalón. Los observaba con perplejo asombro.

—¿Qué clase de hombres son ustedes? —inquirió, en francés.

—Blancos —informó D'Arnot. Llevamos mucho tiempo perdidos en la selva.

El hombre bajó el rifle y se les acercó, con la mano tendida.

—Soy el padre Constantino, de la misión francesa establecida aquí —se presentó—, y me complace mucho darles la bienvenida.

—Aquí, monsieur Tarzán, padre Constantino —D'Arnot señaló al hombre —mono y añadió, cuando el sacerdote extendió la mano hacia Tarzán—: y yo soy Paul D'Arnot, de la Armada francesa.

El padre Constantino estrechó la mano que Tarzán le tendía, imitando el gesto del sacerdote, a la vez que éste, con una rápida y aguda mirada, se hacía cargo de la soberbia condición física de aquel cuerpo atlético y de lo atractivo de aquel hermoso rostro.

Así llegó Tarzán de los Monos al primer puesto avanzado de la civilización.

Permanecieron allí una semana, en el curso de la cual el hombre—mono, observador perspicaz, aprendió un sinfín de cosas acerca de las costumbres de

los hombres, mientras las mujeres negras confeccionaban, para D'Arnot y para él, unos pantalones y otras prendas de dril, al objeto de que cuando reanudaran su viaje lo hiciesen ataviados más decentemente.

Capítulo XXVI: Las alturas de la civilización

Al cabo de un mes se encontraban frente a un pequeño grupo de edificios, frente a la desembocadura de un ancho río. Allí vio Tarzán muchas embarcaciones y su ánimo se inundó de la antigua timidez que suele enseñorearse del salvaje cuando ve muchos hombres.

Se había ido acostumbrando paulatinamente a los ruidos extraños y a las peculiares costumbres de la civilización, de forma que nadie hubiera podido saber que aquel apuesto francés de inmaculada vestimenta blanca de dril, que conversaba y reía alegremente con ellos, había correteado desnudo por la selva virgen, dispuesto a saltar sobre alguna víctima incauta cuya carne cruda llenarla de inmediato su salvaje estómago.

El cuchillo y el tenedor, tan desdeñosamente rechazados un mes atrás, los manejaba ahora Tarzán con la misma destreza y exquisitez que el refinado D'Arnot.

Había sido un alumno tan aplicado que el joven francés vio compensados sus esfuerzos pedagógicos y eso le animó a convertir a Tarzán de los Monos en un caballero elegante en cuanto a modales y lenguaje.

—Dios te hizo caballero en espíritu, amigo mío —le había dicho D'Arnot—, pero también quiere que su obra se muestre de cara al exterior.

En cuanto llegaron a aquel pequeño puerto, D'Arnot no perdió tiempo en enviar a su gobierno un cablegrama, informando de que se encontraba sano y salvo y solicitando un permiso de tres meses, permiso que le fue concedido.

También había telegrafiado a sus banqueros, pidiendo fondos, y la forzada espera de un mes, que les fastidió enormemente, se debió a la imposibilidad de fletar un barco para volver a la selva de Tarzán y recoger el tesoro.

Durante su estancia en la ciudad costera, «monsieur Tarzán» constituyó una atracción asombrosa para blancos y negros, a causa de varios lances azarosos que a Tarzán le parecieron naderías sin importancia.

En una ocasión, un negrazo impresionante, enloquecido por el alcohol, empezó a destruir todo lo que se le ponía por delante y a sembrar el terror por la ciudad, hasta que su mala estrella le llevó hasta el hotel en cuya terraza se encontraba el gigante francés de cabellera morena. El negro subió los amplios

peldaños de la escalinata y, blandiendo un enorme cuchillo, se fue en derechura hacia la mesa ocupada por cuatro caballeros que sorbían plácidamente su inevitable copa de ajenjo.

Sobresaltados, los cuatro clientes del hotel soltaron un grito y pusieron pies en polvorosa. El negro se fijó entonces en Tarzán.

Emitió un rugido y se precipitó sobre el hombre-mono, mientras medio centenar de cabezas se asomaban por puertas y ventanas para ser testigos de la matanza del pobre francés a manos del imponente negro.

Tarzán afrontó el ataque con la alegre sonrisa de luchador nato que la inminencia de una batalla ponía siempre en sus labios.

Cuando el negro estuvo a su alcance, unos músculos de acero apresaron la oscura muñeca de la mano que empuñaba el cuchillo y un simple giro dejó inerte dicha mano, colgando de un hueso roto. La locura desapareció de la psique del negro, mientras su grito de dolor y sorpresa cruzaba el aire. Y mientras Tarzán volvía a su sitio y se dejaba caer en la silla, el negro giró sobre sus talones y, entre angustiados chillidos de dolor, corrió desalado hacia el poblado indígena.

En otra ocasión, Tarzán y D'Arnot estaban sentados a la mesa cenando con cierto número de comensales blancos, cuando la conversación derivó hacia el tema de los leones y su cacera.

Las opiniones estaban divididas en cuanto a la valentía del rey de los animales y no faltaban quienes sostenían que era un cobarde de marca mayor. Pero en lo que todos estaban de acuerdo era en que, cuando el monarca de la jungla rugía por la noche en las proximidades del campamento, lo mejor que podía hacerse era echar mano al rifle; una vez con el arma en la mano, uno se sentía más seguro.

D'Arnot y Tarzán habían convenido en mantener su pasado en secreto, por lo que, aparte del oficial francés, nadie conocía la familiaridad del hombre-mono con las fieras de la selva.

—Monsieur Tarzán no nos ha dado su opinión —observó un miembro de la tertulia—. Un hombre tan arrojado e intrépido y que ha pasado tanto tiempo en África, según creo, sin duda habrá tenido experiencias con leones, ¿no es así?

—Algunas —reconoció Tarzán con cierta adustez—. Las suficientes como para saber que todos ustedes tiene razón en sus juicios acerca de las características de los leones... con los que se han tropezado. Pero uno también podría juzgar a todos los negros por el sujeto borracho que se volvió loco la semana pasada y armó la que armó, o llegar a la conclusión de que todos los

blancos son cobardes porque conoció un blanco que lo era.

»Entre las especies animales existen muchos caracteres distintos, lo mismo que sucede entre nosotros. Hoy podemos salir por ahí y darnos de manos a boca con un león pusilánime... que al vernos salga huyendo. Mañana podremos salir y encontrarnos con su tío o con su hermano gemelo... y al cabo de un tiempo más que prudencial nuestros amigos empezarán a preguntarse por qué no regresamos de la selva. Por lo que a mí concierne, siempre doy por supuesto que el león es un animal feroz, de modo que nunca dejo de ir prevenido.

—Poco placer tendría la caza —replicó el que primero había hablado— si uno le tiene miedo a la pieza que pretende cobrar.

D'Arnot sonrió. ¡Miedo Tarzán!

—Exactamente, no sé qué entiende usted por miedo —dijo Tarzán—. Como en el caso de los leones, el miedo es distinto según el hombre que lo experimenta; para mí, sin embargo, el único placer de la caza consiste en saber que el animal que me propongo cazar tiene tanta capacidad de herirme como yo de herirle a él. Si emprendiera la cacería con un par de rifles, un ayudante que me llevase las armas y veinte o treinta batidores, tendría la impresión de que eso no era justo, de que el león no tendría muchas probabilidades de salir bien librado, y entonces el placer de la caza disminuiría en proporción al incremento de seguridad que yo sintiera.

—¿Debo entender, pues, monsieur Tarzán, que preferiría adentrarse por la jungla desnudo, sólo con un cuchillo de caza para matar al rey de los animales? —rió el hombre jovialmente, aunque con cierto tonillo sarcástico en la voz.

—Y con un trozo de cuerda —añadió Tarzán.

Y en aquel preciso momento llegó de la distante selva el profundo rugido de un león, como si tratase de desafiar a quien deseara salir a la palestra a medirse con él.

—Ahí tiene su oportunidad, monsieur Tarzán —bromeó el francés.

—No tengo apetito —declinó Tarzán simplemente.

Todos los presentes soltaron la carcajada, salvo D'Arnot. Era el único que sabía que, por boca del hombre—mono acababa de expresar su razón un animal salvaje de la jungla.

—Pero seguro que le asustaría —insistió el guasón—, como nos asustaría a cualquiera de nosotros, salir ahí desnudo, armado sólo con un cuchillo y un pedazo de cuerda. ¿No es así?

—No —replicó Tarzán—. Sólo un loco hace cosas sin razón que las justifique.

—Cinco mil francos son una buena razón —terció otro—. Apuesto esa suma a que no es usted capaz de traer un león de la selva ateniéndose a las condiciones citadas: desnudo y armado sólo con un cuchillo y un trozo de cuerda.

Tarzán lanzó una mirada a D'Arnot y asintió con la cabeza.

—Que sean diez mil —dijo D'Arnot.

—Hecho —aceptó el otro.

Tarzán se puso en pie.

—Tendré que dejar la ropa en la linde del poblado, para tener algo que ponerme si vuelvo después de que amanezca y he de pasar por las calles.

—¿Va a irse ahora mismo? —exclamó el apostante. ¿De noche?

—¿Por qué no? —dijo Tarzán. Numa se pasa la noche entera dando vueltas... Será más fácil de encontrar.

—No —se opuso el otro hombre—, no quiero que mis manos se manchen con su sangre. Ya será bastante insensatez que vaya de día.

—Iré ahora —declaró Tarzán, resuelto. Se dirigió a su cuarto, en busca del cuchillo y de la cuerda. Le acompañaron hasta el lindero de la selva, donde Tarzán dejó su ropa en un pequeño almacén. Pero cuando se disponía a adentrarse por la negra oscuridad de la maleza, los demás intentaron disuadirle; el que había apostado fue el que más insistió en que abandonase aquella aventura suicida.

—Le daré por ganador de la apuesta —propuso— y los diez mil francos serán suyos si renuncia a este arriesgado intento, que sólo puede acabar con usted muerto.

Tarzán se echó a reír y, segundos después, la jungla se lo había engullido.

Los integrantes del grupo permanecieron allí en silencio durante un momento y luego dieron media vuelta y regresaron a la terraza del hotel.

En cuanto penetró en la selva, Tarzán subió a una enramada e, impulsado por una eufórica sensación de libertad, empezó a surcar el aire saltando de árbol en árbol.

¡Aquello era vida! ¡Ah, cómo le encantaba! La civilización no le ofrecía nada semejante en sus estrechas y limitadas esferas, donde todo eran cortapisas, obstáculos y convencionalismos. Hasta la ropa era un estorbo y un fastidio.

Por fin se sentía libre. Hasta entonces no se había percatado de lo prisionero que estuvo. ¡Qué fácil le resultaría dar un rodeo hacia la orilla del mar y luego dirigirse hacia el sur, hacia su propia selva y su propia cabaña.

Hasta su olfato llegó de pronto el olor de Numa, porque Tarzán se desplazaba con el viento de cara. Sus aguzados oídos detectaron los rumores familiares de las garras acolchadas del felino y el roce de la piel de su enorme cuerpo al frotar los matorrales junto a los que pasaba.

Silenciosamente, Tarzán fue a situarse encima del león y lo estuvo acechando hasta que llegó hasta un punto iluminado por la luna.

Allí, el rápido dogal cayó y se tensó alrededor del leonado cuello y, como ya había hecho cien veces en el pasado, Tarzán anudó el extremo de la cuerda a una fuerte rama. Luego, mientras la bestia bregaba y agitaba las zarpas frenéticamente, tratando de liberarse, el hombre—mono se dejó caer al suelo, saltó sobre el enorme lomo y hundió la hoja del cuchillo una docena de veces en el fiero corazón.

Después, con el pie sobre el cadáver de Numa, Tarzán lanzó al aire el escalofriante alarido de victoria de su tribu salvaje.

Tarzán permaneció unos instantes irresoluto, titubeando entre dos sentimientos contradictorios: la lealtad a D'Arnot y el anhelante deseo de una libertad representada por la vuelta a su jungla. Al final, la visión de un precioso rostro y el recuerdo de unos labios cálidos oprimiéndose contra los suyos disolvieron la imagen fascinante de su antigua existencia.

En la terraza del hotel, los hombres se pasaron una hora sentados casi en absoluto silencio. Habían intentado sin éxito conversar sobre diversos temas y en todos los intentos el mismo murió abatido por el asunto que prevalecía en la mente de todos y cada uno de los contertulios.

—¡Mon Dieu! —exclamó por último el hombre que había apostado con Tarzán—. No puedo seguir soportándolo. Voy a ir a la selva con mi rifle y traeré a ese loco.

—Le acompaño —se sumó otro.

—Y yo ...

—Y yo ...

—Y yo ...

Se brindaron los demás, a coro.

Como si la propuesta hubiese roto el hechizo de alguna horrible pesadilla, todos se dirigieron con presteza a sus habitaciones y regresaron al instante para encaminarse a la jungla. Bien pertrechados de armas y municiones.

—¡Dios! ¿Qué fue eso? —exclamó súbitamente un miembro de la partida, un inglés, al llegar a sus oídos, atenuado, el grito salvaje de Tarzán.

—He oído eso antes —dijo un belga—, cuando estuve en la región de los gorilas. Mis portadores afirmaron que se trata del alarido de un gran macho cuando mata a alguien.

D'Arnot recordó la descripción que le hiciera Clayton del terrible rugido con que Tarzán proclamaba sus matanzas. Esbozó una semisonrisa, pese al horror que inundó su espíritu al pensar que aquel grito sobrecogedor pudiera salir de una garganta humana... a través de los labios de su amigo.

Cuando el grupo llegaba a las proximidades de la linde del bosque y empezaban a debatir el tema de la adecuada distribución de fuerzas, oyeron a sus espaldas, muy cerca, una risita. Dieron media vuelta, para ver avanzar hacia ellos una figura gigantesca, que llevaba sobre los anchos hombros el cadáver de un león.

Hasta D'Arnot se quedó de una pieza, ya que parecía imposible que un hombre solo, con las míseras armas que llevaba Tarzán, hubiese podido liquidar tan rápidamente a un león. Y que, además, transportado su cuerpo a través de la maraña vegetal de la selva.

Los hombres se apelotonaron en torno a Tarzán y le abrumaron a preguntas, pero su única respuesta consistió en una sonrisa de desdén hacia su proeza.

Para Tartán, aquello era como si les diese por poner por las nubes al matarife por el heroísmo que demostró al sacrificar una vaca. Tarzán había matado tantas veces en defensa propia y para alimentarse, que aquel acto le parecía un lance sin importancia. Sin embargo, era todo un héroe a los ojos de aquellos hombres... hombres que practicaban la cala mayor más bien por deporte.

Incidentalmente, Tarzán se había embolsado diez mil francos, porque D'Arnot se empeñó en que los aceptara en su totalidad.

Lo cual no dejaba de tener gran importancia para el hombre mono, que empezaba ya a darse cuenta del poder que subyacía en aquellas pequeñas piezas de metal y de papel, que siempre cambiaban de mano cuando los seres humanos se trasladaban, comían, dormían, se vestían, bebían, trabajaban, jugaban o se protegían de la lluvia, del frío o del sol.

Se hizo evidente para Tarzán que, sin dinero, uno iba directo a la muerte. D'Arnot le había dicho que no se preocupara, dado que él disponía de dinero para los dos, pero el hombre—mono estaba aprendiendo muchas cosas y una de ellas era que la gente tenía muy mala opinión de la persona que aceptaba

dinero de otra sin dar a cambio algo de valor similar.

Poco tiempo después del episodio de la caza del león, D'Arnot consiguió fletar un viejo cascarón en el que navegar, costeando, hasta el puerto natural de los dominios de Tarzán. Y una mañana, feliz para ellos, levaron anclas y salieron a mar abierto.

La travesía hasta la playa donde estaba la cabaña careció de incidencias dignas de mención, y a la mañana siguiente al día en que fondearon, Tarzán se puso de nuevo el «uniforme» que llevaba en la selva, se echó una pala al hombro y se dirigió, solo, al anfiteatro de los monos donde había escondido el tesoro.

Regresó bastante entrado el día siguiente, con el enorme cofre cargado sobre los hombros y, con la salida del sol, el barquichuelo cruzó la bocana de la bahía y puso rumbo norte.

Tres semanas después, Tarzán y D'Arnot viajaban como pasajeros a bordo de un vapor francés con destino a Le Havre. Tras pasar unos días en dicho puerto, D'Arnot llevó a Tarzán a París.

El hombre—mono se parecía por seguir viaje a los Estados Unidos, pero D'Arnot se empeñó en que le acompañara antes a París, aunque se abstuvo de informarle de la naturaleza de la apremiante necesidad en que fundamentaba su insistencia.

Una de las primeras diligencias que D'Arnot llevó a cabo en cuanto llegó a París fue concertar la visita a un alto funcionario del departamento de policía, viejo amigo suyo. Llevó a Tarzán consigo. Hábilmente, el oficial de marina condujo la conversación de un punto a otro, induciendo al policía a explicar, ante el interesadísimo Tarzán, los modernos métodos que se empleaban para la identificación y arresto de delincuentes.

No menos interesado se mostró Tarzán en la función que desempeñaban las huellas dactilares en aquella ciencia fascinante.

¿Pero qué valor tienen esas huellas —preguntó Tarzán—, si al cabo de unos años cambian totalmente, ya que la piel se desgasta y otra capa la sustituye?

—Las rayas no cambian nunca —respondió el funcionario—. Desde la infancia hasta la edad senil, las huellas dactilares de una persona sólo cambian de tamaño, salvo, claro está, cuando las heridas alteran las curvas y espirales. Pero si se han tomado las huellas de los cuatro dedos centrales y del pulgar de ambas manos, uno tiene que perderlos todos por completo para evitar la identificación.

—¡Es una maravilla! —exclamó D'Arnot—. Me pregunto a qué se

parecerán mis huellas dactilares.

—Eso lo podemos ver en seguida —repuso el funcionario de policía. Tocó un timbre y se presentó un ayudante, al que dio una serie de instrucciones.

El hombre salió de la estancia, pero volvió al instante con un estuche de madera que dejó encima de la mesa de su superior.

—Ahora —dijo el policía—, tendrás tus huellas dactilares dentro de unos segundos.

Sacó del estuche una placa cuadrada de cristal, un tubito de espesa tinta negra, un rodillo de caucho y unas cuantas tarjetas blancas como la nieve.

Apretó el tubo de tinta y echó encima de la placa una gota, la extendió con el rodillo hasta que toda la superficie de cristal quedó cubierta, a su satisfacción, por una delgada película de tinta. —Coloca sobre el cristal los cuatro dedos de tu mano derecha, así —indicó el policía a su amigo D'Arnot—. Ahora, el pulgar. Muy bien. Ahora apóyalos en la tarjeta, en idéntica posición... un poco más a la derecha. Tenemos que dejar espacio para el pulgar y para los dedos de la zurda. Ahí, exacto. Ahora repitamos la operación con la mano izquierda.

—Vamos, Tarzán —animó D'Arnot—, veamos cómo son los rizos de tus huellas.

Tarzán no se hizo de rogar y, durante la operación, no cesó de formular preguntas al funcionario de policía.

—¿Las huellas digitales demuestran las características de las razas? —quiso saber—. ¿Puede usted determinar, por ejemplo, sólo mediante el examen de las huellas si una persona era negra o caucásica?

—Me parece que no —respondió el policía.

—¿Podrían distinguirse las huellas de un mono de las de un hombre?

—Probablemente, ya que las del mono serían mucho más simples que las de un organismo superior.

—¿Pero un cruce de simia y hombre puede presentar características de ambos progenitores? —continuó Tarzán.

—Sí, creo que eso sería probable —respondió el funcionario—, pero esta ciencia no ha avanzado lo suficiente para proporcionar datos exactos sobre el particular. No quisiera llevar sus descubrimientos más allá de la diferenciación entre individuos de la raza humana. En este aspecto son definitivos. Probablemente no existan dos personas nacidas en este planeta que tengan idénticas las líneas de todos sus dedos. Es extraordinariamente dudoso que una huella digital tenga un duplicado exacto impreso por cualquier dedo que no

sea el que la produjo en primer lugar.

—¿Efectuar esa comparación lleva mucho tiempo o mucho trabajo? —terció D'Arnot.

—Normalmente sólo se tarda unos minutos, si las impresiones son claras.

D'Arnot se sacó del bolsillo un librito de tapas negras y empezó a hojearlo.

Tarzán se quedó mirando el libro, sorprendido. ¿Cómo se las había arreglado D'Arnot para agenciárselo? D'Arnot lo dejó abierto en una página en la que se veían cinco pequeños borrones. Tendió el libro al policía, con la página descubierta.

—Estas huellas, ¿son parecidas a las mías o a las de monsieur Tarzán? ¿Puedes determinar si son idénticas a las de uno u otro? El funcionario de policía tomó una potente lupa del escritorio y examinó cuidadosamente las tres muestras. Fue tomando notas en un taco de papel.

Tarzán comprendía ya el motivo de la visita al funcionario de policía.

En aquellas pequeñas manchas residía la solución al enigma de su existencia. Con los nervios en tensión, Tarzán se inclinaba al frente en el asiento, pero se relajó de pronto y se echó hacia atrás, con una sonrisa en los labios.

D'Arnot le dirigió una mirada sorprendida.

—Pasa por alto el detalle de que, durante años, el cadáver del niño que dejó esas huellas permaneció en la cabaña de su padre y que toda mi vida lo he visto en la cuna —recordó Tarzán con amargura.

El policía alzó la cabeza, atónito.

—Adelante, capitán, con tu examen —dijo D'Arnot—, luego te contaremos la historia... siempre y cuando monsieur Tarzán esté de acuerdo.

Tarzán asintió con la cabeza. —Pero sigo pensando que está loco, mi querido D'Arnot. Esos deditos están enterrados en la costa occidental de África.

—No lo sabemos a ciencia cierta, Tarzán —replicó D'Arnot—. Puede que sea así, pero si usted no es el hijo de John Clayton, ¿cómo rayos fue a parar a esa selva dejada de la mano de Dios en la que, salvo John Clayton, no puso el pie hombre blanco alguno?

—Se olvida de... Kala —recordó Tarzán.

—Prescindo de ella por completo —afirmó D'Arnot, contundente.

Mientras hablaban, los dos amigos se habían acercado al ventanal que daba

al paseo. Permanecieron unos instantes allí, sumidos en sus propias reflexiones, mientras observaban sin verlo el raudal de ajetreadas personas que circulaban por la calle.

Llevará tiempo cotejar las huellas dactilares, pensaba D'Arnot al volver la cabeza para mirar al funcionario de policía. Con gran sorpresa por su parte, el marino francés vio que el policía estaba arrellanado en su sillón y leía entusiasmado el contenido del diario de tapas negras. D'Arnot dejó oír una tosecilla. El funcionario alzó la vista, se dio cuenta de que le observaban y levantó el dedo índice en ademán que imponía silencio. D'Arnot volvió a mirar por la ventana y, al cabo de un rato, el funcionario de policía convocó: —Caballeros... Ambos se volvieron hacia él.

—Es evidente que hay mucho en juego. Un envite cuyo resultado depende en mayor o menor medida de la matemática precisión de este cotejo. En consecuencia, les agradecería que dejasen el asunto en mis manos, en tanto regresa nuestro experto, monsieur Desquerc. Estará aquí de vuelta dentro de escasas fechas.

—Confíe en conocer ese resultado al momento —se lamentó D'Arnot—. Monsieur Tarzán zarpa mañana para los Estados Unidos.

—Te garantizo que podrás cablegrafiarle el informe en cuestión de quince días —afirmó el funcionario—, aunque no me atrevo a asegurarte el resultado. Sí, existen semejanzas, pero... En fin, será mejor que dejemos que sea monsieur Desquerc quien lo determine.

Capítulo XXVII: Reaparece el gigante

Un taxi se detuvo ante una antigua mansión de las afueras de Baltimore. Se apeó del vehículo un hombre de unos cuarenta años, apuesto y bien parecido, el cual pagó al taxista y despidió el coche.

Instantes después, el pasajero del taxi entraba en la biblioteca de la vieja residencia.

—¡Ah, señor Canler! —exclamó un anciano, al tiempo que se levantaba para saludarle.

—Buenas tardes, mi querido profesor —correspondió el recién llegado, mientras tendía la diestra cordialmente.

—¿Quién le abrió la puerta? —preguntó el profesor.

—Esmeralda.

—Entonces anunciará a Jane que ha llegado usted —dijo el anciano.

—No, profesor —repuso Canler—, porque he venido principalmente para verle a usted.

—Me siento muy honrado —agradeció el anciano.

—Profesor —continuó Robert Canler, silabeando despacio, como si sopesara cuidadosamente sus palabras—. He venido esta tarde para hablar con usted acerca de Jane.

»Ya conoce usted mis deseos y ha sido usted lo suficientemente generoso como para dar el visto bueno a mis aspiraciones.

El profesor Archimedes Q. Porter se removió inquieto en su sillón. Aquel tema siempre le hacía sentirse incómodo. No comprendía la razón. Canler era un partido estupendo.

—Pero Jane... —prosiguió Canler—. No consigo entenderla. Nunca le falta una excusa u otra para darme largas. Cada vez que me despido de ella, siempre tengo la sensación de que deja escapar un suspiro de alivio.

—Bueno, bueno —dijo el profesor Porter—. Vamos, vamos, señor Canler. Jane es una hija de lo más obediente. Hará justo lo que yo le diga que haga.

—¿Cuento, pues, con su apoyo? —preguntó Canler, con un deje de tranquilidad matizando su voz.

—Desde luego, señor, desde luego —confirmó el profesor Porter.

— ¿Cómo podría usted dudarlo? Ahí tiene usted al joven Clayton, ¿sabe? —sugirió Canler—. Lleva meses rondándola. Ignoro hasta qué punto se siente Jane atraída por él, pero, además del título, ese muchacho va a heredar de su padre bienes que constituyen una cuantiosa fortuna, y nada tendría de extraño que, al final, conquistara a Jane, a menos que... —Canler se interrumpió, sin acabar la frase.

—Bueno, bueno, señor Canler... ¿A menos que qué...?

—A menos que se encargue usted de arreglarlo todo para que Jane y yo nos casemos inmediatamente —precisó Canler, vocalizando las palabras lenta y claramente.

—Ya le sugerí a Jane que eso sería lo más conveniente —declaró el profesor en tono triste—, puesto que no podemos atender los gastos de mantenimiento de esta casa y llevar el tren de vida que requiere el círculo de amistades en el que alternamos aquí.

—¿Y qué contestó ella? —preguntó Canler.

—Dijo que aún no está preparada para casarse. Con nadie —respondió el

profesor Porter—. Y que podríamos irnos a vivir a la hacienda del norte de Wisconsin que le dejó su madre.

»Daré para mantenernos y un poco más. Los aparceros siempre le han sacado lo suficiente para vivir y, además, siempre han enviado algo de renta a Jane, año tras año. Mi hija tiene intención de que nos traslademos a la hacienda a principios de la semana próxima. Philander y el señor Clayton ya se adelantaron para tenerlo todo listo cuando lleguemos.

—¿Clayton ha ido allí? —exclamó Canler, visiblemente contrariado—. ¿Por qué no me lo dijeron a mí? Me habría alegrado mucho llegarme a esa granja y poner a punto todas las comodidades.

—Jane sabe que le debemos a usted demasiado, señor Canler —se excusó el profesor Porter.

Canler se aprestaba a responder, cuando el vestíbulo sonaron unos pasos y Jane Porter apareció en la entrada de la pieza.

—¡Ah, perdón! —exclamó la muchacha, y se detuvo en el umbral—. Creí que estabas solo, papá.

—Sólo soy yo, Jane —advirtió Canler, que se había puesto en pie—, ¿no quiere pasar e integrarse en este grupo familiar? Precisamente hablábamos de usted.

—Gracias —dijo Jane. Tras entrar, aceptó la silla que Canler le ofrecía—. Sólo quería decirle a mi padre que Tobey bajará mañana de la facultad a recoger sus libros. Quiero que te asegures, papá, de que señalas bien todas las cosas que no vas a necesitar hasta el otoño. Por favor, no te lleves a Wisconsin toda la biblioteca, como te la hubieras llevado a África si no llego a ponerme seria.

—¿Estaba Tobey aquí? —preguntó el profesor Porter.

—Sí, acabo de decirle adiós. Esmeralda y él intercambian ahora experiencias religiosas en el porche trasero.

—¡Vaya, hombre, vaya, tengo que verle enseguida! —dijo el profesor—. Perdonadme un momento, hijos. El profesor salió presuroso del cuarto.

En cuanto no pudo oír lo que decían, Canler se dirigió a Jane.

—Veamos, Jane —abordó bruscamente—. ¿Cuánto tiempo se va a alargar esto? No se niega a casarse conmigo, pero tampoco me ha hecho ninguna promesa. Quiero sacar la licencia matrimonial mañana mismo, para que podamos casarnos sin ceremonias aparatosas antes de que salga usted para Wisconsin. No deseo organizar ninguna fiesta por todo lo alto y estoy seguro de que usted taca. La joven se quedó de piedra, pero mantuvo la cabeza

valerosamente alta.

—Ya sabe que tal es el deseo de su padre —añadió Canler. —Sí, lo sé.

Las palabras de Jane apenas superaron el volumen del susurro. Al cabo de unos segundos manifestó, en tono gélido, contenido:

—¿Se da cuenta de que me está comprando? ¿De que me consigue a cambio de unos miserables dólares? Claro que sí que lo sabe, Robert Canler, y esa era la esperanza que alimentaba su cerebro cuando prestó el dinero a mi padre para esa aventura disparatada, que a no ser por una circunstancia de lo más misterioso hubiera resultado un éxito económico de primera magnitud.

»Pero, usted, señor Canler, hubiera sido el más sorprendido. Ni por asomo podía ocurrírsele que la empresa tuviese alguna probabilidad de salir bien. Es usted un hombre de negocios demasiado experto para suponer tal cosa. Un hombre de negocios demasiado bueno para prestar dinero a alguien que iba a invertirlo en la búsqueda de un tesoro enterrado, o para prestar dinero sin garantías absolutas... a menos que tuviese usted algún otro objetivo en perspectiva.

»Sabía perfectamente que, al prestárselo a mi padre sin garantías, tenía en sus manos el honor de los Porter mucho mejor sujeto que con ellas. No ignoraba que esa era la mejor arma para obligarme al matrimonio, sin dar la impresión de que me obligaba a casarme con usted.

»Nunca sacó a relucir el préstamo. En cualquier otro hombre, yo hubiera pensado que tal gesto procedía de un alma noble y magnánima. Pero usted es taimado, señor don Robert Canler. Le conozco mejor de lo que cree.

»Ciertamente, me casaré con usted, si no veo medio de evitarlo, pero dejemos las cosas claras de una vez por todas.

Mientras la muchacha hablaba, el rostro de Robert Canler fue cambiando de color, pasando alternativamente del rojo al lívido y viceversa. Cuando Jane hubo terminado, el hombre se puso en pie y una sonrisa cínica onduló sus labios.

—Me asombra, Jane —dijo—. Creí que tenía más dominio de sí... más orgullo. Claro que no le falta razón. La estoy comprando y no ignoraba que usted lo sabía, pero supuse que preferiría fingir lo contrario. Pensé que el respeto que siente usted hacia su persona y el orgullo de los Porter le impediría reconocer, ni siquiera ante sí misma, que era una mujer en venta. Pero que sea como a usted le plazca, mi querida joven —añadió en tono alegre, algo frívolo—. Va a ser mía y eso es lo único que me interesa.

Sin pronunciar palabra, Jane dio media vuelta y abandonó la estancia.

Sin haberse casado, por supuesto, Jane Porter partió hacia Wisconsin,

acompañada de su padre y de Esmeralda. Cuando el tren arrancó, la muchacha dijo adiós fríamente a Robert Canler, que había ido a la estación a despedirla y que en el momento en que el convoy se ponía en marcha prometió a la joven que se reuniría con ellos en el plazo de una o dos semanas.

En la estación de destino los esperaban Clayton y el señor Philander, que acudieron a recibirlos con un gran automóvil de turismo, en el que emprendieron rápidamente la marcha en dirección norte, a través de espesos bosques, rumbo a la pequeña hacienda que la muchacha no había visitado desde que era niña.

El edificio de la granja se erguía en lo alto de una pequeña elevación del terreno, a unos cien metros de la casa de los aparceros. Había experimentado una profunda y total transformación en el curso de las tres semanas que Clayton y el señor Philander pasaron allí.

El primero había contratado a un pequeño ejército de carpinteros y enyesadores, de fontaneros y pintores, que llevó desde una ciudad distante y que convirtieron lo que cuando llegaron no era más que un destartado caserón en un precioso y acogedor hotelito de dos plantas con todas las comodidades que pudieron procurarse en tan breve espacio de tiempo.

—¡Pero, señor Clayton! ¿Qué ha hecho usted? —se asustó Jane Porter. El corazón le dio un vuelco al pensar en las proporciones del importe a que ascenderían aquellas reformas.

—¡A callar! —le advirtió Clayton—. No permita que su padre sospeche. Si usted no da muestras de extrañeza ni dice nada, él ni siquiera se dará cuenta. Lo cierto es que no podía consentir que viviese en el espantoso tugurio, rebosante de ruina y suciedad, que encontramos el señor Philander y yo. Y esto es muy poco, en comparación con lo que me gustaría hacer, Jane. En atención a su padre, por favor, no se le ocurra mencionarlo.

—Pero a usted le consta que no podemos devolvérselo —protestó la joven—. ¿Por qué quiere imponerme una deuda tan tremenda?

—No se trata de usted, Jane —se explicó Clayton en tono apesadumbrado—. Si fuera sólo por usted, créame que no lo habría hecho, porque desde el primer momento he sabido que lo único que conseguiría iba a ser que me mirase con malos ojos. Pero es que no soportaba la idea de ver a ese querido anciano viviendo en el antro que encontramos al venir aquí. ¿Por qué no me hace el favor de creer que lo hice por él y me concede al menos esa menudencia de satisfacción?

—Le creo, señor Clayton —dijo la muchacha—, porque le conozco y sé que es lo bastante espléndido y desinteresado como para haberlo hecho sólo por él... y, ¡ah! Cecil, quisiera poder pagarle como se merece... ¡y como a

usted le gustaría!

—¿Por qué no puede, Jane?

—Porque amo a otro.

—¿A Canler?

—No.

—Pero va a casarse con él. El propio Canler me lo dijo cuando me disponía a salir de Baltimore. La joven esbozó una mueca.

—No lo quiero —afirmó, casi con altivez.

—¿Es a causa del dinero, Jane?

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Eso significa, pues, que soy mucho menos atractivo que Canler? También soy bastante rico, tengo dinero para cubrir todas nuestras posibles necesidades y más —dijo Clayton amargamente.

—No le quiero, Cecil —repuso Jane—, pero le respeto. Si he de deshonrarme formalizando semejante trato con un hombre, prefiero hacerlo con uno al que desprecie. Yo aborrecería al hombre que me comprara y que me aceptase sabiendo que no lo amo, sea quien fuere ese hombre. Usted será más feliz soltero —concluyó—, pero contando con mi respeto y mi amistad, que casado conmigo y recibiendo a todas horas mi desprecio.

El joven no insistió más, pero si alguna vez un hombre albergó instintos asesinos en su corazón, ese hombre fue William Cecil Clayton, lord Greystoke, cuando, una semana después, Robert Canler detuvo su ronroneante seis cilindros frente al edificio de la granja.

Transcurrió una semana, una semana cargada de tensión, sin incidencias de importancia, pero incómoda y violenta para todos los moradores de la casita de la hacienda de Wisconsin.

Canler no cesaba de apremiar para que la boda se celebrase de inmediato.

Al final, la joven accedió, por pura náusea, asqueada de tanto aguantar la continua, cargante y odiosa insistencia del plúmbeo galán.

Se acordó que, a la mañana siguiente, Canler se acercaría a la ciudad, al volante de su automóvil, en busca de la licencia matrimonial y de un pastor. Clayton se hubiera ido en cuanto se anunció el proyecto, pero la mirada cansina y desesperada de Jane le retuvo. No podía abandonarla.

Aún quedaba la posibilidad de que ocurriese algo y el muchacho trató de consolarse con esa idea. En el fondo de su mente sabía que sólo se precisaba

un minúsculo chispazo para que su odio hacia Canler se transformara en sanguinario instinto asesino.

A la mañana siguiente, temprano, Canler partió rumbo a la ciudad.

Por el este se vislumbraba un velo de humo que flotaba sobre los árboles, rozando sus copas. Una semana antes se había declarado un incendio forestal no lejos de donde se encontraba la hacienda, pero los vientos soplaban hacia el oeste y las llamas no les amenazaban.

Cerca del mediodía, Jane salió a dar un paseo. No permitió que Clayton la acompañase. Dijo que quería estar sola y él respetó sus deseos.

En la casa, el profesor Porter y el señor Philander estaban inmersos en una profunda discusión relativa a algún importante problema científico.

Esmeralda dormitaba en la cocina y Clayton, que apenas había podido pegar ojo la noche anterior, se echó en el sofá de la sala de estar, cerró sus ojos rebosantes de insomnio y se entregó a una especie de sopor irregular.

Por el este, los negros nubarrones de humo ascendieron hacia las alturas celestes, empezaron de pronto a formar remolinos y luego se desplazaron con rapidez en dirección oeste.

Avanzaban de modo uniforme. Los aparceros de la hacienda no se hallaban en casa, porque era día de mercado, y nadie se apercibió de la celérica aproximación del devastador demonio del fuego. Las llamas no tardaron en cruzar la carretera del sur y cortar el camino de regreso de Canler. Una leve oscilación del viento condujo el frente del incendio forestal hacia el norte; después sopló en sentido contrario y las llamas casi se detuvieron del todo, como si una mano hubiese tirado de la trailla que las dominaba.

De súbito, por el nordeste apareció un enorme automóvil negro, que rodaba a toda velocidad carretera adelante.

Se detuvo con una brusca sacudida delante del hotelito y un gigante de pelo negro saltó del vehículo y corrió al porche. Irrumpió en el edificio sin interrumpir para nada su carrera. Clayton seguía acostado en el sofá. El hombre se paró en seco, sorprendido, pero luego se situó de un brinco junto al durmiente.

Al tiempo que lo sacudía enérgicamente por un hombro, exclamó:

—¡Dios mío, Clayton! ¿Es que aquí están todos locos? ¿No sabe que las llamas les rodean casi por completo? ¿Dónde está la señorita Porter?

Clayton se puso en pie de un salto. No reconoció a aquel hombre, pero sí entendió sus palabras y en dos zancadas se plantó en el porche.

—¡Scott! —gritó, y, acto seguido, se precipitó de nuevo al interior de la

casa—. ¡Jane! ¡Jane! ¿Dónde está?

En cuestión de segundos Esmeralda, el profesor Porter y el señor Philander se reunieron con los dos hombres.

—¿Dónde está la señorita Jane? —se exaltó Clayton, mientras cogía a Esmeralda por los hombros y la sacudía brutalmente.

—Oh, Dios me valga, señor Clayton, salió a dar un paseo.

—¿Todavía no ha vuelto?

Sin esperar respuesta, Clayton salió disparado al patio, seguido por los demás.

—¿Por dónde se fue? —preguntó a Esmeralda el gigante de negra cabellera.

—Carretera abajo —gritó la aterrada mujer, y señaló hacia el sur, por donde se alzaba una densa muralla de llamas rugientes que impedía ver más allá.

—Que todos suban al otro coche —indicó a Clayton el desconocido recién llegado—. Al llegar he visto que había uno. Lléveselos, aléjese con ellos por la carretera del norte. Deje aquí mi automóvil. Si encuentro a la señorita Porter, nos hará falta. Si no, nadie lo necesitará. Haga lo que le digo —apremió, al ver que Clayton titubeaba.

A continuación vieron alejarse a la gigantesca figura, que atravesó la explanada con paso rápido y flexible, hacia el noroeste, donde las llamas aún no habían tocado el bosque.

Todos tuvieron la inexplicable sensación de que acababan de quitarles de encima de los hombros una enorme responsabilidad, al tiempo que experimentaban una especie de confianza implícita en la capacidad de aquel extraño para salvar a Jane, si era posible salvarla.

—¿Quién es? —preguntó el profesor Porter.

—No lo sé —respondió Clayton—. Me llamó por mi nombre y conocía a Jane, ya que me preguntó por ella. Y también llamó a Esmeralda por su nombre.

—En ese hombre hay algo que me resulta familiar —exclamó el señor Philander—. Y, no obstante, Dios santo, estoy seguro de que es la primera vez que lo veo.

—¡Vaya, vaya! —profirió el profesor Porter—. ¡De lo más extraordinario! ¿Quién podría ser? ¿Y por qué tengo la sensación de que Jane está a salvo, ahora que ese hombre ha ido en su busca?

—No puedo responderle, profesor —dijo Clayton, serio—, pero tengo esa misma extraña sensación. »¡Pero, venga! —animó—. Tenemos que salir de aquí en seguida, si no queremos que el fuego nos corte la retirada.

Todos corrieron hacia el automóvil de Clayton.

Cuando Jane dio media vuelta para desandar lo andado y regresar a casa, la alarma se apoderó de ella al notar lo cerca que parecía flotar el humo del incendio y, mientras aceleraba la marcha, la alarma se convirtió en algo muy próximo al pánico al darse cuenta de la rapidez con que las llamas se abrían paso en la foresta para interponerse entre ella y el hotelito de la hacienda. Por último, no tuvo más remedio que adentrarse por la espesura del bosque e intentar dar un rodeo, como fuera, en torno a las llamas para alcanzar la casa.

Tardó muy poco en hacerse evidente para ella la inutilidad del intento y en seguida se percató la joven de que su única esperanza consistía en volver sobre sus pasos, hacia la carretera y luego volar en dirección sur, rumbo a la ciudad.

Los veinte minutos que tardó en alcanzar la carretera fueron tiempo suficiente para que las llamas le cortasen la retirada con la misma eficacia que antes le habían bloqueado el avance.

Sólo pudo recorrer un breve tramo del camino antes de verse obligada a hacer un brusco alto, al ver que frente a ella se levantaba otro muro de fuego. Un ramal de aquel siniestro incendio se había desmembrado del cuerpo principal a cosa de kilómetro y medio, por el sur, y envolvía ahora con sus garras implacables aquella pequeña franja de carretera.

Jane comprendió que era inútil repetir el intento de abrirse paso a través de la maleza. Ya había probado una vez y fracasó. Comprendió entonces que, en cuestión de minutos, todo el espacio, comprendido entre los frentes de fuego del norte y el del sur sería una ingente masa de llamas ondulantes.

Sosegadamente, la muchacha se arrodilló sobre el polvo del camino y rezó pidiéndole a Dios fortaleza de ánimo para afrontar su destino con valor. También le pidió que librara de la muerte a su padre y a sus amigos.

De pronto, oyó que, en el bosque, alguien voceaba su nombre: —¡Jane! ¡Jane Porter!

Sonaba fuerte y claro, pero la voz le era desconocida.

—¡Aquí! —gritó la joven—. ¡Aquí! ¡En la carretera!

Vio entonces una figura que se desplazaba por entre las ramas con la rapidez de una ardilla. Un cambio de dirección del viento impulsó una nube de humo, que los envolvió, y la muchacha perdió de vista al hombre que avanzaba hacia ella.

Súbitamente, notó que un brazo largo y robusto la rodeaba. Se vio levantada en peso y, a continuación, el aire le azotó el rostro y, de cuando en cuando, sintió el roce de alguna rama, mientras alguien la llevaba en volandas.

Abrió los ojos.

Abajo, a bastante distancia, se encontraba el suelo y la maleza que lo cubría.

A su alrededor, el follaje de la enramada.

El hombre gigantesco que la llevaba iba saltando de árbol en árbol y Jane creyó estar viviendo en sueños la misma experiencia que tuvo en aquella lejana selva de África.

¡Ah, si fuese el mismo hombre que tan velozmente la llevó aquel día a través del enmarañado follaje! Y, sin embargo, ¿qué otra persona en todo el mundo tendría la fuerza y la agilidad que se necesitaban para hacer lo que aquel hombre estaba haciendo?

Lanzó inopinadamente una furtiva mirada a aquel rostro que tenía tan cerca del suyo... y emitió un sobresaltado jadeo. ¡Era él!

—¡Mi hombre de la selva! —susurró—. ¡No es posible, debo estar delirando!

—Sí, tu hombre, Jane Porter. Tu hombre primitivo y salvaje que llega de la jungla para reclamar a su compañera...

—Añadió en tono casi fiero—: La mujer que huyó de él.

—Yo no huí —murmuró Jane—. Sólo accedí a marcharme después de obligarles a todos a esperar una semana, a ver si volvías.

Habían llegado ya a un punto lejos del incendio y el hombre se volvió hacia el claro. Caminaron juntos, uno al costado del otro, hacia la casa de la hacienda. El viento cambió de dirección una vez más y el fuego retrocedió, ardiendo sobre sí mismo... Una hora más así y se habría consumido.

—¿Por qué no regresaste? —preguntó la muchacha. —Tuve que cuidar a D'Arnot. Estaba muy grave.

—¡Ah, lo sabía! —exclamó Jane.

—Dijeron que habías ido a reunirte con los negros... que los indígenas eran tu pueblo. Tarzán se echó a reír.

—Pero no les creíste, ¿verdad, Jane?

—No... ¿cómo he de llamarte? —preguntó—. ¿Cuál es tu nombre?

—Cuando me conociste, yo era Tarzán de los Monos.

—¡Tarzán de los Monos! —se sorprendió Jane—. Entonces, ¿la carta a la que respondí al marcharme era tuya?

—Sí, ¿de quién creías que era?

—Lo ignoraba, lo único que sabía era que no podía ser tuya porque Tarzán de los Monos la escribió en inglés y tú eras incapaz de entender una sola palabra de cualquier idioma.

Estalló de nuevo la alegre carcajada de Tarzán.

—Es una larga historia, pero lo que pasaba era que escribía lo que no me era posible expresar de viva voz... y ahora D'Arnot ha empeorado las cosas al enseñarme a hablar francés en vez de inglés. »Vamos —invitó—, sube a mi coche; tenemos que alcanzar a tu padre y a los demás. Van por delante, pero no mucho.

Mientras conducía, preguntó:

—Entonces, cuando decías en tu carta destinada a Tarzán de los Monos que amabas a otro... ¿acaso te referías a mí?

—Es posible —repuso Jane simplemente.

—Pero en Baltimore... ¡Ah, no sabes cómo te busqué y lo que me ha costado dar contigo!... En Baltimore me dijeron que posiblemente ya estarías casada. Que un hombre llamado Canler había venido a desposarte. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Le quieres?

—No.

—Y a mí, ¿me quieres a mí?

La joven enterró el rostro entre las manos.

—Estoy prometida a otro hombre. No puedo contestarte, Tarzán de los Monos.

—Tienes que contestarme. Veamos, ¿por qué vas a casarte con un hombre al que no quieres?

—Mi padre le debe dinero.

A la memoria de Tarzán acudió de pronto el recuerdo de la carta que había leído... así como el nombre de Robert Canler y los problemas que entonces no logró entender. Sonrió. —Si tu padre no hubiese perdido el tesoro, no te verías obligada a mantener tu promesa con ese individuo, ese tal Canler, ¿no es así?

—Podría pedirle que me liberase de ella.

—¿Y si él se negara?

—Cumpliría mi promesa.

Tarzán guardó silencio durante unos segundos. El automóvil avanzaba a bastante velocidad por aquella carretera sembrada de baches. El incendio seguía crepitando amenazador a su derecha y otro cambio de dirección del viento podía lanzar las furiosas llamas sobre ellos y cortarles la vía de escape.

Por último, dejaron a su espalda el punto de peligro y Tarzán redujo la marcha.

—¿Supón que se lo pido yo? —aventuró Tarzán.

—Difícilmente accedería a la petición de un desconocido —repuso la joven—. En especial a uno que me quiere para él.

—Terkoz lo hizo —recordó Tarzán, torvamente.

Jane se estremeció y alzó la cabeza, temerosa, para mirar la gigantesca figura que iba a su lado. Comprendió que se refería al gran antropoide al que había matado por defenderla.

—Esto no es la selva africana —recordó Jane—. Ya no eres una bestia salvaje. Eres un caballero y los caballeros no matan a sangre fría.

—En el fondo, sigo siendo una fiera salvaje —articuló Tarzán en voz baja, como si hablara consigo mismo.

El silencio volvió a caer sobre ellos.

—Jane —preguntó Tarzán por último—, si no estuvieses ligada a ese compromiso, ¿te casarías conmigo? La muchacha no respondió en seguida, pero él aguardó pacientemente.

Jane se esforzaba en ordenar sus ideas. ¿Qué sabía de aquella extraña criatura que iba a su lado? ¿Qué sabía él de su propia persona? ¿Quién era? ¿Quiénes eran sus padres?

Porque, incluso su nombre sugería un origen enigmático y tenía reminiscencias de vida selvática. En realidad, no tenía nombre. ¿Acaso ella podría ser feliz con aquel ser abandonado en la jungla? ¿Podría encontrar algún punto en común con un marido que se había pasado la vida en las copas de los árboles de la soledad africana, alternando y peleando con feroces antropoides; desgarrando los flancos temblorosos de una presa recién sacrificada, hundiendo su potente dentadura en la carne cruda y arrancando la parte que le correspondía mientras sus compañeros gruñían y bregaban en torno suyo, tratando de conseguir su ración?

¿Podría elevarse hasta el nivel propio de la esfera social en que ella

alternaba? ¿Podría ella soportar la idea de descender al medio ambiente en que se movía él? ¿Podrían cada uno de ellos ser felices unidos en un matrimonio tan desigual?

—No me has contestado —dijo Tarzán—. ¿Tienes miedo de herirme?

—No sé qué responderte —confesó Jane tristemente—. Ni siquiera sé qué pensar.

—¿No me quieres, pues? —insistió él, en tono normal.

—Vale más que no me lo preguntes. Serás más feliz sin mí. Nunca podrás adaptarte a los compromisos, cortapisas y formalismos de la sociedad... La civilización te resultará insoportable y no tardarás en añorar la libertad de tu antigua vida, una existencia para la que me considero tan poco preparada como inadecuado puedes sentirte tú para la mía.

—Me parece que te entiendo —repuso Tarzán sosegadamente—. No voy a acuciarte, porque prefiero verte a ti feliz que ser feliz yo. Ahora comprendo que de ninguna manera podrías ser feliz con... un mono.

En su tono se apreció un leve matiz de amargura.

—No —protestó Jane—. No digas eso. No entiendes...

Pero antes de que tuviese tiempo de continuar, doblaron una curva que surgió repentinamente y se encontraron en medio de un caserío.

Ante ellos se encontraba el automóvil de Clayton y, a su alrededor, los miembros del grupo que había trasladado allí desde el hotelito de la hacienda.

Capítulo XXVIII: Conclusión

Al ver a Jane, de los labios de todos brotaron gritos de alivio y alborozo y cuando Tarzán detuvo el vehículo junto al otro automóvil, el profesor Porter corrió a abrazar a su hija.

Transcurrieron unos segundos antes de que alguien reparase en Tarzán, que continuó sentado al volante, en silencio.

Clayton fue el primero en acordarse de él. Se volvió y le tendió la mano.

—¿Cómo podremos agradecersele? —exclamó—. Nos ha salvado a todos. Me llamó usted por mi nombre en la casa, pero me parece que soy incapaz de recordar el suyo, aunque hay algo en su persona que me resulta muy familiar. Es como si le hubiese conocido hace mucho tiempo, en otras y distintas circunstancias. Tarzán sonrió, al tiempo que estrechaba la mano que se le

ofrecía.

—Tiene usted toda la razón, monsieur Clayton —dijo, en francés—. Me perdonará si no le hablo en inglés, pero es que lo estoy aprendiendo ahora y, aunque lo entiendo sin dificultades, lo hablo muy mal.

—¿Pero quién es usted? —insistió Clayton, esta vez en francés también él.

—Tarzán de los Monos.

Clayton dio un respingo hacia atrás a causa de la sorpresa.

—¡Por Júpiter! —cayó Clayton en la cuenta—. Es verdad.

El profesor Porter y el señor Philander se apresuraron a unir su agradecimiento al de Clayton y a manifestar su sorpresa y satisfacción al reencontrar a su amigo de la selva tan lejos de su salvaje hogar.

El grupo entró en la modesta hostería del lugar, donde Clayton no tardó en encontrar acomodo y en conseguir que les atendieran.

Estaban sentados en el reducido y mal ventilado salón del hostel cuando atrajeron su atención los resoplidos mecánicos de un automóvil que se acercaba.

El señor Philander, que ocupaba un asiento junto a la ventana, miró al exterior y vio al vehículo aproximarse y frenar junto a los otros dos coches.

—¡Dios santo! —se le escapó al señor Philander, con un deje de fastidio en la voz—. Ahí está el señor Canler. Había confiado en que... ejem... había pensado en... ejem... —acabó a trancas y barrancas— en lo estupendo que hubiera sido... que el fuego le hubiese pescado en medio.

—¡Bueno, bueno, señor Philander! —dijo el profesor Porter—. ¡Bueno, bueno! A menudo aconsejo a mis alumnos que cuenten hasta diez antes de hablar. Si yo fuese usted, señor Philander, contaría por lo menos hasta mil y después mantendría un discreto silencio.

—¡Dios bendito, sí! —se mostró de acuerdo el señor Philander—. ¿Pero quién es el caballero de aspecto eclesiástico que le acompaña?

Jane se quedó blanca como el papel.

Clayton se agitó inquieto en la silla.

El profesor Porter se quitó las gafas nerviosamente, echó el aliento sobre los cristales, pero volvió a colocárselas en la nariz sin limpiarlas.

La ubicua Esmeralda dejó oír un gruñido.

El único que no entendía nada era Tarzán.

Robert Canler irrumpió en la estancia.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Temía lo peor, hasta que vi su automóvil, Clayton. El fuego me cortó el paso en la carretera del sur y tuve que dar media vuelta y dirigirme a la ciudad y luego desviarme al este hacia esta carretera. Creí que nunca iba a llegar a la casa.

Nadie manifestó el menor entusiasmo. Tarzán miró a Robert Canler como Sabor miraba a sus presas. Jane captó aquella mirada y carraspeó intranquila.

—Señor Canler —intervino—, le presento a monsieur Tarzán, un viejo amigo.

Canler se volvió hacia él y le tendió la mano. Tarzán se levantó y ejecutó una reverencia como sólo D'Arnot hubiera podido enseñar a ejecutar a un caballero, pero hizo como que no veía la mano de Canler.

Tampoco éste pareció reparar en el feo a que se le sometía.

—Jane, le presento al reverendo Tousley —dijo Canler, y se volvió hacia el clérigo, situado a su espalda—. Señor Tousley, la señorita Porter.

El reverendo Tousley se inclinó. Una sonrisa radiante iluminó su rostro.

Canler lo presentó a los demás.

—Podemos celebrar la ceremonia ahora mismo, Jane —tuteó Canler a la muchacha—. Así tú y yo podremos tomar el tren que pasa por la ciudad a medianoche.

Tarzán comprendió el plan automáticamente. Entrecerrados los párpados, lanzó una ojeada a Jane, pero se mantuvo inmóvil.

La joven vacilaba. Planeó por la estancia un silencio tenso, propio de la tirantez que afectaba a los nervios de los presentes.

Todos los ojos se posaron en Jane, a la espera de su contestación.

—¿No podríamos esperar unos días? —propuso la joven—. Estoy un poco desquiciada... ¡Me han ocurrido hoy tantas cosas...!

Canler percibió la hostilidad que emanaba de cada uno de los reunidos.

Se indignó.

—Hemos esperado más de lo que estaba dispuesto a esperar —protestó en tono brusco—. Prometiste casarte conmigo. No pienso seguir siendo un juguete con el que te diviertas. Tengo la licencia y aquí está el pastor. Adelante, reverendo Tousley, vamos, Jane. Hay cantidad de testigos... más de los que se necesitan.

Al tiempo que pronunciaba tales palabras en tono desagradable cogió a

Jane Porter por un brazo y echó a andar con ella hacia el pastor.

Pero Canler apenas había dado un paso cuando una mano enérgica se cerró sobre su antebrazo como un grillete de acero.

Otra mano salió disparada hacia su garganta, lo levantó del suelo y lo sacudió en el aire, como un gato pudiera agitar a un ratón.

Con horrorizada sorpresa, Jane se volvió hacia Tarzán.

Al mirarle la cara observó sobre su frente aquella franja carmesí que ya había visto otra vez, en la lejana África, cuando Tarzán de los Monos se enzarzó en combate a muerte con el gran antropoide, Terkoz.

Comprendió que el deseo de asesinar latía en aquel corazón salvaje y, con un grito de espanto, se precipitó hacia el hombre—mono para suplicarle clemencia. Pero temía más por Tarzán que por Canler. No ignoraba el riguroso castigo que la justicia imponía al culpable de homicidio.

Sin embargo, antes de que la muchacha llegase a ellos, Clayton ya se había puesto de un salto junto a Tarzán e intentaba liberar a Canler de la presa que lo atenazaba.

Un simple movimiento del poderoso brazo despidió al inglés al otro extremo de la sala y, al instante, la blanca mano de Jane se posó firmemente en la muñeca de Tarzán y los ojos de la muchacha se clavaron en los del hombre—mono.

—Hazlo por mí —rogó.

La mano que apretaba el cuello de Canler aflojó la presión.

—¿Quieres que esto siga viviendo? —se extrañó Tarzán.

—No quiero que muera a tus manos —respondió ella—. No quiero que te conviertas en un asesino. Tarzán separó la mano de la garganta de Canler.

—¿La libera de su promesa? —preguntó a Canler—. Es el precio de su vida.

Canler asintió con la cabeza, mientras jadeaba en busca de aire.

—¿Se largará y no volverá a molestarla nunca más?

Canler asintió de nuevo con la cabeza, contraído el semblante por el miedo a la muerte que tan de cerca había tenido.

Tarzán le soltó y Canler anduvo dando traspiés hacia la puerta. Apenas unos segundos después de que hubiese desaparecido, le fue a la zaga el aterrorizado pastor.

Tarzán se volvió hacia Jane.

—¿Puedo hablar un momento contigo a solas? —preguntó.

La muchacha dijo que sí con la cabeza y se encaminó a la puerta que daba al pequeño porche de la hostería. Al salir, para esperar fuera a Tarzán, no oyó la conversación ulterior.

—¡Aguarde! —llamó el profesor Porter, cuando Tarzán se disponía a imitar el ejemplo de Jane.

La sorpresa que le causó el precipitado desarrollo de los acontecimientos había dejado atónito al profesor.

—Antes de que sigamos adelante, señor, me gustaría que se me explicase el significado de los sucesos que acaban de sobrevenir. ¿Con qué derecho, señor, se interfiere usted en un asunto que concierne exclusivamente a mi hija y al señor Canler? Sepa que había prometido al señor Canler la mano de Jane, caballero, y al margen de nuestras simpatías o antipatías personales, tal promesa ha de cumplirse.

—Me he entrometido, profesor Porter —respondió Tarzán—, porque su hija no quiere al señor Canler... no desea casarse con él. Y eso es cuanto necesito saber para tomar cartas en el asunto.

—Pues no sabe lo que ha hecho —dijo el profesor Porter—. Ahora se negará a casarse con ella.

—Eso, seguro —confirmó Tarzán, contundente.

Añadió:

—Es más, a partir de ahora no tendrá usted que preocuparse de lo que pueda sufrir su orgullo, profesor Porter, porque en cuanto llegue usted a casa estará en situación de devolver a ese Canler la cantidad que le adeuda.

—¡Bueno, bueno, señor! —exclamó el profesor Porter—. ¿Qué insinúa?

—Le notifico que ha aparecido su tesoro —anunció Tarzán.

—¿Qué... qué está diciendo? —preguntó el profesor—. Está loco, hombre. No es posible.

—A pesar de todo, sí es posible. Fui yo quien se lo llevó, sin conocer su valor ni saber a quién pertenecía. Vi cómo lo enterraban los marineros y, lo mismo que hubiera hecho un mono, lo saqué y volví a enterrarlo en otro lugar. Cuando D'Arnot me explicó de qué se trataba y lo que significaba para usted, volví a la jungla y lo recuperé. Ese tesoro había ocasionado ya tantos crímenes, tanto dolor y sufrimiento que D'Arnot opinó que lo mejor sería abstenerse de trasladarlo aquí, como era mi intención, de modo que, en vez del cofre, he traído una carta de crédito.

Tarzán se sacó del bolsillo un sobre y se lo tendió al perplejo profesor.

—Aquí lo tiene, profesor Porter: doscientos cuarenta y un mil dólares. El tesoro lo tasaron unos expertos concienzuda y escrupulosamente pero si su cerebro alberga alguna duda, el propio D'Arnot lo tiene ahora en custodia, por si prefiere usted recibirlo en vez de la carta de crédito.

—Al enorme cúmulo de obligaciones que tenemos contraídas con usted —articuló el profesor con voz temblorosa— se añade ahora el más formidable de los favores. Me ha proporcionado usted los medios para salvar mi honor.

En la sala volvió a entrar Clayton, que había salido en pos de Canler.

—Perdonen —dijo—, creo que lo mejor que podemos hacer es llegarnos a la ciudad antes de que oscurezca y coger el primer tren que nos lleve fuera de este bosque. Un vecino que acaba de llegar del norte informa que el incendio avanza en esta dirección.

El anuncio puso coto a todas las conversaciones y el grupo salió y se encaminó a los automóviles. Clayton, Jane, el profesor y Esmeralda ocuparon el vehículo del primero, mientras Tarzán acomodó en el suyo al señor Philander.

—¡Dios bendito! —exclamó el hombre cuando el coche arrancó detrás del de Clayton.

—¿A quién se le hubiera ocurrido pensar que esto fuese posible? La última vez que le vi era usted un auténtico salvaje, que se desplazaba entre las ramas de un bosque del África tropical y ahora conduce un automóvil francés por una carretera de Wisconsin. ¡Santo Dios! Esto es de lo más extraordinario.

—Sí —convino Tarzán, para inquirir, tras una pausa—: Señor Philander, ¿recuerda usted las circunstancias del hallazgo y entierro de los tres esqueletos que había en mi cabaña de la selva africana?

—Con todo detalle, señor, y con toda claridad —respondió el señor Philander.

—¿Notó algo peculiar en alguno de aquellos esqueletos?

El señor Philander, entornados los ojos, escudriñó el rostro de Tarzán.

—¿Por qué lo pregunta?

—Saberlo representa mucho para mí —dijo Tarzán—. Su respuesta puede aclararme un misterio. Y lo peor que puede hacer esa contestación es dejar el misterio como está. Desde hace dos meses tengo una teoría acerca de esos esqueletos y me gustaría que respondiese usted a mi pregunta lo mejor que pueda: los esqueletos que enterraron, ¿correspondían los tres a seres humanos?

—No —repuso el señor Philander—, el más pequeño, el que encontramos en la cuna, era el esqueleto de un mono antropoide.

—Gracias —expresó Tarzán.

En el coche que iba delante, Jane se esforzaba en pensar con la máxima rapidez. Se daba perfecta cuenta del motivo que impulsó a Tarzán a pedirle que charlase con él unos instantes y no ignoraba que debía estar preparada para darle una contestación en seguida.

Tarzán no era la clase de persona dispuesta a aceptar excusas ni a que diesen largas y, de cualquier modo, eso era algo que le hacía preguntarse si realmente aquel hombre no la asustaba. ¿Podría amar a una persona a la que temía?

Comprendía el sortilegio que la hechizó en las profundidades de aquella jungla remota, pero no existía encantamiento alguno ahora en la prosaica Wisconsin.

Ni tampoco el atractivo e inmaculado joven francés influía sobre la mujer primitiva que se albergaba en el fondo de ella como influyó el robusto dios áureo de la selva.

¿Le amaba? En aquel momento no lo sabía.

Lanzó a Clayton una mirada de reojo. ¿No respondía a sus aspiraciones aquel hombre educado en la misma escuela y ambiente que ella, un hombre culto y de buena posición social, es decir, un hombre que poseía los elementos principales que le había enseñado a considerar como básicos de toda relación idónea?

¿No apuntaba su buen juicio hacia aquel aristócrata inglés, —cuyo amor era precisamente el que anhelaría cualquier dama civilizada, señalándole como el lógico mejor compañero para una muchacha de su condición?

¿Podría amar a Clayton? No se le ocurría razón alguna que se lo impidiera. Jane no era mujer fría y calculadora por naturaleza, pero su educación, el ambiente en que había alternado y sus antecedentes genéticos se combinaron para enseñarle a razonar incluso en cuestiones del corazón. Que en aquella remota selva africana la fortaleza de aquel gigantesco joven la hubiera llevado en volandas, cogida en brazos, y que, de nuevo lo hubiese repetido aquel mismo día en un bosque de Wisconsin, que todo eso la hubiera seducido sólo le parecía atribuible a una momentánea reversión mental: a la atracción psicológica que el hombre primitivo ejercía sobre la mujer primitiva que anidaba en su naturaleza.

Si no volviera a tocarla nunca más, se dijo, no volvería a sentirse atraída hacia él. Así pues, no lo había querido. Lo que sintió no fue más que una

alucinación pasajera, superinducida por la excitación y el contacto personal.

Pero, de casarse con él, la excitación no presidiría siempre sus relaciones futuras y, con el paso del tiempo, la familiaridad debilitaría el vigor del contacto personal. Miró de nuevo a Clayton. Era un hombre guapo, apuesto y un caballero de pies a cabeza. Se sentiría orgullosa de un marido así.

Y entonces Clayton tomó la palabra. Un momento antes o después habría representado una diferencia tremenda para las vidas de tres personas. Pero el azar intervino para indicarle a Clayton el instante oportuno.

—Ahora es usted libre, Jane —señaló—. ¿Por qué no me da el sí? Dedicaría la vida a hacerla feliz, muy feliz.

—Sí —susurró la muchacha.

Aquella misma tarde en la pequeña sala de espera de la estación, Tarzán abordó a Jane en un momento en que la encontró sola.

—Ahora eres libre, Jane —dijo—, y yo he venido a través de los siglos, desde un pasado nebuloso y remoto, desde la caverna del hombre primitivo, con objeto de reclamarte para mí. Por ti me he convertido en hombre civilizado. Por ti he cruzado océanos y continentes. Por ti llegaré a ser lo que quieras que sea. Puedo hacerte feliz, Jane, en el mundo y en la vida que mejor conoces y más quieres. ¿Te casarás conmigo?

Por primera vez, Jane comprendió la intensidad y la profundidad del amor de aquel hombre... La enorme cantidad de cosas que, en tan corto espacio de tiempo, había hecho impulsado por el amor que sentía hacia ella. Jane volvió la cabeza y hundió el rostro entre los brazos.

¿Qué había hecho? Por miedo a sucumbir a las súplicas de aquel gigante había destruido los puentes situados a su espalda... Por culpa de sus temores ante la posibilidad de cometer un terrible error, había cometido una equivocación más grave.

Y entonces se lo confesó todo. Le contó toda la verdad, palabra por palabra, sin buscar excusas ni pedir perdón por su error.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Tarzán—. Reconoces que me quieres. Sabes que yo te quiero. Pero desconozco las normas éticas que rigen tu sociedad. Dejaré que seas tú quien tome la decisión, ya que eres tú quien mejor sabrá lo que conviene a tu bienestar futuro.

—No puedo decirle una cosa así, Tarzán —se lamentó Jane—. Él también me quiere y es un buen hombre. Si no cumpliese la promesa que he dado a Clayton, nunca podría mirarte a la cara, ni a ti ni a ninguna persona decente... Tendré que cumplirla y tú debes ayudarme a llevar esta pesada carga, aunque es muy posible que después de esta noche tú y yo no volvamos a vernos.

Los demás empezaron a entrar en la sala y Tarzán se puso a mirar por la ventana.

Pero no veía nada hacia fuera. Hacia dentro, en su imaginación, se le ofrecía el cuadro formado por una pequeña pradera de verde césped, rodeada por una masa compacta de maravillosas plantas y flores tropicales, sobre las que ondulaba el follaje de unos árboles gigantescos y, dominándolo todo, en las alturas, la preciosa cúpula azul de un cielo tropical.

El hilo de sus pensamientos se vio interrumpido por la entrada de un empleado ferroviario, que preguntó si entre aquellas personas había alguien que se llamara Tarzán.

—Yo soy monsieur Tarzán —dijo el hombre—mono. —Le traigo un mensaje, reexpedido desde Baltimore. Se trata de un cablegrama llegado de París.

Tarzán tomó el sobre y lo abrió. El cablegrama era de D'Arnot.

Decía:

«Huellas demuestran es usted Greystoke. Enhorabuena. D'Arnot».

En el momento en que acababa de leer el mensaje, Clayton entró en la sala de espera y se dirigió a él con la mano extendida.

Allí estaba el hombre que usufructuaba el título que le correspondía a Tarzán, que disfrutaba de los bienes de Tarzán y que iba a casarse con la mujer a la que amaba Tarzán... con la mujer que amaba a Tarzán. Una sola palabra de Tarzán representaría un giro de ciento ochenta grados para la vida de aquel hombre. Le despojaría del título, de las tierras, de los castillos... y le arrebatarla también a Jane Porter.

—¡Vaya, amigo! —exclamó Clayton—. Hasta ahora no he tenido la oportunidad de darle las gracias por cuanto ha hecho por nosotros. Parece que ha nacido usted con el exclusivo objeto de salvarnos la vida tanto en África como en los Estados Unidos. »Me alegro una barbaridad de que esté usted aquí. Tenemos que conocernos mejor. He pensado mucho en usted, ¿sabe?, y en las extraordinarias circunstancias del entorno en que usted vivía.

»Ya sé que no es asunto mío, ¿pero cómo diablos fue usted a parar a aquella puñetera selva?

—Nací allí —manifestó Tarzán calmamente—. Mi madre fue una mona y, como es lógico, no pudo contarme gran cosa acerca del asunto. Nunca llegué a saber quién fue mi padre.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es